

# EL JARDÍN DE LAS ARDILLAS



**ANTERO JIMÉNEZ ANTONIO**

# El Jardín de las Ardillas

Antero Jiménez Antonio

Primera Edición (en papel). Abril, 1996

Segunda edición (electrónico). Ed. Libroline. Marzo 2001

Tercera edición (electrónico). Ed. El Autor. Enero, 2006

**Prólogo:**

**José Luis Buendía López**

Profesor Titular de Literatura de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Jaén

**Portada:**

**Cuadro “Procesión” 1990 Miguel Viribay**

**Aviso Legal:**

Este archivo y el texto que contiene, no puede ser utilizado, ni total, ni parcialmente para otros fines distintos a su lectura y por lo tanto no puede ser reproducido ni empleado su texto con cualquier otro fin sin la autorización expresa y por escrito del autor.

Todos los derechos pertenecen al autor, quien libremente permite su descarga para su lectura.

Esta obra está registrada

© Antero Jiménez Antonio 1996

© Antero Jiménez Antonio 2000

ISBN:84-605-5047-8 Primera Edición

ISBN:84-95707-05-5 Segunda edición

**Hay un ser muy querido por mí que, con su  
crítica implacable, me empuja hacia la  
perfección.**

**¡Gracias, M<sup>a</sup> Isabel!**

## PRÓLOGO

# EL ANCHO MUNDO DE LOS SUEÑOS

Por: José Luis Buendía López

"Se hace el pobre, siendo como es, tan rico", le contaba a Pedro el protagonista de la novela "El jardín de las ardillas", un padre campesino, imbuido por el toque especial de la fantasía creadora, e incluía un mensaje en el cual, los pequeños roedores del bosque, imbuían esperanza en alguien que se sentía muy solo, muy pobre, y que gracias a esas amigas irracionales, toma pronto conciencia de su riqueza, es decir, de poseerlo todo sin atesorar nada, gracias precisamente a carecer hasta de lo más elemental: "comprendió que, en efecto, poseía más que nadie en el mundo: todas las flores del campo y las mariposas y los animalillos, los gorriones y los vencejos..."

A Pedro, el protagonista de la novela de Antero Jiménez, la fábula le sirve para construir su vida en torno a un ir y venir de desavenencias espirituales sobre su propia personalidad. Todo en este protagonista se mueve en el círculo de las contradicciones que un hombre puede generar alrededor de una existencia sin grandes avatares externos, construida más bien como una aventura espiritual, una acción que más bien es pasión, aprendizaje.

El relato cuenta, con técnicas de salto atrás en el tiempo, lo que ha sido la vida de un médico que, con un pie ya en la otra vida, hace balance de ésta. Nos va dando cuenta fiel de los elementos de la misma que constituyen lo que podemos considerar sus éxitos y sus fracasos. Tanto los unos como los otros aparecen descritos por parejas, de forma dual que parece reflejar ese alfa y omega en que consiste nuestro paso por el mundo. Así, al mismo tiempo que se narra el amor hacia la madre, nos informa del dolor de su pérdida antes de poder gozar de su afecto; el descubrimiento del amor y del sexo aparecen ligados a terribles represiones que hacen enloquecer al protagonista; su descubrimiento de la madurez, la etapa universitaria, etc, no se desprenden casi nunca de esta sensación agri dulce que deviene al pensar que en todo goce hay escondido un peligro, una sensación de pérdida prematura del paraíso que conduce al alejamiento definitivo de éste.

Como todas las criaturas de las buenas novelas, Pedro es un personaje escindido. Su voz, que nos llega desde el último recodo

de su vida, suena admonitoria, con una gravedad casi tridentina que sólo se alivia gracias a ese recorrido apasionante en que consiste el relato, el descubrimiento gozoso de la dicha, su entrega entusiasta a la vida, a un amor apasionado, a una vocación asumida honradamente. Pero esos sentimientos que van a configurar la cara positiva de un hombre dichoso, pronto se van a ver contrarrestados por la manzana envenenada que su imaginación atormentada imagina en cada uno de los goces, en cada vericuetto donde un día descubriera la felicidad.

La novela, que sorprende por la frescura del lenguaje y la sabia combinación de elementos costumbristas y filosóficos, rebozados todos ellos por una elegante elucubración de la experiencia, parecería un alegato acerca de la imposibilidad del ser humano para alcanzar su plenitud, si no fuera por que la salva esa vuelta de tuerca del protagonista hacia los predios de la infancia, el retorno gozoso a esa fábula del hombre pobre al que una simple ardilla del bosque le alecciona en el sentido de que, si el hombre quiere, puede ser el más rico poseedor de todos los dones imaginables. El autor no se recata a la hora de narrar la intervención del prodigio que salva la esperanza: "Dios ha querido que, en los últimos tiempos de mi vida, encuentre mi ardilla, como aquel mendigo del cuento que me contó mi padre hace ya muchos años".

Estamos, pues, ante una fábula que nos salva del pesimismo en el último momento. Confieso que he quedado fascinado por la pirueta última con la que Antero sorteja el pesimismo macabro de un personaje que parecía hundirse en el fracaso. Si el Ciudadano Kane, en el postrer suspiro de su vida prepotente y excesiva, invocaba, como si fuera un conjuro, un objeto de su primera infancia, de cuando aún era posible la felicidad, Pedro, es decir, el novelista enmascarado en la creación, acude a esos mismos espacios para tratar de demostrar que en todos los sueños, esos primeros anhelos del hombre, se escriben sobre arenas movedizas.

## PREÁMBULO

Hoy, después de muchos años, he regresado al valle donde transcurrió mi niñez. He recorrido sus veredas y me he sentado junto a la vieja higuera. Desde allí, como antaño, he contemplado el río que se pierde entre los agujeros de las sombras de los árboles. He vuelto a ver nacer la mañana entre las jaras del monte y he dejado que su luz blanca pinte en mi cara la máscara de la vejez. Me he dormido con el canto de los gorriones y he despertado con el zumbido de las cansinas moscas de la siesta, danzando su vuelo al compás de la música de las chicharras.

De nuevo, he vuelto a sentir la magia del campo despertando a mis instintos perdidos en mis largas estancias en las ciudades del mundo. Mis recuerdos se han activado. Me he visto correr por el valle junto a mi querida Elena, bañándonos en el polvo de los caminos e imaginándonos castillos de gigantes. He visto a mi padre acariciar a sus perros hablándome dulcemente de los problemas de la vida, contándome cuentos de animales y de estrellas y de jardines fantásticos. He sentido a mi madre curándome el alma... y han pasado por mis cansados ojos las imágenes de don Andrés, don Tomás y doña Aurora... Me ciegan las lágrimas...

La vuelta al valle me ha hecho sentir la nostalgia de mi juventud. Me siento sólo en este inmenso jardín al que sólo le falta las ardillas de la fábula que me contó mi padre cuando yo, aún, era un niño.

He sentido un gran impulso por contar mi vida con Elena, abrigando la esperanza de que, al terminar esta historia, el valle se llene de ardillas para completar mi jardín...

*Secuencias que buscan del alma  
sonidos, de largo pasados,  
recuerdos de infancia soñados,  
florece otoños de calma.*

*Buscando en la paz del recuerdo  
las dichas que nunca he tenido,  
despierto al ensueño dormido.*

## CAPÍTULO I

Recuerdo los valles encrespados que se perdían entre las ondulaciones de las montañas. De vez en cuando una mancha verde contrastaba con el gris insípido de la roca virgen. A lo largo del valle serpenteaba la carretera que lo unía con la ciudad, una ciudad de casas blancas, una ciudad de calles estrechas y plazas recoletas, una ciudad andaluza.

Allí, en un edificio que recordaba un antiguo palacete medieval, vivía Elena, una mujer esbelta, ni rubia ni morena, de ojos negros y mirada como perdida en la profundidad de lo que siempre había sido su vida. El valle, para Elena, era algo más que un paraje cercano. El valle era el sepulcro de sus ilusiones perdidas.

Su primera visita al valle había sido en el verano en que ella cumplía los ocho años. En aquella ocasión todo le pareció hermoso: los anchos prados, las montañas, y el río que, como una culebra, reptaba por la profundidad del gran cañón, y sobre todo, los remansos del mismo, cuando al salir de las hoces de roca describían amplios meandros que en ocasiones amenazaban con estrangularse. No podía imaginar que este paisaje, que tan poderosamente llamaba su atención, iba a ser el escenario de sus años más felices.

Por aquellos días, yo vivía en una casa de campo y había cumplido nueve años. Desde que nací había vivido allí y era el único lugar que conocía. Mis horas transcurrían entre mi casa y todos los caminos que llevaban a lugares para mí, entonces, desconocidos.

=====

Nunca podré olvidar el día en que llegó el nuevo maestro procedente de un pueblo de Soria. Todos lo esperábamos con expectación. ¿Cómo sería el que iba a ser nuestro profesor?... Aquella tarde todos los niños del valle acudimos a esperar al viejo coche de viajeros. Para nosotros era una fiesta, algo que rompía la monotonía de los días insulsos en los que transcurrían nuestras existencias.

Del viejo autobús se apeó un señor espigado de rostro muy pálido y nariz prominente. Junto a él una señora que, a nuestra edad nos pareció bellísima: morena, de talle estrecho y una amplia sonrisa que en seguida captó la simpatía de los presentes. De su mano, una niña de mirada curiosa.

Algo me impulsó a acercarme a esta familia. Con voz tímida le pregunté a ese señor, si era el nuevo maestro y, ante su respuesta afirmativa, me ofrecí a servirle de guía y conducirlo a la que, desde entonces, sería su casa.

Desde la ancha explanada que servía de plaza, lugar de encuentro y parada de viajeros, nos dirigimos por uno de los senderos hacia donde el valle se escarpa y se salpica de pequeños cortijos blancos y de algún que otro rebaño, pastando en las praderas que jalonan el camino. A nuestro paso algún perro nos saludaba jaleando su cola alegremente y, al fondo, donde el valle volvía a ensancharse, un conjunto de casas, sobre las que destacaba un campanario, nos recordaban que estábamos próximos al centro neurálgico del mismo. Allí, junto a la Iglesia, un tejado bajo que remataba una serie de arcos, hacía destacar un viejo cartel de madera raída en el que a duras penas se leía "ESCUELA". Junto a la escuela, la casa del maestro, de paredes blancas, estampadas de algún que otro desconchón, y un porche sostenido por columnas de madera con la pintura calcinada por el tiempo.

Dejamos el equipaje en el viejo porche y nos aventuramos a abrir el portón. El hierro de la llave graznó sobre la cerradura y nos dio paso a una estancia casi rectangular, con una chimenea a mano derecha, y unos muebles castellanos arrojando las vetustas paredes.

La señora se dirigió hacia mí y me preguntó: - ¿Cuántos habitantes tiene el pueblo?

- Unos trescientos - le respondí, lo mismo que pude haber dicho cualquier otro número. En realidad yo, por aquel entonces, sólo conocía a algún que otro vecino y a mis amiguillos de la panda.

El pueblo, por llamarlo de alguna manera, lo formaban una docena de cortijadas diseminadas por todo el valle. Al no tener Ayuntamiento propio no existía una estadística y siempre ha sido difícil precisar el número de habitantes.

Don Tomás, el cura que decía la misa los domingos y festivos, siempre había afirmado que sus feligreses eran alrededor de ochocientos.

Era don Tomás un cura como los de antaño, de carácter bonachón y campechanote. Su físico respondía a esas mismas cualidades y tan diminuto que, cuando a lo lejos lo veía con su sotana negra, me parecía una corchea escapada del pentagrama formado por los hilos del telégrafo.

Tenía don Tomás la barriga sobresaliente y las espaldas huidas, pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos pequeñitos sobre una amplia cara colorada y redonda. Cuando miraba, sus ojillos jugaban en el rostro de su interlocutor como buscando respuestas inexistentes. En el pueblo los niños lo llamábamos "el Tomatillo".

=====

Había empezado el curso, solamente algunos rostros nuevos; pero, por lo demás, no parecía que ese año fuera a ser distinto a los anteriores.

El nuevo maestro usaba muletillas en su lenguaje, y su forma de explicar era nerviosa e insegura. Su figura en medio del encerado le daba aire de autoridad, de modo que bastaba que subiera algo su tono de voz, para que todos nos sintiéramos cohibidos y cesaran los murmullos. Aunque no quisiéramos, teníamos que prestar atención a sus explicaciones.

En la escuela convivíamos todos los chicos del valle, desde los que tenían siete años hasta los de catorce. En ocasiones, don Andrés, que así se llamaba el maestro, se hacía ayudar de los mayores para que los más pequeños aprendieran las primeras letras y la tabla de multiplicar. Ese era el premio máspreciado al que un alumno podía aspirar y el símbolo del mismo, la investidura de los atributos de ayudante, consistentes en una tablilla corta y plana y un cuaderno que don Andrés entregaba a los distinguidos con tal honor. Con grandes aspavientos llamaba la atención de la clase y gritaba:

-Este compañero vuestro se ha hecho merecedor de mi confianza y por esa razón todos vosotros tenéis que respetarlo, como si de mí se tratara.

Y continuaba su discurso cada vez con tono más solemne:

-Quien lo insulte, a mí me insulta, quien lo desobedezca, me desobedece. Por eso - continuaba - tendrá mis mismas potestades para castigar e, incluso, para pegar si fuera preciso.

En este momento, don Andrés, hacía una larga pausa y luego con gran parsimonia se dirigía al honorado:

- Muchacho, te he entregado el poder de la justicia y no creas que te hago un favor. Servir a la justicia debe estar por encima de ti mismo. Si hoy te esfuerzas en ser justo, mañana serás un hombre de bien que, sin duda, prestarás un gran servicio a la sociedad con tu ejemplo...

Y en este tono continuaba por más de una hora, mientras nosotros lo escuchábamos con atención. Cuando don Andrés se salía a la calle, cosa que hacía con frecuencia, la clase se convertía en una auténtica batalla: libros, lápices, gomas y tizas servían de proyectiles y las mesas, de auténticas trincheras y siempre, como si de un reflejo se tratara, el fin de la guerra estaba marcado por una voz anónima que gritaba ¡ Que viene el "Mimbre"!

El "Mimbre" fue el mote que, a los pocos días de iniciado el curso, le pusimos al maestro. Es difícil saber quién fue el autor de dicho apodo, pero es obvio el porqué: en efecto, don Andrés era un hombre extremadamente delgado, alto y, habitualmente, vestido de oscuro y rematado por su cara tremendamente pálida.

=====

No recuerdo exactamente el día que hice amistad con Elena. Probablemente no existió tal día; seguro que nuestra amistad fue naciendo lentamente, como nacen todas las cosas grandes. No hay fecha para la amistad, como no hay fecha para el amor. Surge de forma imperceptible, y surge sin que nosotros hagamos nada ni para evitarlo ni para crearlo, simplemente surge.

Elena era una compañera de juego muy especial. En muy poco tiempo nos hicimos imprescindibles el uno para el otro. Yo no podía concebir el día sin ella. En una ocasión, recuerdo, la fiebre de una posible gripe la postró en cama durante unos días. Debo confesar que esos tres días se me hicieron interminables. Me encontraba extraño y como si me faltara algo. Quise enfermar yo también y casi lo consigo: perdí el apetito y me sentí tan débil que a penas si podía salir de casa.

Al terminar las clases cada día, solía hacerme el remolón para darme tiempo a estar un rato más con mi amiga. Todos los compañeros se marchaban por las largas veredas que los conducían a sus cortijos: algunos a varios kilómetros de la escuela. Yo me preguntaba cómo podían irse tan tranquilos, a sabiendas de que el día empezaba en ese momento y

precisamente en ese lugar, en el que Elena y yo nos entregábamos a las maravillosas fantasías de nuestros juegos infantiles.

- Hoy jugaremos a que tú eras el Emperador Romano - decía Elena un día.

- Hoy yo seré la bruja - al día siguiente.

Siempre parecía llevar la iniciativa y yo me dejaba guiar fiado de su imaginación. La fantasía de mi amiga no conocía fronteras y era tan despierta y ponía tanta pasión, que vivíamos horas y horas en diversos lugares y parajes extraños, presos de la enajenación del espacio y del tiempo. Recuerdo muchas de sus fantasías y muchas veces, cuando tantos años han pasado, las evoco y, en ocasiones, vuelvo a sentir esas mismas sensaciones que viví en aquel tiempo.

- Mira - me dijo en una ocasión - hay muchas flores en el campo y aunque muy distintas, todas son muy bonitas. Cada una tiene sus colores y cada una tiene su propia forma. Yo creo - prosiguió - que debe existir una flor que no la conoce nadie y pienso que esa flor debe estar muy triste. ¿Por qué no la buscamos y, cuando la encontremos, se sentirá muy bien?

Aquella idea me fascinó hasta el punto de que no pude dormir esa noche, pensando en cómo podríamos encontrar la flor; pero, lo que más me intrigaba, era la imposibilidad de imaginármela: ¿cómo sería? ¿cuáles serían sus colores?

Confieso que deseaba que amaneciera el día siguiente para emprender tan apasionante búsqueda. Estaba seguro de que Elena ya habría ideado algún plan.

El nuevo día apuntó y el monótono canto de los gallos sonó en el espacio, como aquellas trompetas de las que nos hablaba don Andrés, que anunciaban los grandes acontecimientos en la época de los romanos. Sonaron solemnes y el campo se llenó de ecos. Ecos de mis anhelos de aventura.

Era domingo, corrí en busca de mi amiga y durante un largo rato cambiamos impresiones de cómo emprender la búsqueda de nuestra flor:

- Creo - le dije - que esa flor tiene que estar dentro de alguna cueva, porque, si no, alguien la habría visto y no sería desconocida.

- Tienes razón - me respondió Elena -, Podríamos ir a buscarla a la cueva de los cañones, a la que nadie ha entrado nunca, y es posible que la encontremos allí.

- ¿Cómo sabremos que es la flor que buscamos?

- No lo sé - me respondió - pero algo tendrá para que podamos conocerla. Seguro que veremos que está muy triste y esa será la señal.

Nos dirigimos hacia los cañones del río. Los caminos estaban amarillos de sol y, a lo lejos, se divisaban las grandes moles de roca que parecían como cortadas por gigantes cuchillos. Más al fondo, robustos picachos recordaban las torres de una catedral. Hacia allí nos encaminamos. Tuvimos que atravesar el río y, conforme nos acercábamos a los cortados rocosos, un sinfín de dudas iban surgiéndome. Mi entusiasmo de primera hora se iba tornando en zozobra: la entrada a la cueva era peligrosa, y si nos ocurría algo ¿quién nos auxiliaría en esos lugares solitarios? ¿cómo reaccionarían nuestros padres, si se enteraban de nuestra excursión furtiva? ¿Qué explicaciones daríamos, si llegábamos tarde a la hora de la comida?... Muchos interrogantes como éstos me desanimaban y en ocasiones sentía la necesidad de que desanduviéramos nuestros pasos para dedicarnos a otro juego menos arriesgado. Pero Elena era inquebrantable y no cesaba de darme ánimos para no abandonar la empresa.

Desde el río el camino se hacía más abrupto y tuvimos que ascender por la ladera de un montículo para luego introducirnos en una acequia abandonada e incluso atravesar un largo túnel excavado en la roca. Aún siento los mismos escalofríos que en aquella ocasión. La oscuridad del túnel me aterrorizaba, pero tenía que disimular mi miedo, porque me habría sentido muy mal al pensar que Elena me podría suponer un cobarde ¡Qué largo se me hizo! Aunque la salida se adivinaba próxima por el resplandor de la luz, nunca parecía llegar.

A la salida del túnel, se veía la entrada de la cueva: festones de piedra que bordeaban una mancha oscura en la pétreo pared. Después de una hora de camino, el primer objetivo se ponía a nuestro alcance. Sólo unos metros y entraríamos en un mundo nuevo y desconocido para nosotros. La aventura había comenzado. Penetramos a través de la oquedad, que se abría en la roca, hasta una estancia amplia y en penumbra. Durante un rato escrutamos el espacio de esa estancia, mientras el corazón parecía como si quisiera salirse de la excitación que nos embargaba. Pronto empezamos a desilusionarnos: no había ni rastro de vegetación ¡Habíamos fracasado!

Cuando pensábamos en salir para regresar a casa, ocurrió algo inesperado: un perro surgió, como por magia, del fondo de la cueva. Este hecho nos llamó la atención y nos dirigimos hacia el lugar en el que había aparecido el misterioso animal. Apenas si había luz, pero sí la suficiente para percatarnos de la existencia de una grieta en la pared posterior de la cueva y a una altura aproximada a la de mi hombro. Nuestra curiosidad nos condujo hasta ella y, trepando por los salientes nos abrimos paso hasta un pasillo que, aunque oscuro, dejaba adivinar que, al final del mismo, había luz. En efecto, desembocamos en una enorme explanada interior maravillosamente iluminada. Es difícil describir nuestra sensación. Nos sentimos anonadados por la belleza de esa estancia. Una oquedad de grandes dimensiones sostenida por miles de columnas de todos los colores, de coral, de esmeralda, columnas de todo lo precioso que hay sobre la tierra. Se abría a un gran lago de aguas, entre verdes y azules, y un sinfín de estrellas salpicaban sobre la tranquila superficie y, al caer, pequeñas burbujas salían a saludarlas. Eran las diminutas gotas de agua que descolgándose del techo y, henchidas de luz, desparramaban destellos policromados por todo el espacio. Una paz serena y un silencio eterno

se respiraba en aquel lugar. Nos sentamos y permanecimos mudos Dios sabe cuánto tiempo. En las orillas del lago crecía la más variada vegetación alimentada por los rayos de sol que, como finas lanzas, atravesaban la estancia de arriba hasta el fondo del agua y rebotaban, una y otra vez, sobre las columnas de caprichosas formas. Rojo, verde, azul, amarillo... una orquesta de luz y de colores derramaba su muda armonía por todo el recinto.

- Debemos buscar la flor - dije, interrumpiendo el silencio que nos envolvía - seguro que debe estar aquí.

- No - contestó Elena resueltamente -; antes de buscarla, deberíamos ponerle un nombre a este lugar. Creo que podríamos llamarle el Palacio de Salomón.

- ¿Por qué de Salomón? - repliqué - estoy seguro de que ese rey no vino nunca hasta aquí, vivía muy lejos.

- No importa - me contestó -; porque los emperadores y los reyes pueden tener cosas en todas partes sin necesidad de ir hasta donde se encuentren. Mi padre me ha contado - prosiguió - que ese rey tenía muchos poderes y que además era un mago que sabía cantar muy bien y que todo lo que él imaginaba se convertía en "de verdad".

Las palabras de Elena, como siempre, me convencieron e imaginé al Rey Salomón lleno de grandeza, fastuoso en aquel trono que la naturaleza habría construido a su medida.

- No me parece mal el nombre - le respondí después de una breve pausa - y, si encontramos la flor, la llamaremos de la misma manera.

- Debemos buscarla entre esas hierbas que forman ese prado - y lo señaló, al mismo tiempo que nos dirigimos al borde del lago con la intención de encontrar la forma de atravesarlo.

Empezamos a caminar por la orilla con la esperanza de poder bordearlo, ya que no nos atrevimos a otra cosa, por si la profundidad, para nosotros desconocida, era tal que pudiera devorarnos.

Como era de esperar, nuestra búsqueda fue vana. Junto a las hierbas crecían muchas flores de muchos colores y de muchos tamaños, pero allí no estaba la nuestra, no había ninguna flor solitaria. No había ninguna flor que pareciera triste. No había ninguna flor que pareciera distinta a todas las flores.

Volvimos a casa, pero sin sensación de fracaso. El descubrimiento del "Palacio de Salomón" había colmado todos nuestros anhelos de aventura.

Muchas veces volvimos a la cueva pero nunca participamos a nadie su existencia.

=====

Hace unos cuarenta años volví, yo solo, a visitarla y ya no era la misma de mi infancia. Era una cueva como otras muchas, y aquel lago que nos pareció tan grande, era una simple charca de agua formada por el incesante goteo de algunas estalactitas. No fue la decepción la que me abrumó en aquel momento, sino un terrible sentimiento de nostalgia de una época que jamás volvería.

*¿Dónde está el paraíso  
de mis dichas prometido?  
¿Dónde el bello arco iris  
me muestra el cielo querido?  
¿Dónde está la tierra suave  
en que construir mi nido?*

*Estoy perdido en el mundo,  
buscando mi dulce alivio  
de ese consuelo profundo,  
que, aunque busco, no atisbo*

## CAPÍTULO II

Han pasado muchos años y ahora, en la lejanía de la infancia y próximo a mi fin, con la perspectiva que da el tiempo, pienso que mi vida sólo fue aquella época de una intensidad inusitada y que el resto de mi existencia ha sido un lento morir, un desesperado caminar hacia la nada.

No puedo saber por qué razón he sentido esta irremediable necesidad de escribir y contar esos episodios de mi vida. Tal vez porque los añoro, tal vez porque sólo en ese tiempo viví y gocé de la plenitud de la que ahora carezco. Tal vez porque sólo los recuerdos de aquella época son los que me ayudan a vivir, como si la vida, que vivo, no fuera sino imagen virtual de esos días felices. Muchas veces, en la soledad de mi alcoba, me he preguntado por mí mismo, por el significado de mi existencia. La respuesta... ¿Nace el hombre para algo?... La vida siempre me ha fascinado. He leído mucho sobre el mundo animal; he reconocido la utilidad de todos los seres vivos para el mantenimiento de los ecosistemas pero ¿somos igualmente útiles los hombres?... En aquellos tiempos pensaba que la razón de la naturaleza éramos los humanos, toda la belleza se había creado para nosotros. Los hombres éramos la excusa del creador de la armonía, el hombre era el centro y la razón de todo el universo. ¡Qué terrible vanidad! El hombre es nada o, tal vez, menos que nada, juguete que la propia existencia universal ha fabricado en el azar de su devenir. ¿No seremos el único error de la maravillosa naturaleza?

=====

Sin darnos cuenta nos había llegado la adolescencia. Sentí que todo, en nosotros y fuera de nosotros, estaba cambiando. Ya no eran los

juegos de ayer por los que transcurrían nuestros días. La imaginación de antaño se iba tornando en un nuevo descubrir de cosas concretas. No sabía qué nos estaba ocurriendo, pero la curiosidad de lo externo estaba tornándose en curiosidad por nosotros mismos, por nuestro interior, por nuestro cuerpo y por nuestros pensamientos.

Sabía que era yo, pero no me conocía y todo me parecía nuevo. Nuevo era el verde del valle, nuevo el color del alba en las mañanas de primavera, cuando de la timidez del nuevo día estalla la luz en tonos rojos mezclados con el atrevido azul, el ostentoso azul claro que va llenando la mañana hasta que se amarillea de sol. Y de repente estaba sólo, me encontraba sólo y perdido en esa inmensidad de cielo azul, de verde de árboles y de tierra marrón, oscura, como mis insólitos pensamientos llenos de grandezas y de temores. Me sentía sobrecogido por el esplendor de mí mismo, por la vida que sentí fuerte y pujante. Me sentía vivo y sabía que era yo, aunque no me reconocía.

De vez en cuando, Elena y yo nos hacíamos confidencias y, unas veces pesimistas y otras esperanzados, nos dábamos cuenta que sentíamos lo mismo: los mismos temores, los mismos arrebatos de tristezas y las mismas ansias de glorioso devenir. Sentíamos que la naturaleza, en su insultante perfección, contrastaba con la miseria humana de la que por primera vez nos habíamos percatado: el pobre era miserable por su pobreza, el rico por su dinero y todo lo veíamos bajo la óptica de la miseria. Hasta esos momentos no nos habíamos dado cuenta de que existía el hambre, la guerra, la crueldad con los animales y con los otros seres humanos. ¿Qué nos estaba pasando? ¿Acaso eso no era viejo en el mundo? ¿Acaso no se lo habíamos escuchado antes a don Andrés en sus clases de Historia? ¿Por qué ahora esa preocupación por todo lo que nos rodeaba? ¿Por qué ahora se nos habían abierto los ojos a las miserias del mundo, cuando éstas siempre habían existido?

No todos eran pensamientos tenebrosos. En nosotros había sueños de grandezas, hazañas de futuro e incluso tímidos intentos de hacer algo para cambiar el mundo. Nosotros seríamos diferentes, justos y rectos en el proceder; no sólo daríamos ejemplo sino que combatiríamos la injusticia. Sentíamos una atractiva admiración por los misioneros, por los héroes reales de cada día que hipotecan su vida por la de los demás. Pero estas altas aspiraciones se empañaban de la contradicción de nuestro deseo de grandeza...

=====

Hoy sé que no se puede servir a los demás siendo uno mismo, sin renuncia al yo personal; nada que hagamos estará exento del maldito egoísmo humano y todos nuestros actos, aunque estén teñidos de altruismos, no serán sino excusas para ensalzarnos en nuestros más ruines sentimientos que, en nuestra enfermiza ceguera, veremos como heroicidades y renunciaciones ¿Por qué los hombres nos engañamos? ¿Por qué nos sentimos mejores que los demás si en realidad, cada hombre, bueno o malo, es sólo un reflejo de sus semejantes?

Este es el gran fracaso de mi vida. Mi mayor desgracia ha sido descubrirme a mí mismo, desenmascaramme. Pienso que el hombre es tanto más feliz, cuanto menos se conoce.

=====

También nuestros cuerpos estaban cambiando: un día, no sé precisar cuál, sentí que mi "miembro" cobraba vida propia e independiente de mí; hacía algo que yo no podía controlar; entre mis pantalones se movía sin que yo interviniera, empezó a engordar y a alargarse desmesuradamente. Ocurrió un día mientras jugueteábamos Elena y yo. Su pecho se había abultado y yo me había percatado de sus prominencias. Sentí deseo de tocarlo al mismo tiempo que ese pensamiento me ruborizó. Todo mi cuerpo se puso alerta y mi vergüenza subía de tono, mientras pensaba que ella podría notarme este estado nuevo para mí.

Desde aquel día mi relación con Elena ya nunca volvió a ser la misma. Se me había despertado un repentino interés por su cuerpo. Deseaba saber cómo era. Necesitaba conocerlo. Quería tocarlo y al mismo tiempo un sentimiento de rechazo me lo impedía. Nunca más vi a mi amiga Elena como a un semejante a mí; por el contrario, el tiempo iba acentuando nuestras diferencias físicas, y mientras sus formas se iban redondeando, mi cuerpo se endurecía, mis facciones se iban haciendo angulosas y una tímida pelusilla iba cubriendo mi rostro e incluso, con asombro, la descubrí en mi pubis.

No he podido olvidarlo; era un 23 de junio, la noche de San Juan; me había acostado un poco más tarde que de costumbre, y a pesar de ello me había sido difícil dormirme. Amanecí con los calzoncillos mojados. Había tenido un maravilloso sueño: Elena se había desnudado ante mí y yo podía tocar todo su cuerpo. Mientras mis diminutas manos se deslizaban por su pecho, lameteaba su boca y una honda sensación de placer se apoderó de mí; primero me sentí lleno, luego mi respiración se hizo jadeante y al final, en un

dulce abandono fluía mi semen, se escapaba de mis entrañas sin poderlo contener; era como si yo no hubiera podido abarcar tanta dicha y se me escapaba sin poder remediarlo. Bien sabe Dios que yo habría querido contenerme, habría querido retener la magia del momento, prolongar mi placer hasta el infinito... Desperté alarmado y la placentera sensación que aún quedaba de mi sueño se mezclaba con un terrible sentido de culpa. " He pecado - me decía - tendré que confesárselo a don Tomás".

Esa misma mañana me fui en busca del cura. Lo encontré en la pequeña sacristía de la vieja iglesia. Sentado y con un libro sobre su opulenta barriga; asomó sus ojillos por encima de las gafas que se acomodaban sobre su nariz, descolgadas de sus orejas. El ruido de mis pasos le llamó la atención y se dirigió a mí:

- ¿Que quieres, hijo mío? - me dijo.

- Confesarme - le respondí.

- ¿Quieres que sea en el confesonario o aquí mismo? -

- Donde usted quiera - volví a responderle respetuosamente.

- Ave María Purísima - inicié mi confesión.

- Sin pecado concebida, ¿Qué me tienes que contar? - me dijo con la dulzura que le caracterizaba.

- Padre, he pecado... - y le conté todo lo que me había ocurrido.

- Eso no es pecado, hijo mío - me tranquilizaba, al mismo tiempo que reposaba sus anchas manos sobre mis hombros cercanos a su barriga - La naturaleza - continuó - obra esos prodigios en nosotros. Estás haciéndote un hombre - prosiguió - y esa es la señal inequívoca... Me contó muchas cosas que yo desconocía sobre la adolescencia; me explicó ese fenómeno de la eyaculación nocturna, como algo natural, y vino a decirme que esa era la compensación que Dios había dispuesto para los "puros". Durante una hora escasa me hizo alabanzas de la pureza e incluso me ilustró de cómo el infierno estaba lleno de niños y niñas impuras. Las anécdotas e historietas de "puros" e "impuros" adornaban espléndidamente su discurso: ... infierno y terribles enfermedades para los impuros y paraísos terrenales para los puros.

El sermón de don Tomás, aunque en principio me había tranquilizado, me dejó un amargo sabor derivado de una terrible desconfianza sobre mis posibles fuerzas para vencer tan grandes tentaciones, como me había anunciado el cura.

=====

Todavía me pregunto qué saca la Iglesia con engañarnos ¿Ejercer su dominio?. Siempre he encontrado una gran contradicción entre el amor del Evangelio y la praxis eclesial. Aquel discurso de don Tomás me hizo mucho daño, hoy lo sé. Sus palabras calaron en mí y toda mi vida ha estado marcada por ese sentido de culpa, que aquel sermón había sembrado en lo más profundo de mi espíritu. Desde ese momento dejé de ser libre, mi alma había encadenado a mi cuerpo... ¿Fue así? ... No lo sé ... tengo dudas de si nacemos libres o ya en los albores de nuestra existencia hay sutiles cadenas que nos atan a no sabemos qué destinos. Mi vida ha sido fatal, como si todos los caminos me condujeran irremediabilmente al vacío, como si la nada fuera consubstancial conmigo, como si fuera mi existencia, el mismo no existir. He buscado desesperadamente el amor de los demás; he querido reflejarme en los que me rodeaban y siempre he dejado de ser yo, buscando ser otro. Ninguna de mis reflexiones, jamás han servido, han evitado el lento pero reiterado asesinato de mi yo. ¿Qué he hecho con mi vida? ... o ... ¿Qué ha hecho la vida conmigo?... No sé si alguna vez he sido dueño de mí mismo. No alcanzo a saber si yo, en alguna ocasión, he sido el protagonista de mi propia vida. En estos momentos en que me siento abatido por la oscuridad del no ser, todo lo veo - ¡gran contradicción! - con una nítida claridad: **Nací para no ser yo.**

=====

La espontaneidad de Elena contrastaba con mí, cada vez creciente, timidez hacia ella. Sentía que poco a poco iba dominando, no sólo mi voluntad, sino incluso mis sentimientos. Muy pronto me vi envuelto en sus caprichos, y ella, que se daba cuenta de su dominio, lo acentuaba hasta ponerme al borde de la humillación. Para mí sólo existía el mundo de Elena y todo a mi alrededor había perdido su significado primitivo: veía lo que ella quería que viera y sólo sentía a través de ella misma.

En mi recuerdo aún está esa primera vez. El verano dejaba caer su abrasador fuego sobre el valle y, junto al monótono y cansino sonido de las chicharras, un vientecillo suave levantaba tímidamente las hierbas caídas y mustias por el implacable soletón que arrasaba con su amarillenta hoz los campos solitarios. A la sombra de un gigantesco nogal conversábamos Elena y yo de no sé qué intrascendentes misterios. Una larga pausa en su alocución espesó el ambiente, como si el vaticinio de los acontecimientos parara el tiempo:

- Enséñamelo - me dijo, sin que en sus palabras se adivinara algún atisbo de timidez.

- ¿Qué? - pregunté yo. Elena no me contestó y, a cambio, sus ojos escudriñaron los míos en una profunda y penetrante mirada. Sus negras pupilas me hirieron y aunque el rubor de mi rostro evidenció mi herida, aún estaba lejos de adivinar cuál era el deseo que, con elocuencia, había expresado la mirada de mi amiga. El Sol, a mitad entre la montaña y el río, mostraba toda su potencia y, de vez en cuando, un viento abrasador irrumpía sobre nuestros cuerpos semidesnudos y nos poseía de suspiros que quebraban en un inflar de carrillos, como para retener más tiempo el aire de nuestros pulmones. La siesta se apoderaba del valle.

- ¿Qué quieres que te enseñe? - interrumpí inocentemente el silencio. Mi voz salió tímida, como si en ese instante hubiese adivinado... De nuevo el silencio y la misma penetrante mirada de Elena que en esta ocasión, tras su brevedad, se perdió en un gesto de timidez impropio de ella.

- Quiero ver cómo es - me replicó, y yo seguía sin entender.

- ¿Cómo es qué? - me atreví a interrogar con cierto descaro. La actitud de Elena me estaba exasperando, porque yo, siempre solícito a sus deseos, no entendía este nuevo talante de mi amiga "¿Qué quería?", me preguntaba, "¿por qué esa falta de claridad tan lejana de su carácter directo y avasallador?". Su actitud me inquietaba y de ello nacía la incomodidad que sentía en esos momentos.

- Mañana te lo diré - Esa fue la respuesta con la que rompió, dejándome en un sinfín de interrogantes. Prosiguió en otra conversación haciendo que el tiempo se escapara en el caer de la siesta.

Creo que mi fascinación por Elena procedía de que ella era todo lo que a mí me faltaba: voluntad y fantasía, coraje e imaginación. A veces me parecía que el mundo estaba hecho para ella, a su imagen y capricho. Mi amiga era capaz de dominar cualquier situación, al menos eso me parecía en aquellos tiempos y, cuando los argumentos no le eran suficientes, acudía como a una muletilla: "es lo que dice mi padre", y en esa frase, como certificado de garantía, escondía su falta de información sobre el correspondiente tema. Lo importante para ella era tener razón y desarmar como fuera los argumentos de su interlocutor.

Llegó el día siguiente tan abrasador como el anterior. Elena volvió a la carga y a retomar la conversación interrumpida:

- ¿Has pensado lo que te dije ayer? - me interrogó sin preámbulo alguno.

Aunque en ciertos momento había meditado sobre la misteriosa anécdota del día precedente, en ese instante quedé sorprendido y tuve que hacer una obligada pausa para ponerme en situación...

- ¡Ah! - respondí - es que de verdad no sé qué es lo que quieres.

- Si te haces el tonto de esa forma - siguió - ya sé que te da vergüenza y que eres un cobardica; - y continuó - yo a cambio te enseñaré lo que quieras, ¿no te gustaría ver mis tetas?

Me sonrojé más que de costumbre. ¿Me las enseñaría? ¿A cambio de qué?. Tal vez quería verme desnudo, pensé como una inspiración que llegó a mí en forma de una fugaz ráfaga inquietante. ¿Tendría que desnudarme delante de Elena?. En aquel momento, el sermón de don Tomás golpeó lo más profundo de mi alma y a mi natural pudor se sumó el miedo: "nos castigaría Dios por impuros". Por mi imaginación pasaron en un sólo momento todos los sufrimientos que el cura me había contado, los terribles castigos con que el Justiciero azota a los que pecan contra su propio cuerpo. Por primera vez en mi vida me sentí desdichado. Quería acceder a los deseos de Elena, no por ella sino por mi afán de verla; por un ardiente anhelo de ver si su pecho era tal cual me lo imaginaba. Nunca había visto a una mujer desnuda. Tan sólo había contemplado un dibujo (de un libro de don Andrés) en el que se veía a Nuestros Primeros Padres; en él aparecían ambos desnudos, y mientras Adán tapaba su bajo con una hoja de parra, Eva escondía sus desnudeces con su larga cabellera, que sólo dejaba adivinar las formas de sus pechos.

¡Qué momento tan terrible! En mí se produjo una lucha feroz entre mis deseos y mis convicciones: cada vez que flaqueaba, las palabras del sacerdote me retumbaban con el atroz martilleo de mi conciencia.

La pausa, que siguió a la propuesta de mi amiga, fue larga; me pareció como si por ese instante todo se hubiera parado, y al fin, el reloj del tiempo fue bondadoso. Elena lo puso de nuevo en marcha interrumpiendo el silencio. Adivinando mi angustia dijo:

- ¿Acaso crees que eso es pecado? - y continuó - Dios nos creó desnudos y si nos tapamos es por defendernos del frío, o como dice mi padre, por la malicia de los hombres. Si todos fuéramos desnudos - continuó - nadie sentiría vergüenza y todos lo veríamos normal. Si yo, que soy una niña, creyera que eso no está bien, no te lo habría pedido.

Las palabras de Elena sonaron convincentes y, tras una breve pausa, asentí con la cabeza. Era tal mi emoción que no acerté a articular palabra alguna.

Despacio y ceremoniosamente, empezó a desabrochar, uno por uno, los botones de su blusa. Cada ojal desalojado coincidía con una mirada curiosa de mi amiga que irrumpía en mi rostro como una bofetada de fuego, aumentando mi turbación. Es difícil describir lo que estaba sintiendo en esos momentos...; todo mi cuerpo se conmocionaba y un ligero temblor iba apoderándose de mí hasta sentirme casi desfallecer. Mi pene erectaba con un cosquilleo delicioso y, sin embargo, no sentía placer; mi ansiedad era más fuerte por instantes e impedía otra clase de emoción.

Los pechos de Elena surgieron erguidos, imponentes, decisivos, firmes y desafiantes. Mientras forzaba su tórax, su rostro aparecía arrogante y ufano por tal muestra. Seguramente sintió el orgullo de enseñar, como única poseedora, el tesoro máspreciado que alguien podía esconder.

- Ahora te toca a ti - inquirió.

Había llegado el momento que yo temía, pero ¿Cómo negarme después de que ella había cumplido lo pactado?. Me armé de valor y súbitamente bajé y subí con rapidez mi bañador. Las protestas de Elena no se hicieron esperar y me llamó tramposo, exigiéndome que al menos estuviera el rato que ella, que aún no se había cubierto. De nuevo más zozobra; mi angustia era evidente, pero, a pesar de ello, bajé definitivamente mi bañador.

No es posible conocer los pensamientos que pasaron por el cerebro de Elena y menos aún sus sentimientos; sólo puedo recordar que su rostro se volvió circunspecto y su sonrisa se tornó en gravedad. Me miraba, en parte con curiosidad y en parte como queriéndose apoderar con la mirada de mis órganos, tal vez no por lujuria, sino para en la intimidad poderlos examinar más detenidamente. Mi miembro aún conservaba algo de la erectibilidad que la acción de Elena había provocado, pero disminuida por mi propia perturbación. Algo debió causar sorpresa a mi amiga, porque, en medio de su expectación, no pudo disimular un profundo suspiro que ahogó con disimulados ademanes.

Me sentí desdichado, mi propósito de pureza se había desvanecido a la primera tentación . En efecto, en esos días experimenté, por primera vez, la sensación que, durante toda mi vida, ha hecho de mí un desgraciado; desde entonces muy pocas veces me he sentido feliz, ni siquiera con lo que el resto de los humanos parecen dichosos.

=====

Mientras escribía esta líneas, por unos momentos, me he regocijado con el recuerdo de mi querida Elena y algo insólito: nunca, hasta este instante, me había preguntado si el hombre puede ser feliz. La reflexión de que otros humanos eran dichosos con lo que a mí me hacía desgraciado, ha atisbado en el horizonte de mis pensamientos un hito de esperanza a la que, ojalá, pudiera asirme para encontrar un significado a lo que hoy carece de él.

Ahora voy a dejar la pluma y, en el refugio de la almohada, intentaré repasar con más detalle lo que, pobre y torpemente, he intentado describir sin que el hada de la inspiración haya puesto en mí las palabras adecuadas para poder comunicar las emociones que, al ser sentimientos, se resisten a dibujarse en la frialdad de un papel.

=====

¡Qué rápidos pasaban los días!. Con la llegada del otoño se acabaron nuestras vacaciones. De nuevo la monotonía diaria: a las ocho de la mañana cogíamos el autobús que nos dejaba en el Instituto. Era mi segundo año y el primero de Elena. Su padre, don Andrés, nos había preparado para el examen de ingreso y debo reconocer que con mucho éxito, pues tanto a mi amiga, al principio de este verano, como a mí, en el anterior, nos felicitó el tribunal y nos encargó que le diéramos la enhorabuena al profesor que nos había preparado.

Aquel día había amanecido tormentoso y mi padre, que siempre estaba obsesionado por la superstición, no quería que fuera a examinarme puesto que era mal presagio:

- Podrías hacerlo en septiembre - me decía - cuando las nubes son así de negras y ponen al cielo gris con esos claros azules que se mueven tan deprisa, nada bueno anuncian - proseguía. - Hace ya muchos años, en un día de septiembre y con la misma pinta que este, Dios se llevó a tu madre cuando naciste tú. Primero las nubes y en seguida los gritos de dolor que le anunciaban el parto. Me dispuse a ir a buscar a la comadrona pero, una vez ensillado el caballo, se negaba a salir de la cuadra; ni mis palos ni mis gritos lo hacían entrar en razón; el animal presentía la muerte muy cerca y quería estar próximo a su ama. Los animales - seguía diciendo - presienten antes que nosotros las desgracias. En el caballo "del Antonio" pude ponerme en camino y, después de una hora, regresaba detrás del carro de doña Felisa (así se llamaba la comadrona). Al entrar en la casa tu madre se retorció en dolores, que debían ser horribles por los gritos que daba; y mientras doña Felisa nos encargaba que preparáramos agua hervida y toallas limpias, la tranquilizaba y la disponía para el alumbramiento; Julia, la vecina, que Dios también tenga en su gloria, se encargó de todos los preparativos y a mí me hicieron salir a la calle. Te oí llorar, hijo mío, y corrí en seguida a verte. Naciste que eras una bendición, regordete y coloradote; pero allí, en medio de la cama - una lagrima asomó y rodó por las mejillas de mi padre, y continuó - allí, tu madre, sumergida en una gran mancha roja se nos fue para siempre, sin que la comadrona pudiera hacer nada para contener su vida que se escapaba con cada borbotón de sangre. ¡No vayas a examinarte, hijo mío! ¡No vayas, porque las nubes no anuncian nada bueno!

Sólo don Andrés, quien al ver que tardaba fue a buscarme, pudo persuadir a mi padre para que me dejara ir al examen.

Estaba nervioso, aunque, en cierto modo, me encontraba optimista y confiado en mis posibilidades. Estaba muy bien preparado y eso me hacía más llevadera la antesala de la gran prueba que iba a sufrir.

Ya en el autobús, miraba a un lado y a otro; intentaba leer en el rostro de las gentes si ellos eran conscientes de lo que me esperaba; luego razonaba y me decía a mí mismo que eso era una tontería, puesto que cada cual iba a lo suyo y, tal vez, la trascendencia de un examen no era nada comparada con la tragedia que podía estar viviendo cualquiera de esas personas, que yo sólo conocía de vista. Pensaba cómo me iba a ir en el examen, qué podrían preguntarme y de pronto sentí como un pellizco... No recordaba los reyes godos... Ataulfo, Recaredo... fui recordando y tranquilizándome... ¿Las comarcas de León?... El Bierzo, Riaño... de nuevo volvía a tranquilizarme... Y así mi pensamiento iba martirizándose con nuevos pequeños sobresaltos, hasta llegar al Instituto.

Era un edificio viejo y de estilo renacentista; había sido un palacio de algún noble que se había habilitado hacía unos años . Estaba situado en el casco viejo de la ciudad en una calle estrecha y que se empinaba hacia lo que en otros tiempos fue una ermita y cuyas ruinas presidían la parte más alta de la antigua ciudadela árabe. (don Andrés, nos había leído que fue mandada construir por don Leopoldo de Cantamillas, pero que un fuerte terremoto la dejó como ahora la vemos).

El grandioso pórtico que daba entrada al Instituto desembocaba en un patio cuadrado bordeado por una especie de claustro y, al fondo, unas escaleras con mamperlanes de madera daban acceso a la planta en la que se encontraban las aulas. El elegante estilo y la austeridad del edificio imponía, en los que por primera vez lo visitábamos, una cierta inquietud y un perdersnos en el severo trazado de sus líneas rectas y su geometría impecable.

A las nueve en punto, un bedel, gritando como un energúmeno, nos llamó y nos condujo a un aula. ¡Qué sensación!... oscura y deprimente, de paredes vetustas y encaladas de blanco azuleteado y con infinitos borbotones que emergían de los escasos remansos de lisura de antiguas restauraciones. En los techos, ondulados por el tiempo, viejas y negruzcas vigas de madera se curvaban como amenazando abandonar su pesada carga.

Entraron dos señores vestidos de gris oscuro y la penumbra de la estancia se interrumpió por el amarillo de algunas bombillas, dejando su pálido reflejo sobre las hojas blancas que descansaban sobre nuestros pupitres. Uno de ellos levantó la voz y dirigiéndose a nosotros nos explicó en qué iba a consistir la primera parte del examen :

- En ese papel, que tenéis sobre la mesa de vuestras bancas, debéis escribir vuestro nombre y apellidos; dejáis un espacio en blanco, como de cuatro líneas y en el centro de la quinta escribid la palabra "dictado", toda con mayúsculas; dejáis una línea en blanco y a continuación empezáis con lo que se os dicte. Su voz era severa y daba la sensación de que

estaba enfadado. ¿Qué le habíamos hecho nosotros? ¿No estábamos ya bastante asustados como para que encima nos "echara los perros"?

Algún tiempo después, entendí el motivo de su enfado, del enfado de todos los profesores, del crónico mal humor de los profesionales de la enseñanza: apenas si les pagaban para poder mantener a sus familias. Tras el rimbombante nombre de "Catedrático" se escondía un ser apesadumbrado por las penurias económicas. Tras la aparente dignidad de su buen vestir, se escondían camisas con los cuellos y los puños mil veces zurcidos y, algunos, cambiados cuando ya no resistían ni un hilo más. Camisas que tenían que ponerse muy despacio y con sumo cuidado para que no se desgarraran de tantos lavados, de tanta plancha y tanto almidón (muchas congregaciones de monjas subsistían gracias a las limosnas que los profesores les daban por cada pieza que colocaban en sus trajes, lo hacían con tal maestría que no se notaban)... Y esos rostros enjutos, escondían, en cada arruga, las huellas del mal comer... Entonces comprendí por qué todos los profesores eran serios, circunspectos y sin el menor sentido del humor.

La primera parte del examen, consistente en un dictado, unas cuantas operaciones aritméticas y un problema sencillo, había terminado; hasta las siete y media de la tarde no tendría que volver para el oral. Don Andrés y yo nos dirigimos a un parque cercano y allí, en un kiosco, él pidió un vaso de vino para acompañar al bocadillo, que le había preparado su esposa, y a mí me pidió un refresco. Abrí mi talega y, entre bocados y sorbos, dejamos pasar el tiempo en la soledad del parque que aún olía a primavera de rosas. Yo no me cansaba de contemplar cada una de las plantas de los jardines y, junto al estanque donde los patos sesteaban, quedé como ensimismado pensando que a Elena le habría gustado estar allí. La imaginé hablándome de los cisnes y sugiriéndome algún imaginativo juego para pasar la tarde. Entre mis pensamientos se disiparon las horas. Cuando abrían los jazmines y un tímido aroma a galán iba saturando el aire, regresamos al instituto.

No tuve que esperar mucho tiempo para pasar a presencia del tribunal. Era un aula muy parecida a la anterior y al fondo, en una mesa, cinco profesores con expresión de jueces estaban dispuestos a saetearme de preguntas. El mundo se me cayó encima y, cuando fui nombrado, apenas si acerté a levantarme de mi asiento. Las piernas me temblaban y todo mi cuerpo había dejado de pesar, no me notaba a mí mismo y, como levitando, pude llegar hasta los examinadores. Todo parecía como escogido para la escena de una película de terror... Uno de los profesores levantó la cabeza y, mirándome por encima de sus gafas, me exigió:

- Diga usted su nombre completo, fecha y lugar de nacimiento.

Tardé algo en pronunciar palabra y a cada movimiento de mis labios, el interrogador agachaba su cabeza y señalaba algo en una lista... - Pedro Léndez Morales, para servir a Dios y a usted - contesté, y todas las miradas de los profesores, como por resorte, cayeron sobre mí sin perder en ningún instante su aire de gravedad. Me habría gustado salir corriendo, o esconderme debajo de la mesa o simplemente diluirme en la pesada atmósfera de la sala, pero no tenía voluntad y me encontraba como anclado en el suelo y

a merced de cualquier acontecimiento. Poco a poco y conforme iba contestando cada una de las preguntas, que me iban haciendo, me volvió la tranquilidad, como si tuviera la sensación de que dominaba el escenario: una amplia satisfacción iba embargándome a medida que me percataba del asentimiento de los miembros de tribunal a cada respuesta mía; a partir de ahí sólo hubo un momento en que volví a sentir temor al atrancarme en el pretérito pluscuamperfecto del verbo comer, pero arrancada la primera persona, el resto salió de carrerilla, aunque no sé si sabía lo que estaba diciendo.

De regreso a casa, las nubes, por fin, rompieron el cielo en agua y los goterones de lluvia jugaron con las luces de los faros y el relumbrar de los relámpagos, los murmullos del motor y las estruendosas explosiones de los truenos.

*En la noche teñida de luna  
se rompe el surco de diademas floridas.  
Tiembra la alborada,  
de flores secas,  
de hojas caídas,  
y el polvo del camino  
al camino alumbra.*

## CAPÍTULO III

Siempre he recordado a mi padre como a un hombre bueno que dedicó toda su vida al único fin de hacer que la de su hijo fuera muy distinta a la suya. Era menudo, de rostro relamido y apretada barba. Llamaban la atención sus extraños ojos, que surgían grandes y profundos desde sus espesas y negras cejas; su color azul-verdoso, como el horizonte del valle, suavizaban su mirada que se diluía en la pálida tez en la que las fatigas habían dibujado un rayado laberinto de miles de frustraciones. Los brazos, más que surgir, colgaban de sus hombros y se remataban en unas manos pequeñas pero fuertes y salpicadas de pelos negros curvados desde las muñecas hasta los nudillos.

Mi padre, aunque casi analfabeto, era un hombre tremendamente culto, lleno de la sabiduría popular y de una filosofía que se escondía en los profundos contenidos de los viejos refranes. No se le escapaba nada y para cada cosa y para cada tiempo tenía su dicho. Todos sus juicios los hacía a través del refranero equivocándose pocas veces y, sólo cuando mediaban sus también arraigadas supersticiones, evidenciaba algunos de sus inevitables fallos. Esa gran sabiduría de mi padre, que, para mi desgracia, yo no he heredado ni la he podido aprender en los libros, le dotaba de una gran humanidad: cuando he querido definirlo con la mayor brevedad posible, he dicho de él que era un hombre muy humano.

La vida de mi padre transcurría entre las labores del campo y la caza furtiva.

Junto a mi cortijo, unas hectáreas de terreno, mitad fértil y mitad pedregoso, eran la fortuna familiar de la que salía nuestra riqueza y nuestra pobreza. Mi padre siempre decía que éramos ricos y, aunque carecíamos de todo, nunca faltaba nada en mi casa. De esa tierra salí yo, porque alimentó a mi madre, y de esa tierra salieron mis estudios y por ende mis conocimientos, que no mi cultura que era una mezcla de tradiciones ancestrales y de las ideas de los personajes más influyentes, don Tomás y don Andrés.

La caza, además de ser su afición preferida, le producía pingües beneficios, ya que la mayoría de las piezas cobradas las vendía a buen precio, unas a otros cazadores desafortunados y la mayoría las mandaba

a la ciudad, donde eran muy apreciadas. Recuerdo haber salido con él, a cazar, antes de apuntar el alba y cómo, en ocasiones, cuando la brisa de la mañana traspasaba mi piel, mi padre me acurrucaba y me susurraba que algún día sería un hombre fuerte que no temería a nada de este mundo. De vez en cuando, me miraba y se sonreía y en ese momento, ante mis ojos, se agrandaba cual enorme gigante protegiéndome de ese miedo que los niños sienten, más a la penumbra que a la oscuridad. Sé que la sonrisa de mi padre era como un mensaje para tranquilizarme, puesto que adivinaba mi temor, mi miedo a todas las sombras de la vereda, a los silencios del campo y a los ruidos inoportunos, al murmullo de hojas y a los chasquidos de las ramas. Luego, cuando los primeros rayos del sol se iban colando entre la arboleda, todo el semblante de la montaña parecía transfigurarse y recobrar la realidad.

Con él aprendí todas las modalidades de la caza, pero la que más me apasionaba era el acecho; teníamos que estar sentados y semiescondidos antes de que las primeras luces de la mañana asomaran del otro lado del valle, y allí en la paz del silencio, en la soledad de la naturaleza abrupta y alumbrados por la luna llena, revoloteaban los pensamientos entre las imaginarias figuras que la noche dibujaba en las rocas y en los matorrales. Allí el alma de mi padre se henchía y me abarcaba con un abrazo de sentimientos grandes, mientras nuestros cuerpos se empequeñecían en la grandiosidad del paisaje. Allí las estrellas nos hablaban con sus rutilantes tintineos de sonidos imperceptibles que mi imaginación infantil convertía en fantásticas historias de duendes y hadas. De vez en cuando un suave murmullo de hojas alertaban a mi padre que a su vez me llamaba la atención con un ligero movimiento de su cuerpo para indicarme la presencia de los conejos junto a las jaras que salpicaban la loma. Inquietos, los animalillos, movían sus orejas y, levantando la cabeza, oteaban el ambiente con sus juguetones hocicos ¡daba alegría verlos!... pero un sonido brusco rompía el instante ... y caían rodando entre los matorrales. Siempre he sentido la misma emoción penosa y no podía evitar que las lágrimas brotaran de mis ojos sin poderlas detener. Mi padre recogía las piezas y así continuábamos hasta los primeros rayos de sol. En el camino de regreso, envalentonado por la luz del día, hablaba con mi padre de todas las cosas y lo saeteaba a preguntas, a las que siempre me contestaba con alguna historia o leyenda.

- ¿Por qué existen las estrellas? - le pregunté un día. Mi padre guardó silencio durante unos minutos y en seguida, mirándome a los ojos, me respondió:

- Eso es uno de los grandes misterios del mundo, pero mi padre me contó que hace ya muchos miles de años no existían ni las estrellas, ni la luna y solamente el cielo estaba habitado por el sol. Imagínate, hijo mío, - continuó - qué oscura era la noche, tan oscura que a veces el mismo Sol se perdía y no sabía encontrar las montañas para llevarles la luz de la mañana; entonces la Tierra permanecía en tinieblas por largas temporadas y ni los pastores ni el ganado podían regresar a sus casas. Ocurrió que a un niño le sorprendió una de esas largas noches en el campo y lejos de su familia. Tiritando de frío este niño se puso a llorar y lloró por espacio de ocho días. Sus lágrimas volaron al cielo y allí se congelaron para siempre, pero desde entonces guían al sol durante la noche para que encuentre la mañana.

Esa historia, que me contó mi padre, me dejó tan sorprendido que no me di cuenta de la sensación de insatisfacción que me produjo. A la noche siguiente, reposando en la diminuta almohada de mi cama, todas las preguntas que no supe hacerle a mi padre se me agolparon. Rememoré la historia y no podía dormirme pensando qué había sido del niño.

En otras ocasiones, cuando no había luna, cazaba con los perros. Caminábamos por la montaña sin senderos, desde el primer sol de la mañana hasta que sus rayos se hacían perpendiculares a nuestras cabezas y como finos alfileres traspasaba nuestra piel haciéndonos brotar el sudor en todo nuestro cuerpo. Los perros corrían de un lado para otro olisqueando cada matorral y cada hierbecilla; se paraban y se volvían hacia atrás y hacia delante sin dejar ni un centímetro de tierra sin palpar. Nosotros los seguíamos a prudente distancia y oíamos sus jadeos sin perder ni uno solo de sus movimientos hasta que descubrían el escondite del conejo. A la sombra de cualquier gigante hinojo o tomillo estaba el pobre agazapado sin pensar que el inoportuno perro iba a interrumpir bruscamente su paciente sesteo. El rápido batir de la cola del perro nos alertaba y, en ese momento, mi padre se encaraba la escopeta y un certero disparo acababa con el animal que huía despavorido de la presencia del cuadrúpedo cazador. Otras veces, cuando el animal surgía por sorpresa, se producía una terrible persecución y siempre, en esas ocasiones, la velocidad del perro era burlada una y otra vez por la maravillosa habilidad del conejo para darle regates y ganar espacio. Mi padre seguía la pieza con la escopeta y sólo podía disparar cuando mediaba una prudente distancia entre ella y el perro.

Aquellas escenas de caza nunca he podido olvidarlas, porque siempre me parecieron crueles y me producían contradictorios sentimientos; por momentos odiaba a mi padre por quien sentía adoración; por momentos odiaba la terrible naturaleza que tan poderosamente, en otras ocasiones, admiraba. Encontraba en la caza una guerra desigual entre el hombre y los animalillos del campo, que eran engañados, o más bien sorprendidos en la intimidad de sus vidas cotidianas. Me gustaba salir de caza y todo el ambiente que conlleva, pero sufría con la muerte de los animales.

La más cruel de todas las formas de caza que aprendí era la del cuco. El puesto lo hacíamos con piedras puestas las una sobre las otras, en sillería, imitando una pequeña torre de un castillo castellano, pero bajito y sin rematar. A unos metros de distancia, sobre un pequeño montículo de piedras, colocábamos la perdiz de reclamo dentro de su jaula y esperábamos pacientemente la llegada de las víctimas. Al poco rato de estar allí escondidos en el puesto, los aires se llenaban del canto de la perdiz llamando a sus congéneres, seguramente ajena a la traición que se iba a producir. Pronto el aleteo de las otras perdices revolucionaba la jaula; el animalico levantaba sus alas, como queriendo escapar y se encaraba al pájaro libre que revoloteaba alrededor de la jaula una y otra vez, en todas las posturas y en todas las posiciones; sólo cuando se alejaba un poquito, mi padre disparaba y el perdigón caía abatido casi al pie de la jaula. ¡Pobre animal que moría en los brazos del amor!.... Yo lloraba de rabia y en todas las ocasiones los habría avisado, si no hubiera sido por el temor que sentía a las posibles represalias de mi padre.

=====

Muchas veces, recordando la caza del cuco, me he preguntado si aquello era una escena de amor y muerte, o más bien una representación de la naturaleza en la que la pasión y el dominio anulaban al propio amor y lo convertían en un sentimiento ruin ( como si la muerte ajena fuera el triunfo y no la tragedia). ¿Por qué la perdiz, dentro de su prisión, se sentía ufana con la muerte de su congénere? ¿Era una escena de pasión y celos? Me pregunto cómo es posible que la naturaleza, allí donde no existe el raciocinio, haya inventado tan crueles sentimientos... Ahora dudo de mí mismo y pienso si no seré un ser a contracorriente, si no forcé lo que era natural, lo que debían haber sido mis instintos, para convertirme en un tumor que la naturaleza, y no la sociedad, ha rechazado... Mi amor por Elena nunca ha sido posesivo y tal vez erré. ¿Tendría que haberla matado para imponer mi dominio? o ¿tendría que haber matado a mis rivales para hacer gala de mis celos?...

=====

El sudor rompía los terrones tozudos que el arado y la grada habían dejado sin deshacer y, a cada golpe de azadón, la tierra se estremecía bajo los desproporcionados pies de mi padre. Luego, amorosamente iba abriendo los surcos por donde el agua tendría que mojar la fértil tierra y en sus lomas iba colocando, una por una, pequeñas plantitas que hasta la mañana siguiente no levantarían sus hojas para saludar al aire del valle. En la zona pedregosa, mi padre sembraba trozos de patatas, arrodillado en el suelo y con un pequeño escardillo. En la solera, iba soltando los granos de trigo aventando los puñados en ráfagas, para que se desperdigaran por la seca tierra.

También teníamos unos cuantos olivos en la pequeña colina que daba las espaldas al caserío; sobre ellos también, mi padre

derramaba su amor cuidándolos cual criaturitas pequeñas: los mimaba quitándoles las imprudentes varetas que nacían en su bajo lomo, cavando sus pies y haciendo pozas, para que retuvieran el agua que los alimentaba. Los regaba con cántaras que llenaba en el río y trasladaba en los agüeros de la mula; los abonaba con el estiércol que sacaba del corral...

Cuando el atardecer caía sobre el valle, mi padre entraba en los corrales y en el muladar para cuidar a los animales: en el establo, renovaba la paja, ponía agua Impia y cepillaba a la pareja de mulas y al caballo; luego regresaba a la casa donde yo esperaba de vuelta del colegio. Me preguntaba cosas, mientras acariciaba a los perros y preparaba la cena para los dos.

Siempre vi a mi padre feliz o, al menos delante de mí, disimulaba sus penas para que yo no las sufriera. Nunca me pidió la más mínima ayuda pero, dentro de mis limitadas posibilidades, intentaba colaborar y ofrecerme en un intento inconsciente de hacerle la vida más llevadera... También a mí me mimaba, como mimaba a sus plantas y a sus animales: me llevaba a la cama y me acurrucaba entre las mantas y me contaba cuentos que nunca terminaba hasta dos o tres días después. Yo me quedaba dormido y, decía él, que con una maravillosa sonrisa en los labios.

Siempre he recordado uno de sus cuentos de forma especial, no sé si es que me lo contó muchas veces o que me causó impacto.

- Había una vez - empezaba el cuento - un hombre muy triste y muy pobre que se refugiaba entre las ramas del bosque y que sólo comía las hojas tiernas de las hierbas que reconocía como comestibles. El río era su inmensa jofaina y la tierra su habitación; sus compañeros, los miles de insectos que poblaban el bosque y sobre todo las ardillas a las que admiraba por su habilidad para subir y moverse por los árboles. Su entretenimiento favorito era contemplarlas y observar uno por uno sus movimientos. Tanto las miraba, que pronto aprendió su lenguaje y podía entender todas sus conversaciones. En una ocasión escuchó a una ardilla que le decía a otra:

**"- ¿Has visto cómo nos mira ese pobre harapiento?"**

- Al darse cuenta de que hablaban de él prestó mucha más atención y pudo oír lo siguiente:

**"- Se hace el pobre siendo, como es, tan rico -"** continuó hablando la otra ardilla - pero en ese momento un ruido brusco las hizo huir, sin que el mendigo pudiera saber a qué se estaban refiriendo, ya que él era pobre de verdad y nada poseía, si no era a su sola persona.

- Transcurrió el tiempo y al cabo de unos años, de nuevo, sorprendió a otras ardillas conversado de él:

**"- ... Se hace el pobre siendo, como es, tan rico -"** las oyó decir repitiendo las mismas palabras que antaño le llamaran poderosamente la atención. Intrigado, y al darse cuenta de que no decían nada más, se dirigió a ellas:

**"- ¡Amiga, ardilla! - exclamó - ¿Por qué dices que soy rico, cuando la verdad es que soy el más pobre de los hombres?... ¿Por que dices que me hago el pobre? ¿Acaso se puede ser más pobre todavía?... -"**. Preguntó y preguntó, pero nunca encontró respuesta ya que, aunque entendía a las ardillas, éstas no lo entendían a él, de modo que siguió como hasta entonces, jugando con los gusanillos del campo y compartiendo su lecho de tierra con las hojas de los árboles que caían en el otoño.

- Así pasaron otros cuantos años con sus ardientes veranos y sus lúgubres inviernos, y mientras el paisaje del bosque se recuperaba en cada primavera, nuestro hombre iba envejeciendo, su barba se tornaba canosa haciendo juego con las lanzas de plata que la luna dejaba caer por entre los resquicios de los árboles. Durante el día, también jugaba con las mariposas y las acompañaba a las flores del remanso del bosque. Silbaba a los gorriones y saludaba a los vencejos que batían el aire con sus negras alas hasta sumergir su pico en la superficie tranquila de las pozas del río. Andaba despreocupado por todos los senderos y acariciaba las hierbas y contaba las estrellas de la noche y respiraba a pleno pulmón el aire fresco del alba y se teñía del rojo del crepúsculo al atardecer. El hombre había dejado de estar triste y se sentía lleno de la naturaleza. Comprendió que, en efecto, poseía más que nadie en el mundo: todas las flores del campo y las mariposas y los animalillos, los gorriones y los vencejos y... Su almohada era del oro de las amarillas hojas y su cama era de bosque y de tierra y su colcha bordada de estrellas.

=====

Siempre tengo presente la moraleja de aquel bello cuento y, seguramente, me habría gustado tener mi ardilla para encontrar esa felicidad que el mendigo supo hallar en el otoño de su vida; pero a mí todo se me ha negado y ni siquiera he tenido la virtud de la conformidad ni el coraje de gritar mis desdichas. Ojalá que en estas líneas, que con tanto esfuerzo estoy escribiendo, encuentre mi ardilla; pero si no es así, que a alguien le puedan ser útiles mis experiencias para que tenga ese consuelo que yo no tengo en estos momentos.

*El oro del amanecer,  
regando las hierbas pisadas,  
latidos de almas cansadas,  
abate a todo mi ser.*

*Naciendo el día, presiento  
que el valle se queda en el alma  
y trae, aunque busco la calma,  
la noche de mi pensamiento.*

## CAPÍTULO IV

No conocí a mi madre, pero de ella sé que tuvo que ser una gran mujer, por lo que mi padre contaba. La conoció cuando él no tenía ya esperanzas ni deseos de casarse. Su vida estaba llena del valle, de sus campos, de los miles de aromas y de las emociones de la caza. No quería casarse, porque el amor a los animales, a las plantas y a la tierra, le llenaban por completo. Pero... conoció a mi madre... Dicen que yo me parezco a ella y estoy por eso "poseído de la vida". También dicen que su muerte, al darme a luz, fue como una maldición, porque su amor se refugió en mí.

=====

He oído decir, desde que era muy pequeño, que el amor nunca muere con la persona y que queda en el ser amado poseyéndolo. ¿Será verdad que el amor de mi madre ha sido la causa de todas mis desgracias?. Posiblemente el dicho sea verdad y siendo así, el amor permanece. Sé que yo, esencialmente soy amor y que nací para amar, pero... ¿Por qué el amor no busca al amor?... He vivido amando y me consumo amando, y siendo, como soy, un ser poseído por el amor, estoy vacío ¿No contradice esto todas las creencias humanas?... La mayoría de las filosofías prometen paraísos a los que se entregan a cualquier clase de amor, terrenales para el amor terrenal y sobrenaturales para el amor inconcreto, que no espiritual, puesto que de existir el espíritu, sólo de él podría salir tan noble sentimiento. Acaso mi paraíso está aún por llegar y sólo tras la muerte, que tanto deseo, pueda disfrutarlo.

...Me sorprendo con estos pensamientos puesto que contradicen mis creencias, mejor dicho, mis no creencias, ya que no creo en nada e incluso dudo de mí mismo y tengo la sensación de ser una ilusión. Dudo

de si existo o, más bien, sólo soy el pensamiento de alguien que se ha materializado por no sé qué azar. Escribo y dejo que mi pluma trace lo que quiera sobre el papel, a sabiendas de que algunas de las oraciones, que construye, son más bien mis deseos que no, lo que yo en realidad creo.

La verdad sobre mí mismo sólo puede ser la verdad de lo que sea el amor, y si el amor existe, yo existo... Si esto lo está leyendo alguien, no cabe duda de que he pasado por la tierra y ... entonces... ¿no estaré recibiendo el castigo de ser egoísta, de amar esperando algo a cambio?...

=====

De mi madre supe que fue excepcional y de ahí su muerte prematura. Se entregó y renunció a ella misma y fue el alma del valle. Cuando conoció a mi padre le pareció uno de tantos. Nunca la "pretendió", porque eso no era lo habitual, sino que aceptó lo que previamente ya habían concertado su familia y mi padre. Tenía sólo dieciocho años, cuando fue llevada al altar por un hombre que le llevaba catorce. No se casó resignada porque, para las mujeres del campo, el matrimonio era lo más importante de sus vidas y jamás se planteaban con quién. Sabían que un día tendrían que casarse y traer al mundo unos hijos. Habían sido educadas para ser madres y siervas de cualquier hombre. Mi madre, como todas las mujeres del valle, fue feliz el día de su boda y se sintió afortunada, porque no le había ocurrido lo que a su hermana mayor, que por enamorarse tuvo que, un día, irse con su novio para volver a casa con una enorme barriga y empujada por su instinto de maternidad (ya que el padre de la criatura no tenía oficio ni beneficio). Se sintió dichosa porque tendría un hogar propio junto a un hombre muy trabajador y no se vería obligada, como su hermana, a vivir de la limosna de sus padres que la habían acogido tanto a ella como a su marido de hecho.

Cuentan de mi madre, que desde muy pequeña curaba las verrugas y, según dicen, eso era debido a que su madre, mi abuela, tenía una "rosa" en las espaldas. Desde que tenía diez años los vecinos de valle ( e incluso algunos de la capital) iban en su busca para que les curara las más variadas enfermedades y ella, que era muy piadosa, lo único que hacía era rezar, quedando sorprendida, cuando, al cabo de unos días, le comunicaban que habían sanado. Su fama se extendió por todo el entorno y había días que apenas si tenía tiempo para comer, dedicada a sus rezos para sanar enfermos. Su dedicación era tal, que incluso acudía a la casa del paciente, cuando, por lo delicado de su estado, éste no podía moverse de su cama.

Así la conoció mi padre: había salido con el caballo y, por el camino que lleva al "Cerro del Obispo", un perro, tal vez rabioso, les salió al encuentro. El caballo se desbocó y dio con mi padre en el suelo. En principio se

levantó y por su propio pie pudo retener al animal, volver a cabalgar y llegar a su casa para acostarse. Se sentía algo dolorido pero era soportable. A la mañana siguiente, cuando quiso levantarse, un agudo dolor en la espalda se lo impidió. Notó que no sentía sus piernas y gritó asustado pidiendo que alguien le ayudase (mi padre vivía solo, puesto que hacía años que era huérfano). Sus gritos de terror llenaron la aldea y acudieron todos los vecinos en tropel y alarmados. Como quiera que el médico sólo iba al pueblo dos veces en semana, y ese día no le tocaba, optaron por llamar a la "niña María" (así llamaban a mi madre). Lo encontró postrado en cama y con unos dolores horribles, a juzgar por sus quejidos.

- Bueno, hombre - le dijo - rece usted conmigo y pídale al Señor su ayuda.

Mi madre se arrodilló y durante un buen rato quedó como en éxtasis, absorta en sus oraciones, y nada más terminar, mi padre se encontraba mejor.

Me contaron que él no pudo perderle ojo durante todo ese tiempo; así que, deduzco yo que no fueron las oraciones las que obraron el milagro, sino el haber quedado prendado de ella; dicen que tenía los ojos de cielo y su cara era redonda como la de la luna llena. Era tal su belleza, que los más descreídos del pueblo pensaban que su poder de curación radicaba en la pureza que su alma traslucía a través de su bello semblante y, sobre todo, al amor con que trataba a las gentes.

Sea lo que fuere, a los pocos días mi padre estaba de nuevo en sus quehaceres, labrando la tierra y cazando en las madrugadas. Pero la obsesión de casarse con la "niña María" se había apoderado de él y no pasó un mes desde el primer encuentro, cuando, fingiendo que aún le persistían algunos dolores, fue a buscarla a su casa, de la que salió con la certeza de que algún día esa niña sería su esposa. La decisión fue rotunda, de modo que habló con mis abuelos y concertaron la boda para el próximo verano, cuando hubiera concluido "el agosto" y las faenas de la labranza fueran menos perentorias.

=====

¡Qué triste es para un hombre no haber conocido a su madre!. Estoy escribiendo sobre ella y, aunque son recuerdos prestados, ahora me parecen propios y como si yo hubiera vivido todo lo que unos y otros me han contado. Poco a poco he construido una imagen de mi madre e, inconscientemente, he querido ser su reflejo amando como ella amaba y entregándome para hacer el bien a los demás, pero ella amó hasta el sacrificio,

mientras que mi amor se ha sacrificado a mis convicciones, de modo que, en los momentos más trascendentes de mi existencia, no he sabido renunciar a mí mismo para ser lo que los demás querían que fuera. He amado como nadie pero sé que no he sabido amar o, al menos, no como, al parecer, hay que amar.

¿De qué nos sirve amar, si al ser amado no le llega nuestro cariño?. Tal vez el amor sea como la luz y es necesario que se proyecte sobre el espejo del amado para que vuelva reflejado sobre el amante.

=====

Los meses pasaron rápidos entre los preparativos de la boda: terminar el ajuar, preparar la casa, hablar con el cura, disponer el papeleo del juzgado y diseñar la fiesta de celebración. Los regalos llovieron en casa de mi madre, porque todos los vecinos querían contribuir, aportando aunque fueran humildes presentes, para que se les reconociera su gratitud por los miles de favores que, ya por entonces, debían a la novia. Toda clase de cosas llenaron casi una habitación de la casa: mantas, sábanas bordadas, embutidos, gallinas...; cada uno aportó lo que pudo, e incluso algo más, en su afán de devolver a la Niña María, en esos objetos materiales, su afecto por tanto amor como ella había derrochado.

La noticia de la boda de mi madre conmovió, no sólo a la aldea, incluso de otros puntos más lejanos llegaron algún que otro presente. Fue toda una revolución que copó, durante una buena temporada, la actualidad del valle que, por entero, asumió la preparación de los esponsales. Los vecinos se encargaron de arreglar y engalanar la vieja placeta, en la que colocaron largas mesas e improvisados manteles, contrataron una pequeña banda de música y algunos aportaron corderos para la celebración. Las mujeres adornaron la pequeña iglesia, con flores de sus huertos y otras que encargaron en la capital, recubrieron los bancos con sábanas y en cada uno de ellos prendieron varios ramilletes de florecillas frescas. Colgaron colchas de las paredes y a todos los santos les limpiaron el polvo y les cambiaron el agua de los jarrones e, incluso, les pusieron velas nuevas. Se blanquearon todas las fachadas que daban a la placeta y todos, incluso los niños, se vistieron con sus mejores galas, hasta el "tontillo" que siempre iba de un lado para otro mostrando dos hermosas velas pendientes de sus narices; en esta ocasión lo bañaron y le quitaron la mugre añeja e incluso lo vistieron con unos pantalones largos prestados y hasta le pusieron una corbata de lazo que nadie supo de dónde había salido.

Nadie del valle se sustrajo a la celebración y hasta la naturaleza quiso colaborar para que todo fuera perfecto; ese día amaneció con

una mañana espléndida y los rayos de sol dibujaron sobre las laderas del río arcos iris multicolores, y los rosales derramaron su perfume al aire que llenó con su aroma de flores el ambiente festivo. Las montañas cambiaron el gris por azul y hasta el marrón de la tierra se hizo más suave para dar dulzura al paisaje engalanado para el acontecimiento.

Mi madre lució un vestido blanco hasta los tobillos y un sombrero de fantasía que resaltaban sus ojos de mar y de cielo sobre la palidez de su rostro grande y sereno con algunos gestos de indisimulada felicidad. Cuentan que la belleza de la novia era indescriptible y que mi padre, a su lado, parecía nada, a pesar del aire de suficiencia y orgullo, del que no dejó de hacer gala durante toda la ceremonia, e incluso después en la celebración.

Poco tiempo después, volvía a renunciar a sí misma para volver a ser todo amor y entregarse a los demás, como siempre había hecho. Ayudaba a mi padre en todas las tareas de la casa y del campo y acudía en auxilio de cualquier vecino que la necesitara. A pesar de su penoso embarazo, recorrió todos los caminos del valle para llevar su consuelo a los enfermos e, incluso, el día de su parto le sorprendió en tan altruistas tareas. Se encontraba lejos de nuestra casa cuando sintió los primeros dolores e incapaz de pedir ayuda caminó como pudo para tener a su hijo en su propia cama.

=====

¡Qué grande tuvo que ser aquella mujer que fue mi madre!... Aunque dicen que me parezco a ella, yo no me reconozco en su amor.

*Romperán los cristales  
el llanto de mi amada,  
y la burla de Iris.*

*De la pálida noche,  
de la noche amarga,  
amanecerá sedienta  
de gorriones tristes  
y de nardos caídos.*

## CAPÍTULO V

Me doy cuenta, con la perspectiva de los años, de que en el Instituto fui un alumno inadaptado. Mis compañeros de grupo formaban una piña, mientras que yo, desde el primer día, me aislé en mí mismo; doy fe de que, sobre todo en los primeros años, algunos compañeros hicieron lo imposible para ser mis amigos pero había algo, ni concreto ni tangible, que limitaba mi sociabilidad; era como un impulso inconsciente que me alejaba de ellos. Tal vez me había acostumbrado a la compañía de Elena y me resistía a que nadie pudiera ocupar su lugar ofreciéndole mi amistad.

El primer curso fue uno de los peores años de mi vida. A la dificultad para adaptarme a algo nuevo se unía la terrible soledad que me producía la ausencia de mi amiga. Opté por refugiarme en mis estudios como medio de evasión, pero no podía evitar tener el pensamiento en el valle y en los días felices en que nos entregábamos a nuestros juegos, en aquellos días en los que nos parecía que sólo existía el mundo de los dos.

Las noches se me hacían eternas: pensaba en Elena, en los atardeceres del campo y en las siestas del valle. Recorría en mi ensueño los senderos estrechos que me llevaban al río y, sentado en alguna de sus orillas jugueteaba con los pensamientos y reproducía todas mis conversaciones con la amiga de mi alma, las mantenidas y las futuras, porque en esos sueños, en los que sólo sueña la imaginación exaltada de suspiros, el pasado y el futuro se hacen presentes, como presagio de eternidad. Si el pasado era dulce, más aún lo era el futuro que lo adornaba de los miles de placeres a los que mi imaginación podía llegar. Mis conversaciones eran susurros que surgían de la mezcla de nuestros alientos, y, acompasados por el repique del pálpito de nuestros corazones y, cuando la brisa llegaba fresca, yo la acurrucaba entre mimos y caricias y, abrazados en la inmensidad del paisaje, dormíamos atrapando el momento con ansias de permanencia. ¡Qué largas eran las noches pero qué dulces sus sueños!

El día era muy distinto: ritualmente recorría el kilómetro que separaba mi pensión del instituto y, a pesar de lo reiterado de mi paseo,

nunca llegué a acostumbrarme al antipaisaje de la ciudad, ni a los edificios uniformados de las zonas más modernas, ni al remolino de casas apretadas en el barrio antiguo, ni a la monotonía de ladrillos y adoquines de las viejas callejas, y, ni siquiera a la majestuosidad del viejo palacio renacentista que albergaba al instituto.

Después de formar junto a las columnas del patio, en dos filas subíamos a las aulas con las bocas en silencio, pero con un sórdido ruido provocado por nuestros fuertes pisotones sobre los peldaños de las escaleras. Permanecíamos en nuestros asientos hasta que en unos minutos llegaba nuestro profesor y, como por resorte, nos levantábamos y lo saludábamos con un grito al unísono:

- ¡Buenos días, señor Profesor, que Dios guarde a usted!

El docto señor, sin alzar la vista y conservando la gravedad de su semblante, nos hacía una señal para que nos sentáramos y así terminaba la ceremonia de entrada y empezaba la clase. La mayoría de ellas eran aburridas y tediosas, tal vez porque la penuria económica de nuestros profesores se reflejaba en sus voces cansadas y desganadas.

De aquel primer año, sólo recuerdo con cierto agrado a dos profesores, a don Juan, el de Historia, que más que explicarnos, pasaba la hora contándonos anécdotas, y a don Miguel, el profesor de Ciencias Naturales, que era el más abierto del Instituto, y a tanto llegaban sus buenas intenciones, que incluso permitía que los alumnos le preguntáramos en clase alguna que otra duda; este hecho le granjeó la enemistad de sus compañeros de claustro. Todos los alumnos nos percatábamos de esa tirantez, ya que jamás se veía en el corrillo de otros profesores y, en cambio, tenía mucha amistad con los alumnos mayores y, en los recreos, se le veía charlar con ellos, como si de un amigo más se tratara.

Tampoco he podido olvidar a don Lucas, uno de los profesores más veteranos y que tenía el despacho junto al del Ilmo. señor Director. Tal vez por su edad era "bastante cariñoso": cualquier motivo era bueno para llamarnos a su oficina; teníamos que hablarle o escucharle desde el lado derecho de la mesa (que era el opuesto a la puerta de entrada) y nos hablaba con dulzura, mientras su mano, que no podía estar quieta, la metía por la boca de nuestros pantalones cortos hasta llegar a nuestros "nobles colgantes". Por ese motivo todos temíamos ser llamados por él, ya que, aunque éramos niños, sabíamos que aquello no estaba bien. Aún no entiendo por qué lo tolerábamos y cómo ninguno hablábamos de ello, a pesar de ser del conocimiento general de todo el alumnado. En nosotros había un silencio cómplice, pero jamás, al menos que yo sepa, fue tema de ninguna conversación.

Transcurrió el primer curso, entre noches de insomnio, clases y exámenes, como un paréntesis de las vacaciones de Navidad y de Semana Santa, hasta que llegó el verano de mis catorce años cumplidos y con él mi despertar a la adolescencia. De nuevo los amaneceres tras la montaña, las cacerías con mi padre, las siestas llenas de sol en el campo abierto, los atardeceres en el río y las aventuras infantiles con mi amiga.

En el curso siguiente todo fue distinto. Elena estaba allí en la misma ciudad.

Como los recursos económicos de don Andrés no eran demasiados sobrantes, no la pudieron llevar interna a un Colegio de monjas, como era lo habitual en las familias pudientes, y tuvieron que contentarse con que fuera a un colegio, externa, mientras vivía con dos solteronas necesitadas de los ingresos de una pupila.

Sólo veía a Elena los fines de semana o los días festivos. La mayoría de las veces nos encontrábamos en el parque, junto al estanque de los patos. Entre los dos juntábamos hasta diez céntimos, que habíamos ahorrado de algo no comprado, algún lápiz o algún borrador o alguna libreta, y con ese dinero nos divertía ir a los puestecillos para adquirir chucherías: caramelos, almendras, y en su tiempo, castañas asadas. Nos contábamos todas las cosas que nos habían pasado durante la semana y nos reíamos de muchas de ellas; pero lo que más me divertía eran las anécdotas que Elena me refería de las monjas de su colegio y de todas ellas las de sor "Puntillas".

Era una monja bastante mayor, a quien los años de soltería habían hecho mella, convirtiéndola en una mujer histérica y ñoña, con manías de persecución y de perseguida. Era el "coco" de su colegio pero a la vez el blanco de todas las bromas y gamberradas de las alumnas. Tenía la manía de andar de puntillas sobre el suelo para no pisar las "cruces" que hacen las juntas de las baldosas, ya que, para su mente enferma, eso era un pecado de profanación de la insignia del cristianismo. Todo en ella era represión (quiero decir mayor y más exagerada que en las otras monjas, puesto que ser monja y ser reprimida y represora era consubstancial). La disciplina era un modo de llegar a Dios y en consecuencia un "mandamiento". Obligaba a las alumnas, sobre todo a las mayores, a llevar un apretado corsé bajo el uniforme para que disimulara los pechos, que eran cosa del demonio según ella. Vigilaba que la castidad fuera el símbolo de la mujer, para ello espiaba a las alumnas hasta en los retretes dotados de mirillas por el bien de la "pureza" de las discípulas. Era exagerada y tiranizante y la autora de los más humillantes castigos que la imaginación humana puede concebir. Sus alumnas no la perdonaban y, siempre que podían, ideaban la forma de vengarse y reírse de ella. Le cruzaban cordones de botas en los centros de las baldosas y a escondidas reían de sus apuros para caminar.

En una ocasión, en la misa de Todos los Santos (a la que era obligatoria la asistencia de todas las alumnas), se oyó un desgarrador grito que resonó en toda la capilla; alguien había dibujado un pene eréctil sobre un papel que, en un momento de descuido, introdujo en el misal de sor "Puntillas". Hasta el sacerdote interrumpió para ver qué ocurría: la monja continuó gritando y una vez calmada pidió continuar la misa tumbada en el suelo y con la cabeza en tierra para poder expiar el pecado cometido. La madre superiora no se lo permitió y durante toda la ceremonia se oían los sollozos que se derramaban desde el coro hasta el ábside de la capilla.

La venganza no tardó; al día siguiente reunió a todas las alumnas en el salón de actos y con el consentimiento de sor Consuelo, la

madre superiora, quedaron suprimidos todos los recreos hasta que apareciera la culpable de la broma "sátanica" (como ella la calificó).

Otro día sorprendió a una alumna interna en el dormitorio, mientras se masturbaba (al menos eso creyó la monja, porque la chica confesó que sólo se rascaba por tener grandes picores). Sor "Puntillas" la sacó al patio y la expuso a que todo el colegio supiera en qué gran pecado la había sorprendido. La sometió a juicio público y la pobre chica, asesorada por alguien, se defendió atacándola en lo más profundo de sus convicciones.

- Yo simplemente me estaba rascando y no hacía nada de lo que, maliciosamente, me han acusado. Pero ustedes hermanas - prosiguió entre sollozos - no tienen ni el menor sentido de la caridad cristiana. Dicen seguir el Evangelio y de él sólo recuerdan lo anecdótico, olvidándose del mensaje profundo de Jesús. Si yo he pecado, - prosiguió - que no lo he hecho en esta ocasión, les recuerdo aquel pasaje en que nuestro Maestro se apiadó de la mujer pecadora y pidió, a los que querían lapidarla, que el que estuviera exento de culpa le lanzara la primera piedra.

Este discurso de la niña encendió más a las monjas que optaron por expulsarla, pero pareciéndole poco el castigo, sor "Puntillas" intentó quemarla, resucitando los viejos métodos de la Inquisición. Este intento, que no pudo consumar gracias a la intervención de otras monjas, supuso un gran escándalo en la ciudad y como consecuencia del mismo, tuvieron que trasladar a la mencionada "Sor" a otro convento, ante la amenaza de terminar en la cárcel.

Dentro de ese ambiente se "formaba" mi amiga Elena, pero pienso que ella siempre fue inmune a influencias ajenas y aunque una niña, su carácter estaba bastante hecho, sus convicciones eran fuertes y nada pudieron hacer las monjas para quitarle su alegría de vivir y la felicidad que por todas partes derramaba.

Conforme fuimos haciéndonos mayores, lejos de intimar más, Elena se fue alejando de mí y faltando cada vez más a nuestras citas de los fines de semana. Yo me quedaba como atontado contemplando los patos, mientras cientos de pensamientos trataban de excusar su falta.

Ocurrió un fin de semana del año en que yo cursaba sexto y ella quinto; al no acudir a la cita, como había sucedido durante todo el mes anterior, me atreví a ir a buscarla a la casa de sus patronas, pero no estaba allí. La busqué inútilmente por toda la ciudad y, antes de darme por vencido, volví a su casa y pude ver cómo llegaba del brazo de un señor mucho mayor que ella y cómo se besaban al despedirse.

=====

Ahora me doy cuenta de que ese fue el principio de mi fin y que siendo, como era tan joven, desde ese momento empecé a envejecer, ya que juventud es ilusión y yo la perdí en un sólo instante. De nuevo me asaltan los terribles pensamientos que me han perseguido durante toda mi vida. ¿Cuál fue mi error? ... Tal vez que no supe amar, porque no me entregué. Ya es demasiado tarde para darme cuenta que el platonismo es el principal enemigo del amor y que tras su aparente grandeza sólo esconde la cobardía de quien no se atreve a entregarse de cuerpo (aunque sí de alma) al ser querido. Siempre he vivido en el mismo error y he confundido el recibir con el egoísmo, cuando lo egoísta es precisamente no querer cobrar para no verse obligado a dar. Tarde me doy cuenta de que mis temores al sexo no eran más que mi propio miedo a entregarme, a compartir y sobre todo, terror a lo desconocido. ¿Por qué mezclaba cuestiones de respeto y de moral con mis propias limitaciones para entregarme?...

=====

En muchas ocasiones anteriores a aquel fatal encuentro, Elena y yo fuimos felices, al menos eso pensaba yo. Las tardes del parque se repetían, uno tras otro, todos los fines de semana, y en ellas hablábamos de miles de cosas, hacíamos proyectos de futuro e incluso nos habíamos confesado nuestro mutuo amor. Éramos dos jóvenes enamorados que incluso nos mirábamos a los ojos y, en esas profundas y prolongadas miradas, nos olvidábamos de cuanto acontecía a nuestro alrededor. A Elena se le notaban atisbos de ansiedad, como si su pasión quisiera desbordarse, y, como si con cada golpe de los latidos de su corazón, quisiera comunicarme su ardiente deseo que yo instintivamente rechazaba.

Cuando nuestros cuerpos se encontraban serenos ella se sinceraba conmigo:

- Ya somos novios y todos los novios "hacen cosas".

- No todos - le respondía yo; - sólo aquellos que no se respetan a sí mismos. Nuestro amor es muy grande - proseguía diciéndole - y tiene que ser puro para que sea hermoso a los ojos de Dios y nos lo conserve siempre. Si damos suelta a nuestras pasiones, llegaremos a asquearnos el uno del otro y ese será el final de todo; - y concluía - es mejor que guardemos nuestros deseos para nuestro matrimonio y así la llama estará siempre encendida.

Elena me miraba sorprendida y no se atrevía a responder porque su intuición así se lo aconsejaba. Sé que en su interior maquinaba la forma de colmar su pasión. Eso lo supe después:

En unas vacaciones de Semana Santa, planeó que fuéramos de excursión a la cueva de Salomón para que otros amigos del valle la conocieran. Sus padres le dieron permiso, puesto que íbamos a ir en pandilla e incluso prepararon el almuerzo para los dos. Ella conocía que los referidos amigos habían planeado un día de campo a la montaña, con lo que su engaño difícilmente podría ser descubierto. Ya no me sorprendía de las argucias de Elena, puesto que me tenía acostumbrado a ellas y así el día señalado salimos con destino a la cueva que sólo nosotros conocíamos. En su interior hacía un calor sofocante a pesar de ser primeros de abril. En seguida me propuso que nos bañáramos en el lago y como no teníamos bañadores, lo haríamos desnudos.

- No debemos hacerlo - le respondí, pero antes de poder terminar con el razonamiento que pensaba hacer, Elena me miró con una sonrisa pícara y se desnudó ante mi vista. Una multitud de emociones sacudieron toda mi persona; allí estaba, como en una visión apocalíptica, el cuerpo desnudo de la mujer en la más perfecta armonía con la naturaleza.

Los reflejos del lago resbalaban como una fina gasa sobre su desnudez y la cubría de tonos multicolores. Sentí temblar todo mi cuerpo en un estremecimiento próximo al desmayo. Mi corazón latía agitadamente golpeando una y otra vez, descompasado con el ritmo violento de mi respiración. La sangre irrumpió de todas mis venas pintando mi cuerpo de rojo y después... la paz, una paz serena..., dulce... La mirada perdida en el infinito recortaba la silueta de Elena, que, cual diosa, permanecía estática en la majestad de la cueva entre luces de colores, músicas de agua y festones de roca. Hasta ese momento, jamás había conocido el éxtasis. Tembloroso aún, acaricié su cuerpo y sentí la excitación en la quietud del instante, suave y como dormido, igual que en aquel sueño que un día confesé a don Tomás. Yo no era yo y no pude saber cuánto tiempo tardé en volver a mí mismo; sólo recuerdo que, en un momento, la aparté de mi cuerpo y ella lloró.

=====

Aún en estos momentos siento su llanto, sus sollozos ahogados entre el ruido de gotas de agua son como ascuas que me abrasan el alma. Creo que la pasión de Elena era el límite de mi amor. No me sentía amado, cuando ella violentaba mis más profundas convicciones, y así todos los momentos de felicidad los transformaba en remordimientos y, en consecuencia, me sentía desgraciado.

=====

Era la primera vez que veía llorar a Elena, pero estaba convencido de que algún día ella sabría apreciar el sacrificio a que voluntariamente me sometía y la sometía.

Salimos de la cueva en silencio. Ninguno de los dos nos atrevimos a hacer comentarios.

*¡Ay de mis cantos perdidos,  
ay de mis llantos amargos!,  
sigo en el cielo buscando  
paz que la tierra me niega.*

*¿Dónde estará mi amada?  
¿dónde la encuentro, decidme,  
si en la flor que abre al día  
o en la espiga que se siega?*

## CAPÍTULO VI

Me encuentro hundido en el abismo de mis pensamientos. Los recuerdos no me parecen lejanos a pesar del tiempo, a pesar de que mi edad cubre la distancia entre la esperanza y la desesperación. Siempre, incluso en los peores momentos de mi vida, he vivido pensando en que, algún día, algo tendría que cambiar en lo más profundo de mí mismo y empezaría a vislumbrar un yo distinto, capaz de encontrar un significado a mi propia existencia... No ha sido así y, aunque sé que desvarío, y, tal vez escéptico, aún lo busco. ¿Cómo podría seguir viviendo si no fuera así?

=====

Hasta las vacaciones de verano, no volví a ver a Elena. El primer encuentro fue muy tenso; la vi, a lo lejos, desafiando la luz del crepúsculo, mientras sus cabellos, bamboleados por la brisa suave del atardecer, se mezclaban con las redes rojas que surcan el cielo al deponerse el día. Me sentí emocionado con su sola presencia y un impulso incontrolable me dirigió hacia ella.

- Hola, Elena; - pude decir, para romper el silencio espeso que nos rodeaba en aquellos primeros instantes de nuestro reencuentro.

Su mirada la noté tímida y como huidiza. Por un instante me pareció, como si no fuera ella misma. Tal vez, buscaba en su rostro algún sentido de culpa. Tal vez, era mi deseo quien la transfiguraba ante mis ojos... Posiblemente necesitaba que así fuera, que su arrepentimiento la hiciera volver a mí. Presentía que mi orgullo, de "varón burlado", era más bien frágil y que

sucumbiría al menor signo que me indicara que ella quería reanudar nuestra perdida relación.

Pero no fue así. Al hablarme por fin, la encontré distante y fría. Ni siquiera hizo referencia al motivo de nuestra ruptura.

- Hola, Pedro - me respondió. Y de nuevo el silencio que, ella misma, interrumpió para interrogarme:

- ¿Cómo te ha ido el curso?

- Bien - le contesté - ¿y a ti cómo te ha ido?

- No puedo quejarme - volvió a responderme, y, con una vaga excusa, se marchó.

No obstante esa frialdad con la que me había recibido, en lo más profundo de mi ser seguía reclamándola. Aquellos meses sin ella no habían podido hacer que la olvidara, que olvidara tantas y tantas maravillosas horas que habíamos vivido en la más perfecta de las unidades. Sentía que el mundo se había hecho para que viviéramos los dos y que, aunque a su medida, ella también me necesitaba, como a la antítesis de su mismo existir.

Aquellos primeros días de aquel verano, el valle me pareció transformado; todo era extraño y nuevo. Nuevas eran las sombras de los árboles que ya no nos cobijaban. Nuevas eran la veredas por donde ya no paseaban nuestras risas. Nuevas eran las siestas, que, aunque llenas de sol, no se humedecían con las gotas de nuestros sudores. Y los atardeceres ya no tenían la dicha de nuestras ilusiones.

=====

Mi padre me encontró abatido y, el pobre, no sabía qué hacer para cambiar mi actitud. Yo me había vuelto raro, incluso, para él: apenas si hablaba ni de mis cosas, ni de las ajenas; contestaba con monosílabos a sus preguntas, y nada me entusiasmaba; apenas si salía de casa, y ni siquiera me gustaba, como antaño, regar la huerta y jugar con los animales. Para sacarme de ese estado, a mi padre se le ocurrió enseñarme a pescar.

Me llevó a la ciudad para comprarme una caña. La noche anterior al día de la pesca, preparó el cebo: con migas de pan humedecidas y con queso fundido hizo una masa a la que le añadió sucedáneo de azafrán para darle color. Otras veces se lo vi hacer y siempre decía que para las truchas era uno de los más atractivos señuelos.

Amaneció un día tan espléndido, como cualquier día de verano, y, como siempre que tenía que madrugar para ir con él a algún sitio, se acercó a mi cama y, con esa ternura con la que siempre me trataba, me besó en la frente y, mientras acariciaba levemente mi cabello, me decía, suave para no sobresaltarme: "Pedrito, que es la hora".

Mi padre era el único que no había cambiado. Se sonreía, igual que cuando era más niño, de mi pereza, de los extraños mohines y estiramientos que hacía al desperezarme, de las excusas que ponía para no levantarme. Como siempre me estimulaba para hacerme más llevadero el tránsito, entonces amargo, de dejar la cama. Él ya llevaba levantado más de una hora y en ese tiempo había preparado algo de café con leche y la taleguilla con dos rebanadas de pan, dos chorizos y la botellilla de vino, que no le podía faltar. Junto a la puerta había preparado, también, las cañas, la cesta y las botas para pescar.

Sólo se veían los primeros rayos del sol amarilleando, tenuemente, la cima de la montaña. Con el azul intenso del cielo y el fresquillo del alba, nos dirigimos hacia el río. Pienso que la calma de aquella mañana fue un bálsamo para mis heridas y..., volví a sentir ladrar a los perros, cantar a los gallos, y me alegré con el bullicio de los gorriones.

=====

¡Qué sabio era mi padre! ¡Cómo entendía el alma humana!... Sé que aprendí muchas cosa de él y, es posible, que para lo que en él era sensibilidad filtrada por la maravillosa objetividad del que se alimenta de la naturaleza en perfecta armonía, para mí ha sido y es, sensibilidad enfermiza, mezclada con una gran dosis de sensiblería que, a lo largo de toda mi vida, me ha deformado la visión del mundo. Los recuerdos que aún conservo de mi padre, lo agigantan. Sólo quienes lo conocimos, podemos saber y creer que, bajo la piel curtida por el sol y los sudores de la labranza, puede esconderse un alma grandiosa y tierna, capaz de transmitir la bondad y la dulzura de las primaveras del campo, la sabiduría del primitivismo de la naturaleza y, sobre todo, el bálsamo del amor y la resignación de los ejidos.

=====

En aquel paseo, al amanecer del valle, entre las jaras que jalonan la trocha, fui recuperando mi consciencia, y, al llegar al río, pude, como otras veces, saborear su murmullo y sentir su hálito de frescura sobre mi rostro. Pude contemplar, los juncos que lamen el agua en las riberas, las adelfas que desafían con sus verdes hojas al cristalino de las aguas y al gris de los cantos rodados que emergen o descansan a las orillas del río.

Preparamos las cañas, colocamos el cebo en los anzuelos y nos adentramos en un remanso del río, al abrigo de las fuertes corrientes de otros tramos. Mi padre me enseñó cómo tenía que lanzar el hilo, pero, por más que lo intenté, no lograba poner el anzuelo en la que, según él, debería ser la posición y el lugar correcto.

Creo que, ese día, a mi padre lo que menos le importaba era la pesca. Durante todo el camino guardó un oportuno silencio, que sólo interrumpió, en momentos, para advertirme de alguna novedad del camino o decirme alguna que otra intrascendencia. Guardaba para mejores momentos el discurso que, seguramente, habría estado preparando desde hacía varios días. Tenía un gran sentido de la oportunidad y un, no menor, conocimiento intuitivo de la psicología humana, seguramente aprendida en su continuo trato con los animales domésticos y con los del campo.

Lo recuerdo bien, se lo oí decir: "las personas no son distintas de los animales" o, "quien conoce bien a los animales, nunca se lleva sorpresas por lo que hacen los hombres". Sabía de las tristezas del caballo, de por qué el gallo no cantaba una mañana, de las penas de sus ovejas y de las depresiones de su perro. Él siempre decía que, a través de los animales, se podía saber todo, e, incluso, predecir algún que otro acontecimiento. En efecto: por el estado del plumón de las gallinas podía saber si iba a llover, de la inquietud del caballo predecía la tormenta, de la timidez de las cabras, el peligro inminente. Ya no recuerdo otros muchos detalles, pero lo que no he olvidado es que raramente se equivocaba en las predicciones no supersticiosas.

Mi padre supo esperar el momento oportuno para hablarme, como él decía, "de hombre a hombre".

- Te veo muy triste, hijo, - empezó diciendo - y detrás de la tristeza de un hombre, casi siempre se esconden las faldas de una mujer. ¿Qué te ocurre, hijo mío?. No temas hablar con tu padre, porque a estas alturas ya estoy de ida y vuelta en la vida y nada que me cuentes puede, ni sorprenderme, ni aún menos escandalizarme.

Yo permanecí mudo y pensativo y después de un silencio, mi padre prosiguió:

- Sé que a tu edad, a los chicos os cuesta hablar, pero es necesario que te desahogues. Piensa que un padre sería la última persona que podría traicionarte; por el contrario, nadie mejor para entender la sangre de su propia sangre.

- Se trata de Elena...; ya no me quiere...; ya no somos ni novios..., ni amigos.

Mi padre adivinó, a través de mis sollozos, la profundidad de mis heridas y mirándome tiernamente continuó:

"Hace ya mucho tiempo hubo un enamorado de un maravilloso jardín, al que diariamente iba a contemplar. Se sentaba junto a las rosas rojas y se deleitaba con el aroma de su perfume. Acariciaba los trebolillos que nacían junto a las hojas del césped, contaba los pétalos de los tulipanes, y escuchaba el murmullo de la brisa que entonaba sus acordes a través de los macizos de cannas de flores amarillas, de flores naranja, rosas y rojas. Contaba los colores de las policromadas dalias, de las clavellinas, de los geranios. Sesteaba a la sombra de los arces y jugueteaba con las lágrimas de los sauces.

Un día decidió que ese jardín debería ser suyo y durante mucho tiempo ahorró lo suficiente para comprarlo.

Amaba a su jardín y, a su modo, lo mimaba y procuró que nada ni nadie pudiera hacerle daño: construyó a su alrededor una valla y encima un empalizado que cubrió con paja para que ni el sol ni la lluvia pudieran dañar a las flores. No cortó el césped para no herir a sus hojas. No mulló la tierra para no romper ninguna raicilla.

Aquel hombre continuó mirando a su jardín. Pero un día las flores empezaron a marchitarse, los árboles derramaron sus hojas y las hierbas se apoderaron de las plantas. El jardín perdió su policromía. Ya no volvió a sonar el viento, ni el zumbido de los insectos, ni el canto de los pájaros. El hombre lloró..., lloró sin consuelo..."

Mi padre guardó un silencio.

=====

A pesar del tiempo que ha pasado, aún resuenan en mis oídos aquellas últimas palabras: "... el hombre lloró..., lloró sin consuelo..."

Así era mi llanto... Ahora sí entiendo bien lo que quiso decirme mi padre...; entonces no lo entendí...; mi moraleja de aquel cuento, sólo supo de la necedad de aquel hombre pero no supe aplicarla a la mía propia.

Aquellos días de mis vacaciones de verano pasaron como un suspiro. Elena disfrutaba viendo mi sufrimiento.

    Mi padre sufría mi llanto.

*Delicioso cielo que alma buscas  
cambiando sollozos por suspiros.  
¡Ven, que mi amada está!  
¡Ven, que a mi amada anhelo!*

## CAPÍTULO VII

Al iniciarse el curso siguiente, mi melancolía se acentuó de forma alarmante, tanto que, aconsejado por mi "director espiritual", decidí tener una conversación con Elena.

La encontré a la salida de su Colegio, cuando se dirigía a la casa de sus patronas. Ella me vio pero siguió andando, persuadida de que la seguiría y sería yo quien llamara su atención para dirigirme a ella. Así fue. Esperé a que se alejara de los aledaños del Colegio (temía que alguna monja nos viera y nos llamara la atención). Entre todas las chicas uniformadas, Elena destacaba, no sólo por su mayor estatura, sino, incluso, por su forma elegante y desenvuelta de andar.

Confieso que, mientras la seguía, iba temblando, temeroso de su recibimiento; a pesar de estar siempre juntos desde nuestra infancia, su presencia aún me llenaba de temores; su personalidad, más fuerte que la mía, me inquietaba y me embargaba de timidez.

Mientras la seguía por las calles ajardinadas que desembocan en la plaza de las Tempestades, ella, de vez en cuando, con una, no disimulada, sonrisa, volvía su cara hacia atrás y me miraba; quería cerciorarse de que aún iba tras de sí y me provocaba a sabiendas de la turbación que me producía; le gustaba verme nervioso, indeciso, tímido.

Durante todo ese trayecto, en mi pensamiento, iba repasando una y otra vez el discurso, que ya, de tanto repetírmelo, sabía de memoria, aunque, en cada golpe de ideas, cambiaba las palabras y nunca encontraba aquellas que deberían ser las más adecuadas: quería llegar al corazón de Elena y conmoverla con mi tristeza y con mi pena; quería comunicarle todo lo que yo estaba sintiendo; quería, incluso, que mi amor, ese amor tan grande que le profesaba, la humillara.

- Hola, Elena,... debemos hablar...
- ¿Qué quieres que hablemos?
- De todo lo que nos pasa.
- A mí no me pasa nada ¿qué te ocurre a ti?...

Elena me miraba fijamente y en su rostro se pintaba la sonrisa del vencedor.

- ... Aunque creo adivinarlo - continuó diciendo Elena.

- ¿Sigues con tu otro novio? - me atreví a decir.

- El único novio que yo tengo eres tú y nunca he querido a otro. A pesar de dejarme, aún te sigo queriendo.

Las palabras de Elena terminaron por desarmar todo ese discurso que yo tan minuciosamente había preparado. Como siempre ocurría, había logrado sorprenderme y, aunque habría querido interrogarla sobre lo que yo vi y que me tenía atormentado, su naturalidad, como si nada hubiera ocurrido, me hizo, primero, dudar y, después, ruborizarme, como si un sentido de culpa se apoderara de mí. Elena no dejó de sonreír y luego me cogió la mano y apoyó su cabeza sobre mi hombro.

La tarde, a partir de ese momento, transcurrió rápida; caminamos en silencio gozándonos el uno del otro.

Elena buscó mis labios y los encontró al caer el sol, junto al estanque, donde ya los patos dormían.

=====

De nuevo voy a interrumpir la escritura para dormirme con este dulce recuerdo. Vivo de recuerdos y los recuerdos son los que llenan mi vida. Seguramente hoy estoy feliz porque todos mis pensamientos son dulces. Mi alma vuelve a flotar con la evocación de ese día y de los días que siguieron. Vuelvo a llorar, pero esta vez es de nostalgia.

*Soñar despierto es sentir,  
como morir despacio es vivir.  
Siento y vivo,  
como duermo y muero.*

*Soñar...,  
.... vivir,  
sentir...,  
... morir.*

## CAPÍTULO VIII

Nació dulce la mañana del día siguiente. Por la ventana entraron los pálidos rayos del sol del crepúsculo y la brisa frescachona de ese otoño veraniego. Cogí mis libros del instituto y salí a la calle. Llené mis pulmones del aire mañanero y saltaba y corría, para que mi cuerpo pudiera soportar el alma que flotaba queriéndose escapar. Llenaba mis ojos de la luz blanca de las casas blancas, del azul celeste del cielo azul y del verde de las plantas que chorreaban desprendidas de las macetas de los balcones. Esas callejas estrechas, que tanto había abominado, me parecieron bellas; bellas sus puertas ennegrecidas de tanto aceite para limpiarlas, bellas las rejas de las ventanas cuajadas de las últimas flores del año, bellas las terrazas cubiertas del verdor de las gitanillas.

Pisando las hojas del otoño que gruñían bajo mis pies, llegué al Instituto. Saludé al bedel, y, en clase, sonreí a todos los profesores, y, en el recreo, hablé con mis compañeros, me senté en todos los bancos del patio e, incluso, jugué a balón-bolea y me seleccionaron para jugar con el equipo del instituto.

Por la tarde, terminadas las clases, acudí a la cita con Elena.

Le conté muchas cosas. Al contrario de lo que era lo normal, aquella tarde, sólo hablaba yo sin que apenas la dejara pronunciar palabra; le hablé del largo verano pasado, de mi melancolía, de los esfuerzos de mi padre para consolarme, de cómo diariamente me acercaba a su casa y, subido al árbol que está frente a su puerta, pasaba horas y horas espiándola, acechándola, como se esperan a los conejos en las madrugadas de caza.

Elena reía y reía y yo no paraba de hablar.

Paseamos por toda la ciudad y nos sentamos en nuestro banco de siempre, junto al estanque. Allí nos sorprendió la noche en un largo beso de amor.

=====

Aún sigo llenándome con el amor de Elena. En mi afán por definir, siempre he querido encontrar algo más que el propio concepto de amor. He buscado, en mis experiencias, simplificaciones que me ayudaran a su comprensión, pero todos mis intentos y las largas noches de pensamientos han sido vanos. Jamás he podido abarcarlo, porque siempre las definiciones eran contradictorias y por lo tanto tenía que rechazarlas por parciales. ¿No es contradictorio **felicidad** y **sufrimiento**? ¿No se oponen en sí mismas definiciones como **renunciar** y **recibir**? ¿**Renuncia** y **felicidad**? ¿**Recibir** y **sufrimiento**?... Sé que amaba a Elena, que mi yo era inconsistente sin la substancialidad de mi compañera. Sé que, salvo contados días de felicidad como los que últimamente estoy relatando (sin contar los de mi infancia), mi amor era sufrimiento.

Es posible que el estar comunicando estas vivencias responda a un íntimo deseo de replantearme toda mi vida y creo que no sería tarde si, a través de mis recuerdos, pudiera encontrar algún significado que me hiciera morir feliz.

También he pensado algunas veces, si no tendría que haber buscado la felicidad en algo distinto al amor. La felicidad existe, lo sé, porque en aquellos días la viví. Existe, porque Elena siempre fue feliz a pesar de mí.

...Vuelvo a mis eternas preguntas: ¿Cómo se puede ser feliz...? ¿cómo hay que amar...?

=====

Era la primera vez que entraba en la casa que albergaba a Elena durante el curso. El frío gris del invierno matizaba el blanco de las viejas casas encaladas y se respiraba un aire espeso que dejaba caer su vaho húmedo sobre los adoquines de la calzada.

Yo me había negado a entrar, puesto que sabía que sus patronas no estaban ni volverían en todo el día. Como siempre, la habilidad persuasiva de mi compañera, me hizo desistir y, aunque poco convencido, accedí a esperarla en el interior de la casa, mientras ella se cambiaba de ropa, según dijo, una ropa más adecuada para el frío de la tarde.

Me invitó a pasar al comedor, una enorme estancia decorada de rojo y con una alfombra, también, roja y raída por el tiempo. Toda la habitación era un museo de antigüedad: vitrinas con muñecas de china y de cartón, jarrones de varios estilos, candiles dorados y las paredes recubiertas de

una fina tela con dibujos rococó que apenas si destacaban, si no fuera por los matices de un rojo más claro y con brillo de seda.

La estancia la presidía una vieja mesa de nogal satén, como el resto de los muebles, con una pata central torneada y rodeada de cuatro sillas del mismo estilo pero tapizadas en oro viejo. Tanto sobre el aparador como sobre el trincherero, descansaban toda clase de objetos y de lo más variado. Junto a la chimenea francesa un gran sofá y a cada lado del piano dos sillas idénticas a las que rodeaban a la mesa.

Me senté en el sofá y Elena se apresuró a atizar las ascuas de la estufa que se encontraba empotrada en la chimenea. El ambiente era cálido y apacible, a pesar de lo recargado de la decoración. La amplitud de la estancia restaba importancia a la cantidad de muebles, a tantos objetos y al colorido que, en una habitación más pequeña, habría sido insultante.

Elena cerró las cortinas de terciopelo dorado y encendió las lámparas.

- En seguida vuelvo - me dijo, a la vez que desaparecía.

Me encontraba distraído observando con atención la gran variedad de objetos que adornaban al comedor y apenas si me di cuenta de la entrada de Elena.

- Mira, ¿cómo me encuentras?

Volví la vista hacia ella y quedé aturdido. Llevaba una combinación de encaje hasta la cintura y el resto de satén hasta media pierna.

- Es lo último que me he comprado y me apetecía que la vieras para ver si te gusta; - hizo una pausa y continuó y, sin darme tiempo a reaccionar, levantó su combinación y me enseñó las braguitas que llevaba puestas.

- Son también de encaje.

No sé si enrojecí, porque ya debería estarlo en aquel ambiente, pero noté cómo la sangre subía a mi cara y ese calor repentino en las mejillas que nos hace timidecer.

De nuevo, como otras veces, vi la sonrisa pícaro de Elena dibujarse sobre su rostro al punto que quebraba su cintura en un gesto tremendamente provocador. Entre los encajes de la combinación resaltaba el rosa de sus pechos y la aureola de sus pezones. Los calados de las bragas eran aún mas grandes y transparentaban el triángulo oscuro de su bello genital.

Elena no dejaba de mirarme y yo agaché mi vista en un gesto púdico que la desilusionó; en seguida adivinó que me encontraba incómodo y corrió contrariada por mi tremenda pasividad.

=====

De nuevo el miedo se había apoderado de mí. De nuevo mis terribles convicciones se contraponían a mis verdaderos deseos. Yo la deseaba, ¡ciertamente que la deseaba!, pero sobre mi pasión estaba mi mente fría que asociaba mi amor con la renuncia a mi propio placer. Sobre mis ardientes deseos estaba el "mandato moral" de la "pureza" y la "virginidad". Yo quería casarme con ella y quería una esposa virgen. Yo, de ninguna manera podía manchar a esa mujer que un día sería la madre de mis hijos; ¿cómo iba a educarlos si no fuera así?

¡Terrible convicción!... Pienso que yo disfrutaba con mi sufrimiento... Pienso que había, en esas convicciones, una gran dosis de vanidad; me sentía "santo" y orgulloso de sobreponerme a las tentaciones más temibles. Me doy cuenta que superar el deseo de la carne era un reto que, inconscientemente, me había planteado. Vuelvo a recordar el cuento del "enamorado del jardín", el que me contó mi padre a la orilla del río y que yo no entendí en aquellos momentos. Siento mi necedad.

=====

Al cabo del rato, Elena volvió vestida. Con lágrimas en los ojos me pidió perdón... Fue un momento de una maravillosa ternura; hice que se sentara junto a mí y la abracé con el alma llena de dolor. Sentí su dolor y lo identifiqué con el mío propio... y lloré con ella.

...Nos besamos largamente sin darnos cuenta de que el éxtasis se iba apoderando de nosotros. Noté que su mano acariciaba mi rostro y que yo había puesto las mías sobre la almohadilla de sus pechos...; sentí latir su corazón con fuerza golpeando mi mano...; sentí jadear su respiración..., y no me sentía a mi mismo.

Todas las sensaciones me resultaban extrañas a medida que el placer anulaba mi pensamiento. Ya sólo quería sentir, saborear la dulzura de mi derrota.

=====

¡Qué maravilloso es sucumbir! ... sentirse vencido por el placer del cuerpo y ser uno mismo. Cuánto inútil sufrimiento habría ahorrado de haberme comportado así toda mi vida.

=====

Casi sin darme cuenta, por instinto, llevé mis manos sobre sus piernas por dentro de su falda y noté su sexo húmedo. Ella me acarició por encima de los pantalones y... todo terminó...; encogí mi cuerpo, respiré profundamente y me sentí mojado.

Después de unos instantes, me encontré abatido. Sentí asco de mí mismo y violentamente aparté a Elena. Elena volvió a llorar y yo salí corriendo. Corrí por todas las calles, mientras iba cerrando la oscuridad de la noche.

=====

¿Qué clase de amor era el mío que deja abandonada a la amada en el peor momento?... Si el amor carece de comprensión, pienso que no debe ser verdadero amor. Por estas y otras muchas razones, siempre he dudado de lo que yo mismo sentía como amor. Hoy, y otras veces, me lo reprocho a mí mismo.

No sé lo que pudo sentir Elena al verse, tan repentinamente, abandonada por mí. Seguramente que no entendería nada. Seguramente que, en esos momentos, me odió.

=====

Al día siguiente, como todos los días, fui a buscarla a los alrededores de su Colegio para acompañarla hasta su casa. Pensaba que, probablemente, Elena no querría hablarme, pero, a poco que yo le razonara los motivos de mi forma de actuar, comprendería que era por su bien e incluso me amaría más. Pero ella estaba, como siempre; sonriente, me vio, se acercó a mí y me besó en la mejilla. Nada tuvimos que decir de lo ocurrido el día anterior. Hablamos de otras cosas y nos dejamos acariciar por el frío de la tarde.

=====

Entiendo que, posiblemente, las mujeres saben amar mejor que los hombres. En mi enfermiza soberbia, de aquel entonces, ni siquiera me paraba a analizar el comportamiento de mi querida Elena. Sólo veía al ser razonable.

Hoy sé que Elena era la que, verdaderamente, renunciaba; renunciaba a su pasión y renunciaba a sus razones. Hoy sé que, aquel día, no tenía nada que perdonarme; porque el amor no necesita perdonar y tan sólo acepta. Elena me aceptaba tal como yo era.

La pasión de Elena era muy fuerte y su pasión me perseguía. Pero Elena renunciaba. Elena era feliz. Elena se entregaba. Elena era feliz.

Es ahora, repasando estos acontecimientos, cuando he comprendido el verdadero alcance del amor. Ahora entiendo el auténtico significado de los conceptos "entrega" y "renuncia". Ahora entiendo que la renuncia no consiste en ceder los deseos del cuerpo sino en ceder los deseos del alma. Yo renunciaba a mi placer, creyendo que renunciaba a algo, pero no renunciaba a mis pensamientos, ni a mis convicciones. Nunca me entregué a Elena y nunca he sido feliz por ello.

*Volaron las mariposas del amor  
a etéreas luces lejanas,  
limpiando el tiempo  
de la luz blanca.*

*Volvieron las ráfagas de destellos  
a auroras rojas en calma,  
manchando el día  
de la luz blanca.*

*Volvieron los arco-iris al cerro  
para ordenar los colores,  
tiñendo el fondo  
de la luz blanca.*

## CAPÍTULO IX

Transcurrió el tiempo de mis estudios de Bachillerato entre la ciudad y el valle. Siempre que mi deber de estudiante me lo permitía, volvía a la aldea, junto a mi padre, para saborear las puestas de sol que allí eran muy distintas a la de la ciudad. Sentado en una silla, retrepado en la pared del porche, me gustaba ver al sol trasponerse por entre las montañas. Observaba hasta el último de sus rayos abrirse sobre el cielo en una ráfaga de luz pálida que rompía el rojo crepuscular, y cómo, cuando toda la esfera se había ocultado, el resplandor se iba vencido por las sombras que poco a poco se apoderaban, primero del valle y después de la montaña.

Mis años de encierro con los libros, no me habían hecho olvidar la placidez del campo. Allí es donde verdaderamente me sentía bien, pisando el polvo de las veredas, escuchando la música de las hojas de los árboles y despertando a los amaneceres de gallos y pájaros.

Yo dormía en la parte baja de la casa, en una habitación cuya ventana daba al corral. Muchas mañanas, antes de que mi padre se levantara y con las primeras luces del día, despertaba plácidamente con el ruido que los animales hacían para saludar al amanecer; las cabras golpeaban mi ventana y yo, desperezándome, las saludaba. En esos momentos cantaban los gallos y en seguida se oían los primeros cacareos de las gallinas. Daba gusto levantarse al amanecer del campo.

Frente a mi casa había una higuera y mi desayuno favorito consistía en trepar hasta las ramas más altas y esperando a los primeros rayos de sol, me deleitaba con las brevas blancas que cogía y que guardaban en su interior el frescor de la noche. Allí permanecía sentado apoyando mi espalda sobre otra de sus ramas. El vientecillo de la alborada movía las hojas y mecía suavemente mi asiento, mientras volaba mi imaginación a los momentos felices. Sobre aquella higuera planeé mi vida. La dibujé llena de grandezas y de hazañas. Pensé que sería médico para parecerme en algo a mi madre. Yo sería médico y misionero. Recorrería los países más pobres del mundo para aliviar el sufrimiento de los humanos. Como mi madre, curaría las enfermedades y mi estipendio sería las sonrisas de los hombres curados de los más horribles males y aligerados en su dolor. En mis sueños de futuro veía a

Elena convertida en enfermera y ayudándome solícita en mi benefactor quehacer.

Oía a mi padre rebullir entre los animales y en seguida bajaba a ayudarlo. Era la hora de los primeros cuidados del ganado, de soltar a las cabras y a las ovejas que se desperdigaban por los alrededores oteando todas las hierbecillas que les servían de alimento. Era la hora de encinchar a las mulas, de colocarles las aguaderas o de cargarles las herramientas para trabajar la tierra. Mientras mi padre hacía alguno de esos menesteres, yo le ensillaba el caballo y luego lo veía alejarse subido en su lomo y seguido por la recua de mulas. Yo quedaba en casa. Barría o fregaba algo, recogía cosas, ordenaba alguna habitación y luego jugueteaba con mi perro. Cogía algún libro y salía. Mi vida en el valle era como un rito. Era tan metódico como en la ciudad, salvando las diferencias que me proporcionaban distintos hábitos en uno u otro lugar.

Caminaba hacia la encina (la que conoció mis juegos con Elena) y, arropado por sus ramas, y, echado sobre su tronco, abría mi libro y mientras leía, mi perro, enroscado sobre la alfombra de hojas, seesteaba con un ojillo entreabierto para vigilar mi placidez.

Desde mi posición se divisaba gran parte del valle; las tierras bajas de labranza, las casas dispersas entre los cientos de caminos que semejaban, desde esa altura, una maqueta diseñada al azar o al capricho de la naturaleza. Nada parecía construido por el hombre, ni los caminos ni las eras, ni siquiera los tejados de las caserías que hacían juego con la geometría de los surcos de la tierra y los regueros rocosos que apuntaban hacia el río. Se veían las copas de los frutales zarandeándose al compás marcado por la brisa, la plata de los olivos trepando el monte en hileras ordenadas y los rebaños pastar junto a las laderas y en las faldas salteadas de jaras y tomillos. A veces dejaba mi lectura, miraba a mi alrededor y me adormecía en el paisaje y en el aroma y en el bullicio de las hojas y en el canto de los pájaros y en los miles de ruidos armoniosos que formaban la sinfonía del campo en las mañanas de verano del valle.

Allí, en ese dulce abandono, cuando el sol sustituyó a todas las sombras, un día vi a una mujer que se bañaba desnuda. Era muy difícil, desde la distancia, reconocerla y sólo se distinguía un pálido rosa transparentarse desde el cristal del agua y una larga cabellera negra que rompía los brillos de los reflejos del río. Todo mi cuerpo se sobresaltó. En seguida pensé que no podría ser otra que Elena. ¿Qué otra mujer de la cortijada se atrevería a exponerse así a las miradas indiscretas y a la maledicencia de los campesinos?... sólo podía ser Elena, pensé. La conocía muy bien y para ella sólo contaba su forma de pensar y jamás se detenía ante los convencionalismos. Sólo Elena, en el valle, veía la desnudez como algo natural, sin misterio. Sólo Elena, en el valle, ridiculizaba el pudor "mal entendido y absurdo". Pensaba que el pudor era la mismísima malicia humana convertida en regla por la sociedad hipócrita que se avergonzaba de su propia naturaleza animal. A pesar de mis razonamientos respecto a los convencionalismos sociales, tan necesarios como el acatamiento de las leyes civiles; a pesar del caos que yo le dibujaba, si la sociedad hiciera dejación de

estas conductas morales, jamás convencí a Elena de su utilidad y si, generalmente, acataba las normas era por temores y no por convicción.

Sentí deseo de gritar para llamar su atención indicándole así que la estaba viendo, pero desistí ya que ello podría ponerla más en evidencia. Corrí hacia el río y llegué hasta donde estaba ella. Al verme ni siquiera se sorprendió ni hizo nada por ocultar su desnudez.

- Hola Pedro, ¿vienes a bañarte?

- Vístete que todo el mundo va a pensar que eres una pelleja - le grité sin poder reprimir mi indignación.

- Aquí no me puede ver nadie - me respondió con tranquilidad - ésta es una de las partes más ocultas del río.

- ¿Por qué crees que estoy aquí?. Desde la encina he podido verte.

Elena, sin ruborizarse, salió del agua, se tapó con la toalla que tenía en la orilla y se refugió entre unos arbustos para vestirse. Luego se acercó a mí y me besó.

- No debes enfadarte - me dijo mientras me hacía carantoñas - si alguien ve mi cuerpo, seguro que te envidiarán porque te pertenece; y de las lenguas de la gente, no debes preocuparte; digan lo que digan, nosotros sabemos que no estoy haciendo nada malo. Adán y Eva ocultaron sus cuerpos después de pecar. Fíjate en los animales cómo obran con naturalidad.

- Observa, Elena, - la interrumpí - que precisamente ellos no han nacido desnudos. Los pájaros y todas las aves, cuando llegan a ser adultos, cambian el plumón por el vestido de plumas, que no sólo les sirve de protección y adorno sino que incluso cubre su carne para volar pudorosos por los aires. Los mamíferos se cubren de pelo y un estratégico apéndice oculta sus genitales y si algunos machos - continué para arrebatarse el argumento - muestran sus partes, éstas están replegadas discretamente de forma que casi pasan desapercibidas.

- Pasan desapercibidas porque las muestran -, me respondió - porque en ellos no existe el pudor.

Era inútil discutir con Elena, siempre se quedaba con la razón aunque no se la concediera. Su capacidad dialéctica, la hacía capaz de argumentar durante horas, si era necesario. Nunca perdía los estribos y sus argumentaciones eran sosegadas, sin acaloramientos. Elena sabía guardar silencio cuando se daba cuenta de que alguno de sus razonamientos podía herirme. Siempre tenía miles de razones, pero sobre todo me respetaba. Poco a poco dejó de gozar con mis dudas y sus silencios y sonrisas punzantes de otros tiempos se tornaron en discretas calladas que, sin darme la razón, evitaban la discusión absurda o la violencia de la posible humillación. Aprendió a guardar sus razones, para que yo, si así lo quería, me quedara con las mías.

=====

Aquel verano, en el que finalicé mis estudios de Bachillerato, comuniqué a mi padre mi deseo de estudiar medicina. Él no acogió muy bien mi decisión. La experiencia vivida con mi madre, cuya dedicación le costó la vida, pesaba mucho por lo que intentó persuadirme para que eligiera otra carrera. Pero mi vocación era firme y, ante ello, mi padre no ofreció demasiada resistencia. Por otra parte, el que un hijo suyo fuera médico, le llenaba de orgullo. Iba a ser el primer médico nacido en el valle. No era normal, en aquel tiempo, que los hijos de los labradores estudiaran carreras ni, siquiera, bachillerato. Tan sólo se conocía de un vecino que, después de unas misiones que don Tomás, el cura, había promovido en la aldea, y enfervorecido por los sermones de los Padres Redentoristas, se hizo sacerdote. Se llamaba Francisco, aunque todos lo llamábamos Paquillo.

Recuerdo, como si fuera ayer, aquellas misiones. Yo era muy niño, tendría unos seis años. Una tarde llegaron al pueblo dos misioneros. Todos, niños, jóvenes y algún mayor, precedidos de don Tomás, fuimos a la explanada a recibirlos con banderitas hechas de papel y cogidas sobre una caña. Nos llamaron la atención las largas barbas de uno de ellos y eso sirvió de comentario: ... si procedían de Asia o de África, si eran americanos...; luego supimos que eran españoles y que nunca habían salido al extranjero. Eran misioneros en los pueblecillos y aldeas de nuestra geografía. Iban al lugar al que el obispo o su congregación los mandaba.

Esas misiones duraron una semana y por las mañanas, al amanecer, se salía en procesión rezando el rosario de la aurora y recorriendo la zona más poblada del valle. Salía de la Iglesia y llegaba hasta la explanada, para luego volver a la iglesia. A las siete de la mañana de aquella primavera, sonaban las campanas en un repique cascado llamando a los vecinos y luego se formaba la procesión. Entre rezo y rezo cantábamos alguna que otra Ave María y una cancioncilla cuya letra aún no he olvidado:

"Los que van al Rosario  
no tienen frío,  
los que están en la cama  
están **arrecíos**.  
Viva el Rosario,  
viva la aurora,  
viva Santo Domingo  
que lo ha fundado"

Para todo el valle aquellas misiones fueron un gran acontecimiento, puesto que sacaron a todos los habitantes de la monotonía de lo cotidiano. Los niños las vivíamos con más entusiasmo aún que los mayores. Para nosotros era algo grande. Después del rosario, íbamos a casa a desayunar un pan con aceite y una onza de chocolate y a las nueve de la mañana, como cada día, llegábamos a la escuela. Allí nos esperaba uno de los religiosos, que nos hacía rezar algunas oraciones nuevas que nos enseñaron, y después nos hablaba de algún tema relacionado con el pecado, el purgatorio o el infierno. Todos los días, fuera cual fuese el tema, nos contaban cómo era el infierno, lo mal que se tendría que pasar allí. Nos hablaban de lo irresistible del fuego y nos animaban para que probáramos el tiempo que seríamos capaces

de aguantar la llama de una cerilla y luego nos decían: "... pues el infierno es para toda la eternidad... ¿sabéis cuanto tiempo es la eternidad?... es siempre, siempre siempre... Todos terminábamos atemorizados con las palabras de los curas y llenos de temor hacia Dios.

=====

En mi vejez, después de haber vivido muchos años, aún queda la huella de ese Dios vengativo que los curas nos mostraron. Yo, que por amor habría sido capaz de cualquier cosa, me quedé con la imagen del Dios terrible que había inventado un, no menos terrible, castigo para desagraciarse a Él mismo. Cuando en otras ocasiones me han hablado del amor de Dios, he sentido que chocaba con la otra imagen. ¿Cómo alguien que ama puede castigar de forma tan horrible a los que, según las Escrituras, somos sus criaturas? ¿no sería perversión que un padre maltratara a su hijo, permanentemente, por muy mal que se portara?. Pienso que los curas están equivocados y que no han sabido interpretar los Evangelios. Ellos deformaron mi alma y los considero tan culpables, como yo, de haber perdido mi vida, sumido en las contradicciones que me han acompañado siempre.

=====

Mi padre, que al fin aceptó la idea de que yo fuera médico, encargó todos los preparativos de mi marcha a la Universidad a don Andrés quien, amablemente, me acompañó a Granada para formalizar la matrícula. A la Manuela, una vecina que era modista, le encargó que repusiera mi ajuar y que en todas las prendas bordara mis iniciales (para que, yo o cualquiera, reconociera mi ropa cuando la tuviese que entregar en la lavandería. Durante ese verano, mi padre, procuró cazar más y vender toda la caza para ahorrar unas pesetillas y así poder completar los gastos que mis estudios ocasionarían. Ya en el invierno, durante la recolección de la aceituna, él que era prevenido, ahorró algunos jornales.

Después de varios años yo echaba de menos la recolección de la aceituna. Desde que me fui a estudiar a la ciudad no la había vivido y la de aquel año fue para mi una fiesta. Mi padre me había dicho:

"Cuando termines este curso tendrás que ir a Granada a estudiar y eso costará más dinero, de modo que tendremos que ir ahorrándolo como podamos. Los olivos que pegan al camino, me los iré cogiendo yo solo, de modo que podremos ahorrar a un *vareaor* y a una mujer que, durante cinco días, son diez jornales". En realidad se ahorraron quince jornales ya que, ese año, yo pude dar cinco. En ese curso las lluvias, incesantes durante todo el mes de noviembre y primeros de diciembre, retrasaron la recolección de modo que se hizo en mis vacaciones de Navidad.

Durante la "aceituna", el valle se llenaba de gente que acudía desde diversos lugares a la recolección. Se alojaban en las distintas caserías en las que se improvisaban camastros o colchones en el suelo para dar acogida a tantos aceituneros. Por las mañanas, antes de entrar en faenas, los hombres se encargaban de hacer las migas para desayunar todos. Encendían la chimenea, mejor dicho, reavivaban el fuego (ya que durante toda la noche permanecía el rescoldo para caldear el ambiente). Colocaban sobre unas enormes trébedes una no más pequeña sartén. Sobre el aceite freían los chorizos a trozos, los torreznos de panceta, los ajos y, después, echaban los trocitos de pan humedecidos previamente en agua. Era toda una ciencia hacer las migas en su punto, pero aquellos hombres eran unos maestros. Ya en el desayuno empezaba el jolgorio: entre cucharada y cucharada de migas y trago de bota, se escapaban los chistes verdes que sonrojaban a las mujeres, se gastaban bromas y entre gritos y risotadas, nos poníamos en camino para desafiar el rocío que a esas horas blanqueaba todo el valle.

En el tajo, los hombres zarandeaban las ramas de los olivos con una larga vara y las aceitunas caían sobre un fardo que se colocaba al pie del árbol. Después se procedía a pasarlas por la limpia, un artilugio (que también llamaban criba) por el que al pasar, iban dejando las hojarascas mientras el fruto caía sobre un esportón para luego ser envasadas en un capacho. Cuatro de estos capachos se cargaban en cada mula para ser trasladados al molino. Tras abandonar los vareadores cada olivo, llegaba la cuadrilla de mujeres que recogían a mano todas las aceitunas que habían caído al suelo. Este trabajo era el más duro, pero era el que más me gustaba. Arrodillados sobre los terrones del suelo, íbamos cogiendo una a una cada aceituna y dejándolas en la esportilla, mientras el frío y la humedad de la tierra iba calando en la piel de nuestras manos llenas de sabañones que a las pocas horas nos sangraban. Pero a pesar de la dureza, era divertido; cantábamos o nos reíamos de alguna ocurrencia o escuchábamos con atención los *chismes* que nos ponían al corriente de todo lo que había acontecido durante todo el año, no sólo en el valle, sino en todos los alrededores. Nos enterábamos de la que se había ido con el novio, de la paliza propinada por el marido a la tal, de los cuernos de la cual o del cual, de las pillerías de algunos... Recuerdo, por graciosa, una de aquellas pillerías que contaron:

El año anterior a éste, que estoy relatando, fue el último de una larga sequía que trastornó toda la comarca y que, según decían, terminó gracias a las numerosísimas Rogativas que se hicieron en la mayoría de los pueblos y ciudades, sacando a sus Santos Patronos o Patronas en procesión. En un pueblo cercano, se restringió el agua, de modo que los caños permanecían secos por el día y sólo por la noche manaban para que las

mujeres pudieran acudir con sus cántaros a llenarlos y con el fin de que los pilones pudieran contener agua, para que a la mañana siguiente pudieran abrevar las bestias a la hora de irse hacia las faenas del campo. Se formaban largas colas que duraban toda la noche y hasta el amanecer en que el chorro de agua se cortaba. Las noches del pueblo se convirtieron en una verbena de mujeres que con el cántaro a la cadera iban y venían a los caños, de tiestos rotos por las continuas peleas en las colas y de un bullicio inusitado en los veranos, habitualmente tranquilos, de aquel pueblo. A mediados del mes de julio, empezó a circular el rumor de que se habían visto fantasmas. En corrillos toda la gente lo comentaba y muchas mujeres aseguraban haberlos visto con sus propios ojos... "van ensabanados y sus espíritus desprenden luz que hace que se les vea en la oscuridad a gran distancia"... en ese comentario coincidían todas las testigos.

Los caños a partir de aquella noche quedaron vacíos, nadie se atrevía a salir atemorizados por los fantasmas. Obligaron al alcalde a que, ya que de él no dependía el horario del agua, alquilara una cisterna para abastecer de las necesidades más primarias. El pueblo empezó a padecer sed. Pero llamó la atención que, a pesar de la escasez de agua, la fábrica de hielo, polos, sifón y gaseosas (todo era una pequeña factoría del mismo dueño que abastecía sólo al pueblo) continuaba funcionando, e incluso a mayor ritmo, porque las gentes, a falta delpreciado líquido, consumían más de estos productos.

Pronto empezaron las investigaciones para saber cómo conseguía el agua y para ello vigilaron a los dueños día y noche. Lo hicieron por turnos y pudieron observar que mientras la mujer y dos hijos se disfrazaban de fantasmas, el padre y otro de los hijos daban incesantes viajes con las mulas cargadas de cántaros de agua.

Las tardes y las noches de los días de aceituna, también eran divertidas: jugábamos a la "gallinica ciega", unos, mientras otros jugaban la partida de tute a la luz del carburo. Echo de menos esa luz brillante y el penetrante olor del acetileno.

Mi padre pudo ahorrar, durante todo el año de mi último curso de bachillerato, lo suficiente para que yo pudiera iniciar mis estudios de medicina en Granada.

*Suenan tardías campanas del alma,  
como llantos de piedra congeladas,  
con el paso del tiempo sosegadas,  
llevando a la vejez la dulce calma.*

*No sonaron en juventud templadas,  
ni asiento en el atardecer pusieron,  
pero justo en la noche sí vinieron  
para curar a las sombras cansadas.*

*¿Cómo escucharé yo sus campanadas,  
si muriendo y soñando ya se fueron  
de recuerdos las sienas plateadas?...*

*...Me he perdido en las sombras  
apagadas,  
que mi desdicha en la vejez hicieron,  
... y suenan en el silencio calladas.*

## CAPÍTULO X

Era la primera vez que llegaba a Granada. Don Andrés había puesto un telegrama a un pariente suyo para que saliera a recibirnos y nos guiara en esa ciudad desconocida para ambos. El viaje fue muy largo; del pueblo a la capital y de la capital en otro coche de viajeros hasta un pueblo llamado Campillo de Arenas, donde nos detuvimos para almorzar en una posada junto a la carretera. Desde allí a Granada otras tres horas más de agotador camino, entre carreteras estrechas y con grandes precipicios en los pasos entre las montañas. Sobre las seis de la tarde concluimos el viaje, ya sin tiempo para cumplimentar la matrícula. Nos alojamos en la casa del familiar de don Andrés, en las habitaciones que durante el curso alquilaba a pupilas. Tenía este señor, don Francisco le llamé después, una hija algo menor que yo con un buen tipo pero de cara bastorra, la nariz algo aguilucha y picuda y con unos ojos que se escondían entre cientos de repliegues formados en los alvéolos y los párpados. Debería ser miope y en su rostro se había petrificado el gesto fruncido de su mala visión. En seguida que nos presentaron, se ofreció para enseñarme lo más sobresaliente de la ciudad y quedé sorprendido de que, tanto su padre, como su madre, no sólo lo aprobaron, sino que incluso aplaudieron la idea. Ese día estaba muy cansado y desistí de salir a ningún sitio. Al día siguiente, Mari Carmen, que así se llamaba la chica, nos acompañó hasta la Universidad.

De regreso, don Andrés me comunicó el acuerdo al que había llegado con su pariente: para el curso siguiente, en vez de tener a dos pupilas nos tendría a un sobrino suyo y a mí. La cuantía económica no la recuerdo, pero debió de ser moderada a pesar de que disfrutaría de pensión completa.

En principio, la ciudad de Granada me decepcionó, así se lo conté a Elena; no encontré en ella la belleza de la que tenía fama.

=====

La despedida de mi querida Elena fue dramática. Pasamos juntos todo el día anterior al de mi marcha e, incluso ella, me ayudó a preparar mi equipaje: dos maletas de cartón, una caja y otra maleta de madera, más pesada por su material que por el contenido. La maleta de madera me la prestó su padre, don Andrés, y tantos viajes tenía ya la pobre que ni siquiera cerraba; hubo que atarla con cuerdas.

Aquel día de otoño espléndido, tan caluroso como julio, fuimos al río a bañarnos, seguramente, para que el agua disimulara nuestras lágrimas. Era la primera vez, en muchos años, que íbamos a estar casi tres meses sin vernos. Desde aquella perspectiva, nos parecía una eternidad. Nos prometimos fidelidad, nos dijimos que nuestro amor lo soportaría todo, que no habría hora del día en la que no pensáramos el uno en el otro.

Pero... me encontraba muy triste y por mi imaginación sólo pasaban pensamientos tenebrosos. Elena, con más entereza que yo, trataba de consolarme, pero en mí sólo había lamentos sin consuelo:

- No puedo hacerme a la idea de tener que pasar tres meses sin ver tus ojos ni poder acariciar tu mano; ya puedes imaginar lo sólo que me encontraré, nuevo y en una ciudad como Granada.

- Debes sobreponerte, pronto harás amistades y cuando recorras las calles de esa ciudad tan preciosa, hasta es posible que te olvides de mí.

- No sé si saldré, no me sentiré con ganas para nada; ya sabes que todo lo que no seas tú me aburre, me aburren los amigos, el ambiente. Todas las gentes, que pasen por la calle, me parecerán felices y sin preocupaciones; me darán envidia y me harán sentirme más triste.

Me apoyó la cabeza sobre su pecho mientras me acariciaba dulcemente. Las lágrimas ya corrían por mis mejillas y continué lamentándome:

- ¿Por qué estarán así dispuestas las cosas? ¿por qué no podremos ser felices siempre?... El sentimiento de tu lejanía, cariño, me consume.

Ella me hablaba y a penas si escuchaba sus palabras de consuelo y, sumido como me encontraba en mi propia tragedia, seguía machaconamente en mis preguntas sin respuesta:

- ¿Por qué soy el único que tengo mis circunstancias?... ¿por qué no puedo ser feliz como los demás?... ¿por qué estaré condenado a sufrir?... A ninguna pregunta le encuentro respuesta y me siento desgraciado... ¿llegará el tiempo de mi felicidad?. Sé que hay mucha gente con más motivos que los míos... pero sufro más que nadie por mi forma de ser. Vas a tener que hacer acopio de paciencia, Elena mía, porque serán muchos los días en que, sin saber yo mismo por qué, me pondré triste y tendrás que esforzarte en consolarme.

- El mejor consuelo debe ser la esperanza de que pronto volveremos a vernos, tres meses no son nada y, dedicados a nuestros estudios, se pasarán muy pronto.

- Sé que llevas razón, que todo este sacrificio es por el bien de los dos y para labrarnos un futuro. Por momentos me arrepiento de ser como soy, de mis sufrimientos, de mis quimeras y quisiera darle otro rumbo a mi vida... ¡soy una persona rara! ¿verdad?, muy rara y..., a veces, temo que tú no me comprendas, que sólo simules comprenderme y si tú no lo haces, no lo intentas ¿quién podrá?.

- Yo siempre estaré a tu lado y entiendo tu dolor porque yo también lo siento. Despedirse de la persona a la que se quiere es muy duro, pero hay que sobreponerse y pensar que se está haciendo lo mejor, que lo que hacemos es porque nosotros mismos lo hemos elegido y que algún día nos alegraremos y seremos felices por haber andado bien nuestro propio camino.

- Es cierto pero no me puede consolar. Cuando no estoy contigo, el día me parece gris oscuro y triste al mismo tiempo. Es posible que esa oscuridad y esa tristeza no pertenezcan al día sino que sean un reflejo de mis sentimientos. Siento unas ansias abstractas de algo que ni yo mismo puedo saber qué es, pero lo que sea, lo necesito. Siento con mucha frecuencia estas sensaciones y sé que sólo tu presencia hace que experimente un cambio profundo en mi personalidad, lo que me hace suponer que tú eres el único motivo que Dios me ha dado para soportarme... Me temo a mí mismo porque, al estar solo, siento que carezco de instinto de conservación. En esos momentos, a pesar del dolor, disfruto de la soledad y la alimento entregándome a mis pensamientos pesimistas... Si eso me ocurre por un sólo día que no te veo... ¿cómo serán tres meses?...

Hicimos el propósito de escribirnos todos los días a pesar de que, a la aldea, el correo sólo llegaba dos veces por semana y no le podía mandar las cartas a la casa de sus patronas, dado el carácter flegón de las buenas señoras. Al colegio, menos aún, puesto que por aquellos tiempos existía la censura para el "bien espiritual" de las alumnas. Todavía, Elena permanecería en el valle un par de semanas y después ya buscaríamos la solución. Efectivamente, una vez en la ciudad, me dio la dirección de una amiga de confianza.

A la mañana siguiente, cuando fui a coger el viejo coche de viajeros, allí estaba ella, con los ojos tristes y una forzada sonrisa en sus labios. Sólo le di la mano para decirle adiós. Asomado a la ventanilla, mientras me alejaba, pude ver la lágrima que corría sobre su mejilla. Me acurruqué en mi asiento y la tristeza se apoderó de mí. Lloré sin poderlo remediar. Me sentí más sólo que nunca en mi vida. Todos mis pensamientos eran tristes aunque dulces mis recuerdos. Durante todo el viaje, el pasado y el futuro rompieron en terrible combate de ideas que iban y venían forzándome sonrisas y lágrimas que se atropellaban en un desvarío incontrolado. Sonreía y lloraba al compás del monótono ruido del motor y de los murmullos de los otros viajeros.

=====

Hasta entonces no supe lo que era la soledad. Es cierto que en otras ocasiones me había sentido sólo, pero la soledad con esperanza no es soledad. En aquella ocasión que, a pesar de tantos años como han pasado, no he podido olvidar, me sentía sólo ante el mundo sin poder comunicar mi sufrimiento. Todo me era desconocido y mi tristeza se alargaba hacia un tiempo inconmensurable. La perspectiva de varios meses, en aquella edad y en aquella situación, rompían la esperanza y sólo veía un futuro impredecible y, en cualquier caso, alejado de todo lo que me era conocido y amado. Es necesario llegar a mi edad para comprender cómo la soledad rompe la perspectiva del espacio y del tiempo. Entiendo, hoy, que se puede morir de soledad y que es difícil defenderse en ella. Ya lo veis cómo, en este trance de mi vida, lo estoy haciendo: he recurrido a los recuerdos ya que otra cosa no me queda. A veces me siento aliviado pero tengo que huir de mirar hacia delante, puesto que, en esa dirección, sólo hay abismo. No puedo mirar al futuro porque, para mi desgracia, no tengo futuro.

=====

Cuando llegué a la calle Mano de Hierro, donde estaba mi alojamiento, le pedí al mozo, que me acompañó con las maletas, que por favor me ayudara a subirlas hasta el segundo piso. Podía haber optado por dejarlas en el portal y dar dos viajes, pero sentí, inconscientemente, la necesidad de no subir sólo. No era timidez, puesto que ya conocía a la familia; era algo más profundo y que no sé explicar, pero sentía que no podía haber subido, sin compañía, los dos tramos de escaleras que me separaban desde la calle. Probablemente necesitaba la ceremonia de la entrega para poder decirle adiós a alguien cuando me abrieran la puerta del piso. Lo que importa es que me sentí agradecido y aliviado con la presencia del mozo y tanto fue así, que, además de pagarle su real por el servicio prestado, le entregué cinco céntimos más de propina.

Granada me pareció una ciudad muy triste a pesar de los maravillosos monumentos que la adornaban. La calle donde yo vivía, estaba muy cerca del centro, a unos metros de la Gran Vía y desembocaba en la de San Juan de Dios, justo enfrente de la Basílica dedicada a este santo y a escasos metros del Hospital Real. Tanto el día que fui con don Andrés, como el que llegué con el mozo, el primero por cansancio y el segundo por la misma razón y por mi estado de ánimo, no aprecié la hermosa fachada de la basílica,

ni me di cuenta de los raíles del tranvía que doblaban hacia la calle de San Jerónimo. Ciertamente que no pude ver nada, pero sí que sentí la extraña sensación de que Granada guardaba en su ambiente algo que producía tristeza a sus habitantes. Esta sensación siempre la he tenido, y nunca he podido saber si era puramente subjetiva y derivada de la soledad que siempre acompañó a mi estancia o más bien era algo objetivo. En mis años de paso por aquella ciudad, yo encontré en los granadinos la huella, quizás para otros imperceptible, de la tristeza de Granada.

Las cartas que nos intercambiábamos Elena y yo, eran mi único consuelo en los largos trimestres que teníamos que pasar separados. En cada carta le expresaba mis sentimientos, le abría mi corazón y le contaba todo lo que acontecía entre misiva y misiva.

=====

Aún conservo las cartas que le escribí a Elena ya que, cuando me las devolvió, no fui capaz de romperlas y, puesto que no quiero conservarlas para después de mi muerte, tengo subrayados algunos párrafos (los más significativos para mí), que hoy me propongo transcribir al fin de destruirlas definitivamente. Quiero transcribirlos porque representan claves de mi vida que me pueden ayudar a entenderla, si es que lo logro.

Todas mis cartas las empezaba de la misma forma: "Mi queridísima Elena:"

...

*"...Los Catedráticos son más horribles que como nos los presentan, en lugar de animarnos, nos infunden un temor que hasta hoy no he comprendido: la Universidad pretende crear personas y es tan distinta a lo que hasta ahora hemos conocido que, fuera de ella, es difícil entenderla, captar su ambiente, un ambiente de lucha y autoestimulación que nos será de mucha utilidad para nuestra vida futura. Conforme vamos adentrándonos en ella, nos sentimos diferentes, nos da la sensación de ser algo y representar algo, en definitiva, nos sentimos universitarios, hombres cargados de responsabilidades y destinados a un puesto alto en la sociedad. En los pocos días en que convivo*

*con los demás universitarios, me he sentido así, tal como te he descrito y te aseguro que me siento más hombre y con más ganas de desempeñar un papel, de crear algo mío y solamente mío, algo a lo que tú tienes que contribuir queriéndome y dándome ánimos con tu cariño. Aquí también aprendemos que el mundo es de quien lo quiere conseguir y nosotros con nuestro mutuo esfuerzo lo conseguiremos, no sólo para brindárselo a aquellos a los que demos existencia sino a toda la humanidad..."*

...

*"...El domingo pasado, mientras leía en los jardines del Generalife, me acordaba mucho de ti, mi querida Elena, y, no puedes imaginar, que envidia me daban las parejas que me recordaban a ambos. Paraba la lectura y te imaginaba junto a mi, paseando en esos extraordinarios jardines, los dos solos, rodeados de flores, agua y pájaros y tan compenetrados que apenas nos dábamos cuenta de los demás. Es que allí, mi querida Elena, se va a soñar. Hay una fuente y junto a ella dos árboles que, al reflejarse en el agua, parecen una pareja que se están besando; allí me paré a contemplar el espectáculo que me sugería la felicidad terrena eternizada en un momento, pues miraba y miraba y no pude observar ni un sólo movimiento que les enajenase de ellos mismos.*

*Me he puesto a escribirte desde aquí, desde este derroche de agua y de color. Sé que si tú lo conocieras, sería uno de tus lugares preferidos, porque todo en él es fantasía. Fantasía como eres tú misma..."*

...

*"...Te recuerdo mucho a todas las horas del día. No sabes hasta qué punto necesito verte y quisiera estar contigo. Muchas veces me dan ganas de llorar y otras lloro de rabia. No quiero ponerte triste, sólo pretendo que te des cuenta de qué forma te necesito; te necesito y te necesito mucho".*

...

*"...ya, de verdad te lo digo, me he acostumbrado tanto a quererte y sentirme querido, que no concibo mi vida de otra forma... necesito vivir por ti y para ti y sólo temo a lo que pudiera separarnos..."*

...

*"...A veces pienso que mi infortunio se debe al estar desprovisto de alma. Te lo explico: al ser el cuerpo material, no puede encerrar al alma que es espiritual y mientras el cuerpo se traslada el alma va quedando inmóvil por donde ha pasado el cuerpo. Mi alma se quedó en el valle y junto a ti. Se quedó junto a todo lo que he creado allí; junto a lo que, perteneciéndome, se ha quedado; queda junto a lo que quiero. Se ha quedado junto a ti, mi Elena, que es lo que más quiero..."*

...

*"...No es, Elena mía, mi mayor ilusión ser médico, sino casarme contigo, lo que ocurre es que me he impuesto la condición de terminar la carrera ya que de otra forma no podría casarme. No podría castigarte, durante toda una vida, a compartir conmigo un fracaso, porque, al andar de los años, tú misma te sentirías fracasada y tendrías que tener un amor heroico para soportarme. Tú no puedes saber lo que es un hombre vencido y que ha perdido todas sus aspiraciones. Yo sé algo de ello porque lo siento dentro como un terrible presentimiento. Este pensamiento me martiriza constantemente..."*

...

*"...Cuando alguna vez me sorprende un pensamiento triste o de nostalgia, procuro consolarlo con esa esperanza que me has dado en tu carta y que me da ánimos para soportar, incluso con alegría, los sacrificios que supone nuestra separación..."*

...

*"...Cuando me pongo a escribirte, sin querer, me encuentro a mi mismo y es que para decirte lo que siento, tengo que buscarme, desprenderme de todo lo temporal y, entonces es cuando, en lo más profundo de mi pensamiento, me identifico conmigo y es también cuando me doy cuenta de que ya no soy solamente yo sino que tú formas parte de mi vida, de mí mismo..."*

...

*"...Elena de mi alma, tu última carta me ha llenado de ilusión: son muchas las veces del día que me sorprende imaginando tu llegada a Granada; te aseguro que ese será el día más maravilloso de todos cuantos hemos pasado juntos. No lo dejes, Elena mía, sería el mejor regalo que podrías hacerme. Granada, para los dos, sería una de las ciudades más acogedoras y, aunque yo le tengo manía, contigo será distinta..."*

...

*"...pues hoy estaba completamente seguro de que recibiría carta y no puedes imaginar qué transformación he sufrido al comprobar que no ha sido así. Elena, cariño mío, si es que por alguna causa estás enfadada conmigo, dímelo y te suplicaré de todos los modos posibles que me perdones..."*

...

*"...Elena, cariño mío, esta noche he tardado mucho en dormirme por la cantidad de lágrimas que he derramado. En esta ocasión no ha sido como otras veces, ahora tenía una causa que hace que yo mismo piense de mí que soy la persona más indeseable que existe. No creo oportuno decírtelo por carta. Te lo contaré todo cuando volvamos a estar juntos. Estoy*

*seguro de que te enfadarás cuando te lo diga, pero no puedo ocultarte nada, te quiero demasiado y prefiero tu perdón al remordimiento..."*

...

*"...Acabo de recibir tu carta y estoy rebosante de alegría. Por favor, no dejes ningún día de escribirme ya que ese es el único momento de felicidad del que dispongo. Tus palabras de cariño son las únicas que me animan en esta tristeza y soledad en que vivo..."*

...

*"...Cariño, por qué te empeñas en comprender esa carta, ya famosa, lo importante es que yo la comprendo, sólo eso es importante. Puedes estar segura de que lo que hago, siempre que te escribo, es abrirme a ti y consolarme diciéndote mis cosas y mis problemas..."*

*...me dices que nada te cuento de mi vida en Granada y es que no puedo contarte nada porque yo no vivo en Granada, vivo en una casa y voy a una Facultad. Salvo en ...raras ocasiones, que sí te lo he contado, esta es mi vida..."*

...

*"...El martes recibí tu postal en la que me pedías perdón y la verdad es que no sé de qué, porque toda persona tiene derecho a exponer su libre punto de vista sea en la cuestión que fuere. No obstante, aún me dura un cierto mal sabor y sobre todo cuando lo pienso. Lo que más me preocupa son las consecuencias que saco, ya que esos momentos son, precisamente, los más sinceros de una persona y en los que, difícilmente puede actuar el disimulo por muchísimas razones. Dios quiera que esté equivocado, lo deseo con toda mi alma..."*

...

*"...Tu carta me produjo una gran alegría y al mismo tiempo un gran disgusto. Sabes, perfectamente y de sobra, que no me gusta que te pintes. No es ninguna broma, no puedes imaginar lo que me produce el enterarme de que te has "peripuesto", ¿para quién?... no lo puedo soportar, no quiero ¡me oyes!, no quiero que te pintes cuando yo no estoy..."*

...

*"...Tu carta de ayer me ha producido una terrible sensación de culpa. Me considero culpable del fracaso de tus exámenes, aunque si yo tengo un cincuenta por ciento de la misma, tú tienes otro cincuenta y mi parte no excusa a la tuya; por esta razón, estoy enfadado con los dos, es decir, contigo y conmigo y ambos tenemos que poner remedio ahora que aún hay tiempo. Elena, si te suspendieran, me daría un gran disgusto y piensa que el mío sería pequeño comparado con el de tu padre, con el agravante de que él no te consideraría a ti culpable sino sólo a mí. Mi vida, si no quieres que esto llegue a ocurrir, pon los medios necesarios desde hoy mismo y ponte a estudiar como una loca, de esta forma, el verano lo tendrás libre para ocuparte de otros quehaceres útiles, como puede ser, por ejemplo, ir haciendo cositas para el ajuar..."*

...

*"...Cariño mío, aconseja bien a tu amiga Lolita sirviéndote de la experiencia que ya tenemos, no olvides que estamos gravemente obligados a ello y es una responsabilidad que no podemos eludir. Tú ya sabes cómo pensamos respecto al sexo y dada nuestra mayor firmeza de ideas, el aconsejarla, entra dentro del campo de nuestras responsabilidades de cristianos y de amigos. Es posible que puedan evitar muchas cosas porque, tal vez estén a tiempo. Sería una gran satisfacción para nosotros que Dios se valiera de nuestros buenos consejos para que retornaran al buen camino y comprendieran que el gozo del cuerpo es algo reservado para el matrimonio.*

*Sé que tú antes no pensabas así, pero también sé que no era por convencimiento sino por debilidad..."*

...

*"...Cariño mío, has hecho muy mal con apuntarte para jugar a baloncesto ya que con lo delgada que estás, te quedarás como el esqueleto que tengo en casa para estudiar los huesos. Respecto a lo de las reuniones y excursiones, reconozco que soy muy celoso, pero no puedo remediarlo, es algo muy superior a mis fuerzas y, aunque tengo una gran confianza en ti, me pongo de un humor terrible. Te repito que confío en ti, pero mi desconfianza es hacia tus compañeras y compañeros. No te molestes, cariño mío, es a causa de tanto como te quiero... quizás te resulte difícil creerlo, pero te podría jurar que siento celos de todo lo que te rodea..."*

...

*"...qué maravillosa eres, vida de mi vida, si no fuese por ti, no sé qué sería de mí; contigo y a tu lado me encuentro completo y siento la presencia de Dios que te ha creado tan maravillosísima y tan mujer. ¡Qué extraordinario que Dios te creara así!. Hizo que nuestras vidas en la tierra se basaran en el amor, que bien entendido, nos eleva hacia Él. Esta es una gran realidad que he experimentado en muchísimas ocasiones: cuando me siento más enamorado de ti, también siento más cerca a Dios y noto que lo amo con más intensidad y también me ocurre al contrario, el día que siento que amo más a Dios, también te siento a ti más cerca. Es que el amor hacia una criatura creada por Él, nos lleva irremisiblemente al Creador puesto que el mérito de esa persona, su belleza, sus cualidades, y todo lo que ella es, no son, ni más ni menos, más que una participación de su perfección infinita... ¿Cómo es posible que exista alguien que, teniendo capacidad para amar lo creado, no ame a Dios? ... (...) ya que la confianza en Dios es la base de todo, no sólo desde el punto de vista espiritual sino, también, material... Tener una confianza ciega en uno mismo no es sano puesto que acarrea prescindir de Dios y se cae en el*

*terrible pecado del orgullo. En cambio, si desconfiamos de nosotros mismos y ponemos toda nuestra confianza en el Todopoderoso, poseeremos la maravillosa virtud de la humildad y nuestros pasos en la vida los daremos con tacto y empujados por la confianza divina; incluso a los aparentes fracasos materiales le encontraremos una razón más superior que nos consuela enormemente, la Voluntad del que nos ha creado y, una justificación de orden espiritual, el designio para nuestra salvación eterna.... en estos puntos quiero que basemos nuestra vida y lo pido con todas las fuerzas de mi alma. Pido sobre todo por ti ya que tu fe es más débil. Pido esa fe grande que necesitamos para encauzar así todos nuestros fines, si lo conseguimos es que Dios ha calado tan profundamente en nosotros que nos ha hecho superiores a nosotros mismos, elevándonos y dignificándonos con su gracia.*

*...He notado en muchas ocasiones el impacto de mis oraciones: Ya sabes que últimamente estoy pasando por un gran bache de fracasos en todos los órdenes y que se producen a pesar de los esfuerzos que hago en busca del éxito. La razón la tengo muy clara y te lo voy a contar para que veas la grandeza de Dios:*

*Recuerdo que debido a mis éxitos, empecé a sentirme orgulloso (en el sentido más fuerte de la palabra), noté que ese orgullo me apartaba de la gracia de Dios y me hacía prescindir de Él. En los momentos de lucidez, me alarmaba yo mismo y le pedí un castigo; recuerdo que, cuando así rezaba, sentía un miedo enorme ya que al mismo tiempo temía a ese castigo, tanto, que a veces le decía que no me hiciera caso. Dios me escuchó y me ha castigado tal como yo se lo pedí. Aunque me quejo de mi suerte, doy gracias porque el Señor está cerca de mí y me guía a pesar de lo mal que yo le pago, con mi disconformidad y pecando tantísimas veces..."*

*...*

*"...Ayer noche, cuando me acosté y antes de dormirme, estuve jugando a un pasatiempos muy original; consistía en hacerte la mujer perfecta en todos los aspectos. Como verás, era un juego de imaginación:*

*primero buscaba el defecto y después intentaba cambiarlo por una cualidad, de ser posible la opuesta a ese mismo defecto. Una vez conseguido el cambio, pensaba en ti con tu nueva faceta y, mi querida Elena, no me gustabas de esa manera, me gustabas más con aquel defecto que con esa cualidad postiza. Así continué jugando a quitarte y ponerte hasta que me dormí sin darle importancia a lo trascendental del entretenimiento imaginativo. Esta mañana, me he parado a pensar en él y darle la importancia que realmente tiene y analizándolo, con la mayor objetividad posible, he llegado a las siguientes conclusiones:*

*a) Ha sido una jugarreta de mi imaginación y dado el estado de casi ensoñación, apenas si era lo suficientemente consciente como para subjetivizar mis pensamientos.*

*b) De la conclusión anterior infiero que todos mis pensamientos, en ese estado de semiconsciencia, son intrínsecos a mí y por consiguiente completamente sinceros y no afectados por ningún interés afectivo.*

*c) Me gustas tal como eres sin encontrar nada que no pueda gustarme.*

*d) Para mí, careces de defectos ya que, los defectos, son relativos a las cualidades que se contraponen y a la subjetividad del que los analiza. Diría más, su relatividad es, incluso, circunstancial, dependiente de todos los accidente a los que llamamos circunstancias.*

*e) La conclusión más importante es la indivisibilidad de la personalidad humana, por lo que al tratar de cambiar algo, lo que podría parecernos un defecto, cambiamos el todo y la convertimos en otra persona.*

*...de modo que no vuelvas a preguntarme por tus defectos ya que, con todo lo anterior, conoces mi respuesta: tú eres cual eres, sin más y te quiero así. Si quisiera cambiar algo de ti, es que querría a otra muy distinta...*

*...Yo, Elena, he buscado en ti a una persona y no a un ser de otro mundo. He buscado y he encontrado en ti la compañía ideal para mí, a una mujer que sepa ser esposa y madre, a una mujer que sea capaz de*

*ayudarme a andar el difícil camino de este mundo, que me anime en los momentos difíciles, que comparta mis triunfos y mis alegrías, que juntos podamos construir unos cimientos sobre los cuales, cada día, nos perfeccionemos más y más y rematemos un edificio de la mayor, posible, perfección humana y espiritual... Elena, cariño, si yo fuese perfecto, probablemente, no te necesitaría. Si tú fueses perfecta, tampoco me necesitarías a mí. Pero es humano que ninguno de los dos lo seamos y por eso ambos nos complementamos y somos necesarios el uno al otro. El programa de nuestras vidas juntos es el perfeccionarnos y si, cuando llegemos a la vejez, cada uno nos hemos quitado, con la ayuda del otro, cinco defectos, habremos sido felices y ambos nos sentiremos satisfechos de nuestro paso por este mundo. Cariño de mi alma, alégrate de tener defectos porque así tienes la posibilidad de perfeccionarte y adquirir méritos ante Dios y ante los demás humanos..."*

...

*"...Vida de mi vida, antes de que me olvide, te voy a contar la tontería que pensé ayer cuando me acosté: pensé que deberías ser fea en vez de tan guapa, ya que así te tendría más segura y sentiría menos celos..."*

*... ya que te empeñas en ir a Sevilla de excursión, cuidado con los sevillanos, saben ser muy simpáticos y fácilmente seducen a una mujer. Lo mejor que puedes hacer es, que si te dicen un piropo, no hacerles ni caso. Debes ir sin pintar y que tu amiga Lolita te haga el favor de dejarte su alianza; procurarás llevarla muy visible y de esta manera quizás, a no ser un desaprensivo, no se meterán contigo. Es muy importante, también, que durante la excursión te juntes con alguna compañera que tenga novio en la que tengas confianza de que es una buena chica. Cariño mío, si algún muchacho te dice algo para intentar conversar contigo, le dices, de las peores formas posibles, que tienes novio y, si a pesar de ello sigue intentándolo, llama a un policía... Si os dejan solas por la ciudad, cuidado donde os metéis..."*

*... Vida de mi vida, todos los días ofrezco la Comunión por la salud de tu padre y le pido al Señor (con cansinera, como sabes que acostumbro); espero que me escuchará y se restablecerá muy pronto, lo espero y estoy seguro de que ocurrirá así. Tal vez, cuando recibas la carta, se encontrará perfectamente sano..."*

...

*"...Si el tono de enfado que noto en tu carta es debido a M<sup>a</sup> Carmen, basta que me lo pidas y me cambio de casa, aunque en mi opinión no sería necesario. Te insisto, Elena, si ves que te incomoda que permanezca en este domicilio, en cuanto me lo digas, me pongo a buscar nueva casa a pesar de los trastornos que me origina..."*

...

*"...Ya ves que hago todo lo posible por curarme de estas manías tontas y para ello me esfuerzo procurando que me pasen desapercibidas. Eso es lo que hice cuando me dijiste que te habías cortado el pelo y, también hice igual, cuando me comunicaste que ibas a pasar la noche en casa de una compañera: ni siquiera te pregunté si tenía hermanos... Elena, no te digo esto para recriminarte después que ya ha pasado, sino para hacerte ver que esas cosas me cuestan trabajo admitirlas..."*

*...Todos los días, en la Comunión, le pido al Señor que te de fuerzas para refrenar y sostener los bríos de tu pasión... ¿me escuchará?... pídele, tú también, lo mismo con insistencia ya que sólo Él puede contenerte, para que no se desaten, esas fuerzas que podrían dar al traste con todas nuestras buenas intenciones y, por consiguiente, con nuestra futura felicidad..."*

...

*"...Elena querida, ¿qué será este amor tan maravilloso que nos atrae de tal forma y nos hace vivir el uno para el otro? ... Muchas veces lo comprendo a la luz del intelecto: ... eso que dice la filosofía de complemento, mayor perfección, mutua comunicación y comprensión... etc.; pero otras veces me parece un gran misterio digno de Dios: debe ser debido, creo yo, a esa semejanza que las personas humanas tenemos con Él... ¿qué otra mujer podría quererme y comprenderme a mí, que soy un hombre fatal?..."*

...

*"...y, cuando termine la carrera, nadie mejor que yo podrá decir que la he sacado a base de sufrimiento y podré decirle a nuestros hijos: ¡hijos míos, la vida hay que ganársela con el propio esfuerzo! ¡fijaos en vuestro padre!...y cambiaré el tono a nostálgico para continuar: ¡Dios mío, cuantos sacrificios hasta que os he podido decir estas cosas!... y ellos admirarán a su padre.... (...) ... cuando nos digan por primera vez papá o mamá, será un momento emocionante, entonces, nos miraremos a los ojos sonriendo y llenos de felicidad... pero... ¡cuánto tiempo queda para eso, Dios mío!. El pensarlo me desespera, me hace sentirme esclavo del tiempo y carente de libertad..."*

*...¡Qué felices seríamos sin tiempo, sin minutos, ni horas, ni años, si pudiéramos pararnos en un momento dichoso de nuestras vidas!... No sé por qué estoy haciendo estas reflexiones ya que de sobra conozco que vida y tiempo son conceptos necesarios el uno al otro y que el primero es función del segundo y que sólo la muerte nos desliga de este factor esencial para los que somos mortales..."*

...

*"...me pasé toda la tarde metido en casa y jugando en la terraza con todos los niños de los vecinos que sumaban en total diez chiquillos (contándome yo); jugamos a todos los juegos conocidos: al correndero, a pilla-pilla, a pie quieto, a la gallina ciega, a corta hilos, al escondite, al pañuelo, al balón-tiro, a las prendas y etc... de manera que no me aburrí y fui feliz*

*sintiéndome niño y recordando los tiempos de aquella bella época. Después filosofé sobre ese acontecimiento y saqué en conclusión que, en realidad, dejamos de ser niños para jugar a ser mayores y basta que nos unamos a esos pequeños, para volver a ser, de nuevo, niños como ellos, como éramos antes... como ves, cariño mío, me entusiasman los niños y los necesito para poder volver a mi niñez y olvidarme de todas las preocupaciones... cuando nos casemos, tendremos muchos niños que alegren nuestra casa..."*

*Siento muchísimo que tengamos estos disgustos, lo siento de corazón, pero no siempre podemos estar de acuerdo, ya que, por muy grande que sea la compenetración, cada uno somos una persona diferente. Es muy difícil para una mujer profundizar en la psicología de un hombre y por el contrario, a un hombre, también, le es difícil comprender en su totalidad a una mujer. Estoy seguro de que, en esta ocasión, no has sabido comprenderme y no te lo reprocho, lo veo lógico y el único reproche que te hago es el que no hayas renunciado a tu idea aún sin comprenderme...*

*... Una marioneta es un muñeco que se maneja al antojo. Me esfuerzo en comprender cómo te sientes para decir que eres esa clase de muñeca, pero por más que lo intento, no logro entender por qué tienes esa sensación.*

*Me tienes miedo, dices, y esto coincide con tu anterior sensación ya que si es cierto ese miedo, también es posible que te sientas manejada... pero ¿me tienes miedo?... ¿por qué?... ¿qué te he hecho?... ¿temes mis represalias?... ¡si nunca las he tenido contigo!... ¿te maltrato?... No sé, Elena mía, cientos de preguntas como éstas me hago y no encuentro la respuesta que me explique ese temor tuyo. Pienso que lo que ocurre de verdad es que te temes a ti misma. Temes, quizás, perderme, hacer algo que yo no pudiera perdonarte. Si esto es así, me juzgas mal y en ese caso soy yo quién tengo miedo ya que ello supone un síntoma de que durante nuestros años de noviazgo, algo ha ido mal: no me has asimilado y te has forjado de mí una imagen irreal.*

*Me siento muy humano y por ello intento juzgar a las personas, no bajo el punto de vista de mis perfecciones y de mis virtudes, sino todo lo contrario; antes de juzgar a otra persona, me juzgo a mí mismo y emito el juicio desde la óptica de mis defectos..."*

...

*"...No estaba muy decidido a venir al retiro espiritual. Mi tibieza, me hacía dudar, pero por fin estoy aquí y ahora me alegro porque es la mejor forma de ordenar mi vida en la que la fe se ausentaba cada vez más.*

*Estoy contento porque, de nuevo, me he sentido vibrar con la presencia de Dios y, hoy más que nunca, he llorado de emoción, sin poderme contener. He sentido tan cerca su presencia que mi cuerpo, no acostumbrado, ha roto a llorar.*

*Elena de mi corazón, ¡ si pudieses sentir lo que yo siento ahora mismo...! ... y qué alegría si pudiera comunicarte, aunque fuese sólo un poco, mi emoción. Elena, hoy siento con mayor fuerza (como jamás), mi cariño hacia ti y es que el amor de Dios, me rebosa por todas partes.*

*Las meditaciones del día de hoy, me han sido muy provechosas. No he aprendido nada nuevo, tampoco he oído nada original y no he hecho ningún propósito; sencillamente, me he vuelto a encontrar con Dios y; después de tanto tiempo sin sentirlo, sin escucharlo y apartado de Él; he sentido dolor por una parte y alegría por otra, y, sobre todo, esperanza, gran esperanza... ¡no sabes hasta qué punto!... lo quiero, como yo mismo no podría haber sospechado. Nunca pense que fuera posible querer a Dios, en esta vida, sobre todas las cosas... y se puede: basta con acercarnos a Él con nuestra alma totalmente abierta y nos la inunda de su amor. Es algo semejante, pero a mayor escala, a lo que hemos sentido cuando nos hemos abrazado sin pasión y llenos de ternura: el amor nos ha llenado y ha ensalzado nuestro espíritu.*

*Mi cielo de mi corazón, en todas las meditaciones te he tenido presente y me he dado cuenta una vez más que, siendo nuestra unión*

*tan íntima, formamos un sólo espíritu y por ello, jamás podremos pensar en nuestra perfección por separado. Puesto que somos uno, que compartimos desde nuestros dolores, tanto físicos como espirituales, hasta nuestras alegrías, es necesario que los dos juntos luchemos, y con mayor fuerza que hasta ahora, y con una esperanza más firme, para lograr esa unión con Dios que anhelamos. Tenemos que procurar sobreponernos a nuestras flaquezas y aunque caigamos, levantarnos inmediatamente con sincero arrepentimiento y, si ese arrepentimiento, no existe, en un momento dado, pedirselo al Todopoderoso con urgencia.*

*... Mi vida, es necesario que tú también medites en este sentido..."*

=====

Sólo he seleccionado estos pocos párrafos, que de alguna manera me recuerdan cuál eran mis proyectos y en lo que, torpe de mí, convertí mi vida. Me recuerdan la diferencia entre mi idealismo y mi negación a la propia existencia, a lo real y a la realidad...

... Intento recuperar algo, mejor dicho, me gustaría recuperar ese tiempo que no supe aprovechar para mi felicidad. ¿Cómo es posible, vuelvo a preguntarme, que Elena fuera feliz en la misma vida que a mi me hizo desgraciado?... recuerdo que ella me decía que hasta en los momentos de tristeza se podía ser feliz, si uno era capaz de encontrar la parte positiva del acontecimiento. Eso yo nunca lo he podido entender hasta ahora, puesto que la tristeza es un sentimiento que afecta al alma y que, por lo tanto, supone dolor del espíritu que es más fuerte y menos soportable que el del cuerpo. Ya sabéis que soy médico (hace mucho tiempo que no lo ejerzo, pero lo soy) y en mi profesión he visto toda clase de dolores y sufrimientos y he podido comprobar, en mi larga carrera, que los seres humanos no mueren por las enfermedades físicas, sino cuando el alma quiere abandonar este mundo porque ya no lo soporta. He visto curaciones milagrosas en los que, como Elena, querían vivir porque la vida les aportaba algo y también he visto morir de leves enfermedades a los que nada querían ya de este mundo. La ciencia médica nada puede hacer contra las enfermedades del alma.

No creáis que yo no me he preguntado el cómo es posible que haya llegado a la edad que tengo, cuando mi alma ha estado siempre enferma... Es posible que, dentro de mis largos tiempos de desesperación, en algunos momentos de mi vida haya surgido la esperanza... ;no lo sé ahora... ;es posible...

*Lloras en tus ríos ¡oh Granada!  
el llanto de tu esplendor perdido  
y al pie del Sacromonte dormido  
arrastra, quedo, el Darro tu nada.*

*Abajo el Genil gentil espera,  
lleno de tus sábanas heladas,  
tus aguas de lágrimas saladas,  
haciendo muy fértil la ribera.*

*¡No llores más, Granada mía!  
y sueña con gloria venidera.*

## CAPÍTULO XI

Recuerdo, como si fuera ayer, mi estancia en Granada. Al día siguiente al de mi llegada, Mari Carmen (la hija de mis patrones) de nuevo me propuso dar un paseo para que conociera algo de la ciudad. A la fuerza tuve que acceder debido a su insistencia y a la de sus padres. Estaba tan deprimido que cualquier cosa me habría dado igual. Salimos a la Calle San Juan de Dios y subimos a un tranvía. ¡Qué horror!, no caí de milagro: había que cogerlo en marcha y eso no entraba dentro de mis habilidades. La chica tuvo que cogerme y, a pesar de ello, fui a parar sobre los otros viajeros que se acumulaban en la puerta.

Cada calle o plaza que pasábamos, me lo iba indicando haciendo de perfecta cicerone: San Jerónimo, la plaza de la Universidad, la plaza de la Trinidad, la calle Alhóndiga, San Antón, para desembocar en las confluencias de los ríos Darro y Genil, donde terminaba la ciudad. Sólo acerté a ver calles viejas, con edificios ennegrecidos y asimétricos. Placetas insulsas y destartaladas y sólo la vista de los ríos puso colorido a mi visita turística. Aquello era muy distinto al resto de lo que había visto. El Genil ponía límites a la ciudad y a partir de él, las huertas ponían verdor a la inmensa vega que, llana como una enorme alfombra estampada de marrones y verdes, se perdía a la vista en un horizonte de esplendor fértil. A la izquierda el paisaje se hacía agreste y majestuoso presidido por la sierra blanca y salpicado de casones que subían y bajaban al capricho de mi vista, hasta chocar de nuevo con la ciudad a mi espalda. Aquello era Granada que se empericuetaba en la colina del Albahicín eterno, el de su esplendor nazarí, la ciudad antigua, que lamía a la Alhambra en un gesto de vasallaje. Aquella visión reconfortó mi espíritu y sentí deseos de recorrer esa otra parte de la Granada medieval, de la Granada que yo esperaba, de la legendaria Granada.

Subimos por una calle estrecha y empinada después de pasar por el centro, donde estaba el Ayuntamiento. Esta calle que se iniciaba al final de una placeta con sólo un edificio renacentista y alguna que otra casa

colgada en él, arrancaba junto a una iglesia mudéjar y se empinaba a contracorriente del Darro. Conforme íbamos subiendo, al compás del sonido del agua, se iba viniendo hacia nosotros la Alhambra majestuosa, entre roja y ocre, pero como nacida del verdor de las pitas y de las chumberas del árido Sacromonte.

Para mí, Granada nacía allí, en la belleza de las casas blancas que parecían sostenerse con dificultad en lo empinado de la acera del Darro; en los palacetes y cármenes del Paseo de los Tristes; en las calles empedradas y geométricas del Albaicín; en las bajadas, como cascadas de calles estrechas; en las plazas recoletas. Allí nacía Granada y terminaba donde el Darro y el Genil se abrazaban para siempre y decían adiós a la sierra y a los montes. El resto era un desafortunado añadido.

Mis días en Granada transcurrían entre mis estudios, en los que me volqué con dedicación; el intercambio de cartas entre Elena y yo y mis crisis depresivas.

Mis patronos eran amables conmigo, estaban siempre solícitos a mis necesidades, me veían llorar y callaban discretamente para no avergonzarme; luego, al secarse mis ojos, intentaban consolarme en la mayoría de mis horas, que siempre eran tristes.

Mari Carmen, permanecía largas horas junto a mí, me hablaba si yo hablaba o me contemplaba en silencio mientras dibujaba las vértebras en forma de palomas y le iba dando colores para distinguir sus inserciones y sus múltiples accidentes. Me miraba curiosa, pero guardaba silencio. A veces yo la utilizaba para memorizar, mientras le explicaba muchas cosas que ella, naturalmente, no entendía. Se había convertido en mi enfermera y en mi confidente, en la medicina para mi soledad y pronto empecé a sentir ternura por ella. Me gustaba su aparente ingenuidad, sus profundos desconocimientos y me hacía sentir un hombre muy sabio e inteligente. Ella era simple en sus razonamientos y moldeable en sus débiles convicciones y con una formación muy rudimentaria. Enseguida me di cuenta que era, en su carácter, el polo opuesto de Elena: fundamentalmente humilde en sus opiniones. Me acostumbré muy pronto a la presencia de Mari Carmen, sin darme cuenta que era una magnífica estratega y sin percatarme de sus intenciones últimas.

En el segundo año de mi permanencia en su casa, empecé a destaparse, pero de forma sutil, y aquella compañía, que me fue medicinal en el primer año, se fue convirtiendo poco a poco en asedio. Empecé a perder mi intimidad porque no tenía reparos de entrar en mi cuarto a cualquier hora del día y con cualquier pretexto. Se inmiscuía en todo lo mío e, incluso en más de una ocasión, la sorprendí leyendo las cartas de Elena. Alentada por mi inexperiencia con las mujeres, parece que sentía como si yo le perteneciera y pasaba, de lo que para mí era pura amistad, a estadios acotados exclusivamente para mi novia. Intentó seducirme por todos los medios:

organizando fiestas para mí, agasajándome con esplendidez, convirtiéndose en mi sombra e incluso con el sexo. Primero se hacía la descuidada para mostrarme más que lo que el recato permite, luego pasó al descarado intentando provocar mis miradas furtivas mientras llevaba el borde de su falda hasta mostrar sus nalgas. Sus pechos no tuvieron secretos para mí y con la excusa de que yo "ya era médico", me mostraba cualquier rojez o granillo o fingido mal, para desenfundarlo del corpiño "en busca de remedio". En cierta ocasión me llevó su madre a su dormitorio para que la auxiliara, porque decía que tenía un bulto en su bajo vientre que le producía un agudo dolor; me hizo entrar, pero la madre cerró la puerta desde fuera. Encontré a Mari Carmen tendida en la cama desarropada y en prendas menores y, a pesar de mis protestas de que yo no me sentía capacitado como médico, me hizo explorarla; me hacía bajar la mano cada vez más en busca del supuesto bulto, y mientras la deslizaba hacia su pubis, ella gritaba jadeante, no sé si de supuesto dolor o simulando frenético placer. Yo no encontré ningún bulto y cuando pidió que continuara mi exploración en el siguiente terreno, me negué rotundamente. Al salir noté en la madre un gesto de decepción al preguntarme cómo había ido todo, seguramente ella no esperaba que mi "examen" durara tan poco tiempo. Pude soportar todo este asedio por el trastorno que me causaba mudarme de casa. A Elena no le conté nada, pero ella se dio cuenta de algo el día que me visitó en mi destierro granadino.

En mi tercer año, envalentonada con mi paciencia del anterior, la batalla de Mari Carmen en contra de mi resistencia se acentuó, multiplicó sus estrategias e incluso llegó, en su descarado, a meterse en la cama conmigo: Me encontraba adormecido por la fiebre y ella, como siempre, solícita, me cuidaba, me llevaba a la cama comida especial, pechuguitas de pollo asado, puré de patatas y plátano triturado, leche sopada de galletas para el desayuno y la merienda y puré de verduras para la cena. Me preparaba la pastilla de sulfamidas y le añadía un poco de bicarbonato para que no me hicieran daño al estómago; me levantaba ligeramente la cabeza con su brazo y tiernamente me acercaba el vaso a los labios. Un día, acosado por la fiebre, tiritaba de frío y ni las mantas amortiguaban mis tiritonas; ella se desnudó y se acurrucó entre mi cuerpo para darme calor. En mi estado febril quedé dormido con las suaves caricias de Mari Carmen. Amanecí sin fiebre y escandalizado de sentirme abrazado por el cuerpo desnudo de la mujer.

El tremendo acoso de Mari Carmen habría dado sus frutos, de no ser por mis firmes convicciones y por mi inquebrantable amor a Elena. Mari Carmen me excitaba y esa excitación ponía a prueba, diariamente, mi integridad. En el fondo la deseaba y ese deseo empezó a convertirse en obsesión. Cada noche, al cerrar los ojos y antes de poder dormirme, recordaba su cuerpo desnudo abrazado al mío y en más de una ocasión ese recuerdo era suficiente para que mi excitación subiera hasta el tono umbral provocándome la eyaculación. Entonces, caía de rodillas y al pié de la cama rezaba a mi Dios y le pedía las fuerzas necesarias para resistir la tentación. Pensaba que el Altísimo me estaba poniendo a prueba y le pedía la heroicidad, ya que en lo más íntimo no quería que desapareciera la causa. Quería a Elena, pero Mari Carmen desataba mis pasiones. En muchas otras ocasiones me complacía de mi propia excitación y luego me sentía culpable.

Mari Carmen y su familia eran conscientes de mi lucha y redoblaban el cerco para hacerme sucumbir. Dejé de recibir cartas de Elena pero, a pesar de ello, yo le escribía a diario y me quejaba de su descuido, pero ni en las semanas siguientes ni en el siguiente mes, recibí ni una sola carta. Un día me dieron una de don Andrés. En ella me recriminaba por mi conducta: "si ya no quieres a Elena debes decírselo, pero lo que estás haciendo está muy mal. La veo sufrir, y sufro como padre. Ella te quiere mucho y a pesar de que te escribe a diario, no contestas a ninguna de sus cartas. Por favor te ruego que, al menos, la desengañes y si lo crees conveniente, dile el motivo de tu ruptura. No me habría atrevido a dar este paso y meterme en vuestras vidas, si no fuera por el amor que le tengo a mi hija y por la simpatía que siempre te tuve. No puedo consentir que Elena enferme ante la incertidumbre en la que se encuentra"

La carta de don Andrés me abrió los ojos y me hizo salir de mi sopor. Ese mismo día puse un cablegrama a Elena diciéndole que se tranquilizara y que estaba escribiéndole una carta explicándole cuál era la causa de no recibir las mías y cuánto la quería. Al terminar de escribirle, me dediqué a buscar un nuevo alojamiento y ese mismo día pedí a mis patrones que me hicieran las cuentas y en el carro del aguador subí mis maletas para trasladarme a la nueva casa. No me despedí de Mari Carmen. No les dije adiós a mis patrones. Salí en silencio y, sin explicación alguna, me marché.

En mi nueva casa seguía obsesionándome con el cuerpo de Mari Carmen. Lo veía a todas horas, quería probarlo, acariciarlo y saciarme en él. Sentía los mismos temores y los mismos deseos. Soñaba con su desnudez, acariciaba blandamente sus pechos, deslizaba suave mi mano por su vientre y jugueteaba con los caracoles de su pubis. Resbalaba mis piernas por el terciopelo de las suyas y aspiraba el perfume incierto de mi imaginación. Me deleitaba en su jadeo incipiente y me perdía en la furia de sus gritos. Me bañaba en su sudor y sentía el cosquilleo de la pasión recorrer todo mi cuerpo. Besaba insaciable sus carnosos labios y mordisqueaba su cuello... y un dulce estremecimiento sacudía todo mi ser. Lloraba de anhelo y lloraba mi culpa. Nunca había sentido aquella fuerza de la pasión. A base de rezos y de lloros, su imagen fue desdibujándose en mi pensamiento, y mis fuertes convicciones, el amor a Elena y mi dedicación al estudio, me sirvieron de bálsamo a mis desvaríos.

Al cabo de varios meses en mi nuevo domicilio, recibí una visita inesperada. Frente a mí estaba Mari Carmen, en una actitud digna y desafiante:

- Te parece bonito - me dijo, sin mediar ningún otro verbo -. Te fuiste sin despedirte y sin darnos explicaciones. ¿Qué te hemos hecho?. ¿Acaso, - continuó - no nos hemos portado, toda mi familia y yo, bien contigo?... ¿por qué?

Después de varios meses, se había pasado toda mi indignación y pude contestar sin ningún rencor:

- Sabes muy bien que ya no podía permanecer más tiempo en aquella casa. El peligro nos acechaba a los dos, y yo siempre he querido a Elena y la sigo queriendo.

Mari Carmen se derrumbó en esos momentos. Se vino sobre mí y me abrazó, enjuagó mi cara con su llanto, me estrechó con fuerza y, entre sollozos, me confesó su amor y pasión. Me dijo que desde mi marcha, no había podido dormir bien, que pensaba en mí a diario, que se sorprendía suspirando, que había perdido el apetito y que desde el mismo día de mi desaparición, empezó a buscarme y que había puesto tanto empeño, que sus pesquisas habían dado el fruto deseado. Que aunque yo no la quisiera en ese momento, ella con su amor sabría conquistarme. Nos besamos apasionadamente (era la primera vez que lo hacía fuera de mi imaginación), nos desnudamos y mezclamos nuestros sudores y nuestra saliva. Enredé mis manos entre su pelo. Se retorcieron nuestros cuerpos y suspiraron juntos. Mordí sus carnes y respiré su aliento. Bailamos al sonido del somier y luego quedamos sumidos en una deliciosa quietud. Con dulzura, la contemplé en su relajamiento y sequé con mis caricias el sudor de su cara; con los ojos, aún entornados, besé quedamente su mejilla y me abandoné a mí mismo con nuestros cuerpos entrelazados. Mari Carmen sonreía plácidamente y me miraba con ternura. Quedamos adormilados y al cambiar la luz por la oscuridad de la noche, nos despedimos.

Cuando mi cuerpo se calmó completamente y sin la presencia de la chica, mi pensamiento se hizo frío, no pude soportar el peso de mi conciencia; el sentimiento de culpa me arrastró hasta el convento de los jesuitas (que se encontraba a dos manzanas de mi nueva casa) en busca de confesión. Escribí a Elena y no me atreví a contarle lo acontecido, aunque sí le dije que había hecho algo horrible y que algún día se lo contaría.

=====

Verdaderamente, hoy lo sé, yo no amaba a Mari Carmen. Sé que la devoción que sentía por ella sólo era la materialización de mi pasión contenida por Elena. En mi enfermizo pensamiento, había dualizado mi amor en una doble personalidad externa, asignando lo espiritual a Elena y lo carnal a Mari Carmen. La pasión no me era lícita en ningún caso, pero lo que hubiera sido aberración con mi novia, se justificaba en el caso de mi amiga.

... ¿Cómo es posible que nuestras ideas, formadas o deformadas, puedan conducirnos a tamaños errores?... ¿por qué mecanismos deformamos la realidad de las cosas para adecuarlas a las situaciones reales, excusándonos el pensamiento?... Ahora, en mi vejez, he entendido que esta terrible condición humana es la que, en muchísimos casos, imposibilita la

comprensión entre los hombres; al adecuar nuestras realidades a nuestro pensamiento, somos incapaces de entender las realidades de otras personas ni su pensamiento deformado por esas realidades.

=====

Hice el firme propósito de no volver a ver a Mari Carmen y para lograrlo, le escribí una meditada carta que tardé, casi, dos días en redactar:

" Querida Mari Carmen: pienso que, ayer, ciegos por la pasión, cometimos un gran error que debemos evitar en lo sucesivo. Aunque mi pasión fue sincera y te amé de verdad, mi gran amor siempre será Elena y sé, en lo más profundo de mi ser, que ninguna mujer, jamás, podrá ocupar su puesto. Aunque te parezca que, al afirmar esto, soy duro contigo, mi intención es, precisamente, la contraria, no herirte haciéndote ver la realidad: que a la larga, de continuar con este engaño (pues yo he sido el primero en engañarme), la herida podría ser mucho más profunda y más traumática la rectificación. Sé que pusiste tu corazón a mi disposición, que te entregaste por amor y por ello lo siento mucho más, porque, aunque yo creí corresponderte, sé que estaba equivocado y el sosiego y el estar a bien con Dios, me lo han hecho ver con claridad. Te estoy muy agradecido por el amor que siempre me mostraste desde que yo, solitario y perdido, llegué a esta ciudad. Estoy seguro de que, sin tu consuelo, no habría podido soportarlo y por ello siempre ocuparás en mi recuerdo un puesto de honor. Para que nuestro recuerdo sea siempre de ternura, debemos despedirnos ahora y de esa manera, siempre te querré. Que Dios te ayude a encontrar la felicidad que mereces".

=====

Creo que aquella carta fue una de las más sinceras que he escrito jamás... Nunca más he vuelto a saber de Mari Carmen y ciertamente ahora la recuerdo, incluso, con mayor ternura que a Elena.

=====

Llegó un día de primavera; hacía casi dos meses que no nos veíamos y la vi bajarse del autobús sonriente y fresca como la brisa de aquella tarde de mayo. Con su cabello moreno descuidadamente recogido y con una bella ansiedad en sus negros ojos. Le di la mano y nos abrazamos con la impaciencia desatada por el tiempo. Nos miramos, dijimos un "por fin" y caminamos por las calles ruidosas de la desmesurada Granada.

Granada siempre fue para mí una ciudad triste y seria, como heredera de su historia; de aquellas gentes que lloraron en sus hijas, durante siglos, los insaciables apetitos de sus sultanes. El Darro y el Genil eran el símbolo de esa secular tristeza. Eran dos surcos de lágrimas que perezosamente resbalaban por las mejillas de la grandiosa sultana ultrajada. Porque Granada es una mujer, coqueta como las de su especie y, en primavera y sin dejar de llorar, se viste de muchos colores, los colores de las flores de sus jardines. ¡Qué contraste, Granada y primavera... paradoja eterna como tristeza y color!

Aquel día fue distinto y sentados junto al puente, entre flores y hojas verdes, el río era canción que mezclaba sus sonos con la melodía forzada de aquel hombre rudo, lo recuerdo. Hasta esas notas ruines, que escapaban sin suavidad de su viejo acordeón, acariciaban nuestra felicidad de ese momento.

En otras ocasiones, ni al río ni al bulevar les vi esa sonrisa. Siempre permaneció con ese frío que se desprende de sus montañas eternamente nevadas; Granada no ha podido eludir la influencia nefasta de sus sierras cubiertas de blancas sábanas. Diríase que Dios, en su omnipotente piedad, hizo blanca la tristeza de Granada... por eso hay allí primavera...

... Y llegó vestida de arco-iris; todos los años tienen su primavera, pero esa, la de aquel año, fue distinta. Granada pareció temblar bajo sus primeros besos; fue como un presentimiento, como si en ese nacimiento, la esperanza de muchos años fuese a fructificar en profunda alegría... y, un día, a primeros de mayo, se fundieron sus nieves y una suave brisa estremeció el corazón de la ciudad; las flores se irguieron sobre sus tallos, los jardines cambiaron su mueca en una sonrisa y sus ríos transformaron su llanto en una canción. Se cubrieron los árboles de hojas tiernas y las calles parecieron más anchas y bulliciosas; ¡qué milagro!... el milagro de su llegada. Al caer la tarde y mientras el cielo se vestía de estrellas, caminábamos lentos y por vez primera por los caminos del Carmen de los Mártires. Nuestro andar perezoso se adornaba de paso en paso con una sonrisa grande, grande como los ojos del niño que despierta al conocimiento. Lo recuerdo muy bien... ¡cómo había cambiado Granada!

Al día siguiente, le mostré la Granada eterna y sólo de paso vio la otra, casi sin detenernos en ella. Le mostré la Alhambra y disfrutamos sentados en el Generalife y besándonos en casi todos los bancos. Se creyó sultana y yo me sentí el heredero de las glorias de la Granada perdida. Sentí la nostalgia de Damasco y el llanto de Boabdil... y perdidos entre los jardines y casi sin hablar, dejamos pasar lentamente la tarde hasta que las sombras de la noche nos acariciaron con su dulce frescor...; ¡cómo había cambiado Granada!... entonces entendí la tristeza de Granada... Granada fue

hecha para los amantes... para llorar con ella en el esplendor de las emociones desatadas..., para sentirse en el paraíso de los sueños y en los temores fundados de la amante Sherezade... para morir viviendo en la lentitud de la existencia.

*Hoy tañen de luto las campanas  
en el valle de mis sueños.  
No canta el jilguero,  
ni suena el arado,  
ni se oyen las voces de niños;  
el valle ha callado.*

*Se ha parado en seco la tormenta  
en el valle de mis sueños.  
No suenan chicharras,  
ni se oye al ganado,  
ni juegan al corro las niñas;  
el valle ha callado.*

## CAPÍTULO XII

El paso de Elena por aquella ciudad renovó mi espíritu y me hizo sentir, con más fuerza que nunca, el deseo de terminar la carrera para casarme con ella e iniciar nuestra andadura definitiva.

Al año siguiente y a los pocos días de una nueva visita de Elena y casi por esas mismas fechas, con motivo de la muerte de don Andrés, pude volver a verla. La encontré consumida por la pena causada por la pérdida de su padre. El valle se llenó de luto. Una tristeza espesa invadió, no sólo el poblado, sino sus campos que paralizaron la primavera en un amanecer tormentoso y de grandes nubarrones. Llegué entre barro y truenos y, empapado por el aguacero, recorrí el camino de siempre, entre la explanada y la casa del que fue mi maestro.

Elena estaba vestida de negro y apoyaba su cabeza sobre el regazo de su madre, a la que el tiempo había puesto serenidad en su rostro. Doña Aurora aún conservaba la belleza de su juventud, la palidez del momento no hacía sino realzar la dulzura de su mirada y la bondad de su semblante. Era doña Aurora una mujer extremadamente bondadosa, todos en el valle la queríamos y todos le debíamos algo.

Su carácter dulce y tierno nos evitó más de un sufrimiento a los alumnos de su marido; era la intercesora ante el implacable don Andrés y a todos los chicos nos había salvado, en alguna ocasión, de algún que otro castigo.

Es imposible olvidarlo; era mi último curso en la escuela; el maestro nos había castigado a permanecer toda la mañana del domingo encerrados en el aula copiando dos lecciones de la enciclopedia. En aquel tiempo y, para un chico como yo, acostumbrado a la libertad del campo, a los juegos al aire y al sol, a corretear entre los árboles, a llenarme del polvo o del barro de los caminos, aquel castigo me pareció el más horrible de los castigos. En aquellos momentos odiaba a don Andrés por privarme de mis aventuras infantiles con Elena. Odiaba a don Andrés porque él, que siempre nos estaba

hablando de la justicia, había sido el más injusto de los hombres. El castigo era desproporcionado a la falta que había cometido pues tan sólo había lanzado una bolita de papel sobre el Curro y éste, que era un gamberrote, empezó a hacer aspavientos buscando la atención, sobre todo del maestro, para lograr un alboroto tal que, como consecuencia, provocara la ira de don Andrés. Yo sentía la rabia de no ser tan culpable, como para quedarme sin domingo y, sobre todo, de haber sido el único castigado.

Aquel domingo, llegué lloroso a la escuela. Me abrió la puerta doña Aurora y sonriéndome, me guiñó el ojo. En aquel momento, no entendí su mensaje, pero un rato después la vi aparecer y con un caramelo en la mano, me lo brindó al mismo tiempo que me dijo: "ya te puedes marchar y no vuelvas a ser malo". Ni siquiera me paré a darle las gracias ni por el caramelo ni por mi libertad; corrí hacia la puerta y me alejé lo más rápido que pude de la escuela para evitar que pudiera verme el maestro y ratificara el castigo.

Todos queríamos a doña Aurora, porque en cierto modo había hecho de madre de todos y...; allí se encontraba, sentada junto al féretro, con el tronco erguido, en postura de gran dignidad, la tez pálida y alguna que otra lágrima, que, escapada, caía sobre el cuello de su vestido negro.

Elena sollozaba sin poderlo remediar y, al verme, se vino hacia mí y en un largo abrazo rompió mi llanto y lloramos juntos la muerte, no del maestro, sino del padre que ambos perdíamos.

Todo el valle intentó consolarnos. La casa y la escuela se llenaron de gente y los que no cabían se tuvieron que refugiar, apretados y sin silla, en el soportal de la entrada, al abrigo de la inoportuna lluvia incesante. Todos me daban el pésame, como a un hijo más y, desde aquel día, así me sentí. Mi padre y aquellas personas eran mi familia. Volví a sentir pena ante la reflexión de que alguien mío se había marchado para siempre.

La noche de velatorio fue larga, muy larga; sólo quedamos la familia, incluyendo a mi padre y algunos amigos muy allegados de don Andrés. La mayoría de los manjares, regalados como presente por los vecinos, quedaron intactos, nadie cenó y sólo consumimos el café y algún que otro bizcocho y, mientras a mi padre se le escapaba algún que otro ronquido, Elena y yo nos mirábamos y guardábamos silencio en la noche triste de tormenta.

... Y se restableció la primavera amaneciendo en un día azul. Se abrieron las ventanas y el aroma fresco de la mañana inundó la casa y revitalizó nuestros cuerpos cansados de la noche en vela. Empezó de nuevo el desfile de todas las gentes y hasta el tontillo estaba allí, con el moco caído de siempre. Sonaron las campanas en su triste tañir. Se formó la larga procesión que, precedida por el ataúd, nos acompañó a la iglesia. Volvimos a recibir el pésame de todo el gentío y desde allí, las mujeres volvieron a la casa del muerto, mientras los hombres fuimos al cementerio para acompañar, en el último paseo, al maestro del pueblo, a nuestro querido don Andrés.

Al día siguiente, no quise volverme a Granada porque me pareció que Elena me necesitaba. Estaba demasiado abatida. Su optimismo de siempre había desaparecido y sólo veía grandes nubarrones en su futuro.

- La muerte de mi padre ha truncado toda mi vida - me dijo -. No sé cómo podré terminar la carrera. Mis padres han gastado, prácticamente, todos los ahorros que tenían para que yo pudiera estudiar y ahora, sin sus ingresos, será imposible que termine este último curso.

- Si pones todo tu empeño, encontrarás una solución.

- Me es imposible verla y sólo me doy cuenta de cómo las circunstancias pueden dar al traste con los proyectos que hacemos...

- A las circunstancias se las puede vencer... ¿qué sería de todo nuestro futuro y de la familia que queremos formar si estuviéramos a merced de los acontecimientos?...

- No es fácil - continuó -; pesan demasiado en la vida de las personas y, esas circunstancias toman mayor protagonismo cuantas más seamos a convivir.

Habíamos cambiado los papeles. Elena, en su gran tristeza, todo lo veía oscuro y lo vislumbraba lleno de sombras que, por la incertidumbre de la existencia, aleteaban pesadamente sobre su alma atormentada. Ella, que era el optimismo, desgranaba el futuro con los guantes negros de las circunstancias adversas. El dolor catalizó la metamorfosis y tuve que consolarla rebuscando en la profundidad de mis convicciones aquellos mismos razonamientos que ella me habría hecho.

Seguramente la ternura habría sido más eficaz que la frialdad del pensamiento lógico; estoy seguro de ello, pero no supe encontrarla. Busqué en mi memoria alguno de aquellos cuentos con los que mi padre solía mostrarme el camino de la esperanza, pero tampoco encontré el adecuado para ese momento, de modo que no tuve más remedio que continuar en el mismo tono en que se estaba materializando "mi consuelo".

Tuve que hacer una larga pausa para poder asimilar esa suma de circunstancias a las que Elena aludía, para poder entender hasta dónde llegaban sus temores. Pensé que tenía razón y que pesan mucho más el conjunto de las circunstancias colectivas que las individuales, ya que, en el seno de una familia, se interrelacionan y nadie puede inhibirse de los acontecimientos acaecidos a los otros. Tuve tiempo de darme cuenta que, incluso, lo que era la voluntad de uno, se convierte en circunstancia para el otro... Así que, dándole la razón, en vez de contestar, continué razonando, en voz alta, ese pensamiento que ella me había sugerido:

- En efecto puede ser así. Existen multitud de ejemplos en los que las circunstancias han sido el único (o el mayor) imperativo de las actuaciones de muchas personas. Esas vidas así planteadas, mejor dicho, carentes de planteamiento, conforman estadísticamente un gran porcentaje de la población. Viven, simplemente, guiados por los vientos, favorables o desfavorables de su entidad circunstancial; es decir, con los términos de Ortega y Gasset, invertidos: "mis circunstancias y yo".

- Me estás dando la razón - me respondió Elena-; nada se puede prevenir y estaremos condenados a lo que la vida nos quiera deparar.

¿Cómo podrían ser nuestras vidas?... ¿vulgares, felices, desastrosas, horribles, útiles?..., pero... no tenemos respuesta puesto que nosotros no somos los artesanos de nuestra propia existencia y estamos a merced de las imposiciones de nuestras circunstancias.

- No necesariamente - salí al paso -; hay otro grupo de personas, en el que nos queremos incluir; hemos elegido nuestra vida de antemano y, poco a poco, le vamos dando forma. En esta labor, consumiremos nuestras existencias. Desde nuestra vejez, la contemplaremos y nos sentiremos llenos de orgullo, porque hemos pasado por este mundo fuertemente cogidos a un timón y en ningún momento nos hemos dejado arrastrar por las olas del devenir... Siempre, esta segunda postura - continué - es más perfecta que la primera, y mucho más personal, pero, también, entraña más dificultad y grandes riesgos.

Elena me miraba incrédula, como si pensara que mis argumentos eran artificiosos y poco convincentes. Como si, ni yo mismo, los creyera. Me sentí sobrecogido por mi propia impotencia y arrecié el énfasis y, en un último intento para convencerla, la cogí por los hombros y con algo de más ternura, continué:

- Para poderla llevar a cabo, es necesario darle gran vitalidad a nuestro "yo": formarlo con conceptos e ideas claras y con una fuerte voluntad y ello para que ese "yo" pueda preceder siempre a "*mis circunstancia*".

- Pero... vamos a suponer este "yo" formado tal como dices... ¿el exceso de "yo" no puede rechazar el "*nosotros*"?...

- En teoría sí, porque este "yo" real es el que encierra todos los riesgos de desunión de la familia - claramente estaba aludiéndome a mi mismo, inconscientemente estaba hablando de mis intransigencias -. Antes he hablado de agarrarnos fuertemente al timón, habrás deducido que con ese símil quiero referirme al "*nosotros*". Aquí aparece el segundo riesgo: querer guiar nuestras vidas sólo con el "*nosotros*" sería guiarlas, posiblemente, al fracaso, no obstante de ser un criterio acertado a la luz de la inteligencia.

- ¿Es posible que este "*nosotros*" pudiera adecuar en todo momento las circunstancias?... ¿no está sometido a nuestras propias limitaciones? ¿está en nuestras manos?... - Elena no me daba tregua y cada interrogante era más una respuesta que una pregunta -; volvemos al problema - continuó en tono de queja - todo el razonamiento, que has expuesto a la luz de "la inteligencia", nos lleva a recordar nuestra insuficiencia y nada más.

- Está claro que si queremos vivir una vida de perfección, tenemos que aislar el "*nosotros*" de las limitaciones humanas y, sin prescindir de lo anterior, tenemos que buscar una nueva dimensión, puesto que las dimensiones puramente humanas no son suficientes para hacer un planteamiento de la vida. Dios es la nueva dimensión y, sólo bajo ese enfoque, podremos lograr nuestras justas aspiraciones. Sólo la presencia de Dios, es el único milagro que puede mantener irrompible ese timón. Sólo Dios, vivido, puede dejar nuestro "yo" en el punto exacto para que en él quepa el "*nosotros*"

duradero. Es el "yo" fuerte y humilde (no es paradoja), el "yo" comprensivo que no se endiosa ni endiosa porque tiene ya un Dios."

No sé si la conversación, que degeneró en una discusión filosófica, logró infundirle el ánimo que pretendía darle y, si esta vez, fui yo quien logró que viera el futuro a la luz de la esperanza.

Todo pudo arreglarse. Como a esas alturas del curso no mandarían ningún nuevo maestro, los vecinos hablaron con doña Aurora, que aunque no era maestra, era una mujer muy instruida, para que ella continuara dándoles clase a los niños y acordaron que le pagaría cada uno con arreglo a sus posibilidades. También, doña Aurora anunció que podría impartir labores y enseñar corte y confección a cuantas jovencitas quisieran y a un módico precio. Cuando terminaba su hora de escuela, el aula se llenaba de chicas y alguna que otra mayor para instruirse en tan bello y práctico arte. Luego empleaba una hora extra para, a las casamenteras, dirigirles los bordados de su ajuar. Hasta las diez de la noche, la casa de la escuela esfervescía en actividad y, al pasar junto a sus ventanas, se oían los canturreos de las bordadoras acompasadas por el tintineo de los bolillos que formaban una alegre algarabía entre el sonidos de los palillos y el crujir de las pajas de las almohadillas. Bordadoras, bolilleras y curiosas, llenaban la escuela a esas horas de la noche.

Los problemas se solucionaron para Elena que en ese curso pudo terminar una especie de carrera que la habilitaba como maestra y como puericultora.

En el curso siguiente ella era la nueva maestra del valle, pero su madre continuó con las clases de labores y de corte y confección.

=====

No he podido olvidar nunca a don Andrés. Como hombre era un ser paciente, serio y de una gran rectitud; severo para con sus convicciones y al mismo tiempo abierto a las nuevas ideas que la modernidad iba abriendo paso entre los intelectuales. Su gran vicio era la lectura y con ayuda de las autoridades de la capital, pudo abrir una humilde biblioteca en el valle. Cuidaba los libros como si fueran criaturas vivas, y sus ratos de ocio los consumía entre las estanterías y la lectura de aquellos libros que eran renovados una vez al año. No era amante del campo y no le emocionaban ni los atardeceres, ni las nieves del invierno, ni la salida del sol entre las montañas del valle. No le gustaba la caza ni se enterneecía con los animales domésticos o salvajes. Caminaba lento y pensativo, como cansado; distraído en el bullicio de sus pensamientos.

Como maestro, era como un pequeño dios, indiscutido e indiscutible.

Su ciencia estaba llena de verdades relativas en las que no cabía lo absoluto. Era agnóstico, pero la relatividad de sus verdades estaban en él mismo sin poder admitir otras relatividades distintas a las de sus otras verdades. Era, consecuentemente, ateo pero con un profundo respeto hacia los creyentes. Para él, Dios sería una presunción reñida con el más elemental de los razonamientos y una aberración de la inteligencia humana. Sólo admitía el dios de los débiles, el dios como necesidad a la incertidumbre de la condición de humanos, sólo, bajo esta perspectiva, podía comprender e incluso, en ocasiones, envidiar a los creyentes. Aunque él jamás asistía a una ceremonia religiosa, nunca se opuso a las mismas e incluso respetó que su familia se enfervorizara de la "superstición religiosa".

Tenía un enorme sentido de la justicia y solía decir que mientras que para otros el móvil de sus actos era el temor a Dios, para él lo era el sentido de la justicia, sin el cual no sería posible la existencia de ninguna sociedad.

Consideraba que la naturaleza era perfecta debido a la perfección de la lógica de las leyes físicas y en ella no encontraba intervención de ninguna clase, ya que el ser era una consecuencia de esa propia lógica y, como consecuencia, si existiese un dios, sería un ser matemático y por lo tanto solo existente en el mundo de las ciencias como ente abstracto.

En muchas ocasiones discutí con don Andrés el choque de mis ideas y las suyas. Me dolía no poder ser misionero con él puesto que siempre rebatía mis argumentos y nada ni nadie podía convencerlo de la existencia de Dios.

*Ronco amanecer perdido,  
terrible sol que has venido  
con tu maldita hoz criminal.  
La muerte me ha invadido  
y, en mi desdicha dormido,  
no he sabido a la paz despertar.*

*¡Caigan los tremendos rayos  
con su terrible guadaña  
y, al despertar de la noche,  
cercene de un tajo mi alma!*

## CAPÍTULO XIII

Nos casamos en la pequeña iglesia del valle en el invierno siguiente de terminar mi carrera. La boda se hizo sin gran ceremonia y en la intimidad de los familiares y algunos amigos. Para las gentes del pueblo, aquello fue una ofensa ya que les habíamos privado de una fiesta de las que eran muy amantes. Se rumorearon miles de falacias respecto a las circunstancias de la boda, calumnias que el tiempo desmentirían. Sólo al cabo de algunos meses, también nos perdonaron a nosotros, que habíamos sido ingratos con las ilusiones de los vecinos de nuestro pueblo. Nunca he podido saber si esas expectativas eran por mí o más bien por el casamiento de la maestra y nada menos que la hija de don Andrés y de doña Aurora, los personajes más importantes, desde su llegada al valle, junto con el cura, don Tomás.

Elena, en su corta trayectoria profesional, había adquirido fama de buena maestra y sus métodos revolucionarios habían caído bien a las gentes sencillas de la aldea.

Dividió la escuela en grados, concretamente en cuatro, y los alumnos eran adscritos, independientemente de la edad, en función de sus conocimientos y madurez. El horario escolar lo dividió en tres partes, de formación general, de formación humanística y de formación científica, de modo que cada semana sólo se trabajaba en una de estas áreas y cada grado lo hacía con arreglo a trabajos específicos adecuados a sus capacidades. Desterró las enciclopedias y formó una biblioteca de aula con sus propios libros y con las aportaciones del fondo bibliográfico, que en su día había conseguido su padre para el pueblo. Implicó a todos los vecinos en la docencia. Las gentes se sentían entusiasmadas de colaborar en la formación de sus hijos. Una joven soltera enseñaba Educación Física; los catequistas de don Tomás, religión; y cada cual aportaba algo de sus conocimientos para ayudar a la maestra en su noble cometido. Todo el valle se convirtió en la escuela de los aprendices de hombres.

Durante el tiempo dedicado a la formación general, comentaban los acontecimientos y chismorreos de la aldea y procuraban sacar

conclusiones de ellos. Analizaban noticias del periódico y en general, trataban cualquier tema, por simple que fuera, del que pudieran sacar alguna enseñanza. Dedicaban tiempo a la educación física, al deporte, a la música y al arte de las labores domésticas, en las que participaban tanto las chicas, como los chicos (todos tenían que confesar públicamente en qué habían ayudado a su madre ese día).

La formación humanística estaba basada, fundamentalmente, en la lectura. Leían cuentos o novelas cortas, según el grado, redactaban sobre esas lecturas, las comentaban...; veían láminas de grandes obras de arte que se situaban en la historia y en los acontecimientos de la España de aquellos tiempos. Los chicos aprendían algo de todo, sin necesidad de grandes esfuerzos.

En la formación científica es en la que más implicado estaba todo el pueblo. No había ningún experto en algo que no fuera utilizado por Elena para que sus muchachos aprendieran de él. Lo importante para ella era que sus alumnos aprendieran la "ciencia práctica" que sería lo que en el futuro les reportaría utilidad. De los que eran albañiles o del contratista de obras, aprendieron a utilizar la plomada, a usar el nivel, a medir, a interpretar planos, el manejo del yeso. etc. Del carpintero, aprendieron la geometría elemental. Del fontanero, el comportamiento de los fluidos; de los agricultores, botánica y zoología. Esta formación práctica la convertían en ciencia mediante la extracción de los conceptos aprendidos en la práctica, elevándolos a la categoría de generales o de leyes en su caso. Aprendieron, así, que las Matemáticas servían para algo y que la Física era el todo en el comportamiento de lo natural.

=====

La obra más importante de Elena fue formar a futuros hombres prácticos y con una auténtica formación en todos los órdenes. De sus enseñanzas surgieron grandes vocaciones y hoy, del valle han surgido arquitectos famosos, como el conocidísimo Romerí, cuyas obras se reparten por todo el mundo. Ingenieros, escritores... pero fundamentalmente, buenos profesionales conocedores de su oficio y que trabajan en el pueblo o en la capital.

Yo siempre critiqué a Elena su enorme libertad de pensamiento y lo que me enfurecía era que esa misma libertad la transmitiera sin la más mínima duda. Siempre había pensado que la formación debía ser rígida y sin concesión alguna sobre las ideas que eran el patrimonio de muchos siglos de tradición. Pensaba que la sociedad tendría que reproducirse a ella misma y, por consiguiente, no era lícito cambiar nada de lo que posiblemente

eran los cimientos y la vertebración de la misma. Aunque yo procedía de una capa humilde, mi caso lo consideraba excepción y pensaba que no era bueno que desaparecieran las clases sociales, ya que cada una desempeñaba un papel fundamental en la sociedad que habíamos construido durante siglos de historia. Yo le recordaba a Elena, cuando discutíamos sobre este tema, las palabras del Evangelio: "los pobres siempre estarán con vosotros". Le recordaba aquel otro en el que Jesús hablaba, posiblemente, de clases sociales en el paraíso, simbolizadas por el quién estaría a su derecha o a su izquierda en el Reino de los Cielos. Le recordaba muchos otros pasajes bíblicos en los que se mostraba al Cielo dividido en Arcángeles, Ángeles, Serafines... etc... Yo creía en la necesidad de una justicia social para aminorar el sufrimiento de los necesitados y marginados, pero jamás coincidí con su utopía; para ella era el fin último de la maduración del hombre, la desaparición de las clases sociales que tendrían que producir una nueva humanidad, igual en sus derechos y en sus deberes. Una sociedad en la que la persona tendría valor intrínseco por sí misma y no en función de la pertenencia a una determinada familia o de su puesto en esa sociedad.

Hoy reconozco la gran obra de Elena. Hoy sé que yo estaba equivocado. Sé que el nacer de una u otra familia es un accidente, que ser hombre o mujer es pura biología y por lo tanto accidental, también, a la condición humana. Hoy sé que su gran obra consistió en formar a personas con independencia de todo lo accidental.

=====

Nuestra luna de miel fue muy corta debido a que aprovechamos sólo los pocos días que pude tener de permiso, mientras en las vacaciones de Navidad un estudiante pudo sustituirme como ayudante de don Juan en la clínica particular que tenía en la capital.

Don Juan había heredado la clínica de su padre, médico ya jubilado, y durante el internamiento de don Andrés le había prometido a doña Aurora que en cuanto terminara la carrera me colocaría como ayudante suyo.

Así lo hizo y desde el día siguiente a mi llegada con el título de Licenciado en Medicina y Cirugía, empecé a ver enfermos con él, a discutir los diagnósticos, a pensar en los posibles remedios. Durante dos años practiqué con la supervisión y vigilancia de don Juan que, como médico veterano, se conocía casi todas las enfermedades y sabía poner el remedio más afortunado a las mismas. Aunque su especialidad era el aparato cardiovascular, las necesidades de su clínica, en una capital tan pequeña, habían hecho de él un magnífico internista. En aquella clínica trabajábamos, además, otros tres médicos jóvenes, seis enfermeras y cinco monjitas que se

ocupaban de la cocina y cuidaban de los enfermos durante la noche. En esos dos años aprendí bastante más que en los seis en la Facultad de Medicina. Los consejos de don Juan siempre los tuve presentes y me fueron muy útiles para mi profesión.

Hay una anécdota que no sé por qué recuerdo en este momento: un día le llamé doctor y él me reprendió diciéndome que la mayoría de los médicos éramos licenciados y no doctores, puesto que no habíamos accedido a esa titulación que habilitaba para la investigación y para la docencia en la universidad. Tomé buena nota de ello y nunca he comprendido por qué los médicos queremos que nuestros pacientes nos llamen doctores e incluso algunos hacen grandes rótulos o ponen membretes con ese título que no les pertenece.

De regreso de nuestra luna de miel, habitamos en un caserón que mi maestro de medicina nos alquiló, un viejo palacete medieval situado en el casco antiguo de la capital. De palacio sólo tenía la fachada de piedra, que aún conservaba un escudo de armas esculpido sobre el dintel de la puerta. El interior era una casa destartada, llena de rincones y escaleras, de habitaciones de paso y sin puertas.

Allí, en aquella casa nos amamos Elena y yo. Allí conocí, con ella, el amor físico que complementaba nuestro amor espiritual. Allí, a los pocos meses se engendró mi hijo. Allí quedó Elena embarazada.

Elena iba a diario a la aldea, mientras se lo permitió su estado; comía con su madre y regresaba a la ciudad al terminar la escuela.

Un día empezó a ir todo mal: el embarazo se complicó y empezamos a temer por la vida de la madre. La internamos en la clínica y aquel jueves tan fatal, don Juan me llamó a mi despacho para darme la noticia de que si queríamos salvar a Elena, habría que prescindir de la criatura, habría que hacer una cesárea ya que, de otra manera, las hemorragias terminarían con la vida de la madre.

Lloré con desesperación y entre sollozos acerté a decir que el embarazo debería seguir su curso aun a riesgo de perder a los dos. No obstante, puesto que Elena estaba consciente, ella tendría la última palabra.

Sequé mis lágrimas y, armado de la mayor entereza que pude, hable con Elena:

- Cariño mío, Dios nos acaba de mandar otra prueba. Tu vida peligra a causa del embarazo. Existe la posibilidad de interrumpirlo para salvar tu vida, pero eso, a los ojos de Dios será un asesinato. Pienso, - continué, al mismo tiempo que las lágrimas irrumpieron sin poderme contener -, que es el momento de renunciar a nosotros mismos y ofrecernos a nuestro Señor. Tenemos que confiar en Él.

Elena también empezó a llorar, y en su mirada pude leer que no me había comprendido, aunque había entendido perfectamente todo lo que le había dicho:

- Me pides que sacrifique mi vida a Dios... ¿cómo puedes pedirme eso?... ¿qué le hemos hecho nosotros para que nos trate así?... Tu Dios es cruel y no le ofreceré a tal dios ningún holocausto...

Hablaba con la voz entrecortada, llena de indignación y, después de una pausa, cambió el tono para suplicarme que cambiara de actitud.

Aquella fue la última vez que vi a Elena en diez años. Ese mismo día se practicó la operación y pude saber que mi querida Elena estaba bien y sin peligro y que se repondría en unos días.

*Ando buscando el recuerdo  
Que, en mi soledad dormida,  
en el tajo del camino,  
y al otoño de mi vida,  
enderece mi destino.*

=====

*He vuelto a nacer en los recuerdos  
que mi alma tenía escondidos.  
He vuelto a nacer en la esperanza  
que por siempre guíe mi camino.*

*No es verdad que se pierde la vida,  
si de todo conserva el recuerdo,  
si, al final de un plácido sueño,  
renace al amor la paz perdida.*

=====

*Ando buscando el recuerdo  
que, en mi soledad dormida,  
me despierte de este sueño.*

## EPÍLOGO

Hace unos meses que he llegado a la capital y he preguntado por Elena. Me han informado que sigue viviendo en el viejo caserón y que a sus casi ochenta años, aún sus ojos son tan bellos como los que yo conocí en nuestra juventud.

La última vez que la vi, hace más de cuarenta años, le supliqué que me perdonara y sé que ella lo habría hecho si hubiese visto en mí, también, el perdón; pero, aunque habían pasado diez años desde aquel suceso, yo, aún, estaba resentido por considerarla culpable del asesinato de mi hijo, del hijo de los dos. Ella me miró con lástima, me devolvió algunas de mis cosas que había quedado en la casa, entre ellas mis cartas, y me dijo adiós.

Elena, en su soledad, era feliz, probablemente seguía queriéndome; probablemente, en esos diez años no me habría olvidado..., pero era feliz porque su amor lo había encauzado hacia tantos y tantos niños como habían pasado por su escuela.

Desde aquel día, en que dejé a Elena postrada en aquella cama de la clínica, he vagado por el tercer mundo practicando mi medicina, pero con el corazón seco y buscando méritos ante los ojos de Dios y de los hombres. Ahora sé que yo fui quien pequé con mi intransigencia. Cometí el pecado de orgullo, el más horrendo de los pecados. Me atreví a juzgar a mi querida Elena sentenciándola y no me he dado cuenta, hasta ahora, que me sentencié a mí mismo.

Este repaso de mi vida me ha servido para reflexionar. Iré a ver a Elena y le pediré perdón. Ojalá me perdone de verdad y, al menos en nuestra vejez, seremos felices.

Dios ha querido que, en los últimos tiempos de mi vida, encuentre mi ardilla, como aquel mendigo del cuento que me contó mi padre ya hace muchos años.

=====

He soñado muchas veces con volver al pasado. Revivir mi niñez, jugar en un día nublado arrastrado en el todo geométrico de frías baldosas de colores pálidos bajo la suave sonrisa, joven y dulce de mi padre. Llorar como lloraba antes, lleno de rabia, quizás, pero sin maliciosa intención. Ser feliz sin cosas grandes. Sentir compasión de los pajarillos que, en los días lluviosos, cubren de gala su plumaje con cristallitos de gotas de agua. Creer que España es un país lejano al que un día, cuando las flores crezcan, mi padre me llevará a visitar, y ese día ¡ya seré mayor!... Como mi padre, saldré solo a cazar y sacaré los grillos de los agujeros del campo y ni los lagartos, ni los bichos, ni "los pájaros encadenados", me asustarán. Traeré elefantes cogidos de sus narizotas, conejos y tigres; podré guiar coches, montar caballos y usar pistolas; y , en una gran catedral, vestido con hábitos rojos, diré misas y sermones; la gente, esos hombres grandes, con manos grandes y pies más grandes, llorarán y pedirán perdón, por ser malos, por no darles caramelos a los niños, por regañarles y pegarles.

Quisiera volver a nacer a mi adolescencia. Sentir las extrañas fuerzas que me transforman profundamente. Volver a descubrir el mundo como a mis trece años, descubrirlo con la misma tristeza, descubrirlo con las mismas ansias de repulsión que me hacen desear la soledad, esconderme en Dios y llorar a solas. Encontrarme extraño e incomprendido por todos y por mí mismo... Y ante este caos, ver florecer en los jardines del alma rojas rosas y, junto a las verdes hierbas, margaritas y amapolas; saciarme de su perfume y acariciarlas lenta y mansamente. Descubrir el sexo. Sentirme solo y naciente a la lucha. Sentirme incompleto.

Pero mira que ni la niñez, ni menos aún la adolescencia, son los tiempos más felices de una persona; que no son los recuerdos bonitos, sino porque los hacemos bonitos, porque los mimamos con hadas y flores, con lágrimas y besos, con músicas extrañas y canciones de arco iris. Mira que, a lo que ahora es tu llanto, mañana le pondrás una guirnalda de tonos azules y amarillos, verdes y rojos, y consolarás tus penas, con tus mismas penas y, llorando, sonreirás con un hálito de esperanza que nunca perderás.

¡Cuida mucho tus recuerdos!, los tristes y los alegres, porque un día, cuando empiecen a tapizarse los suelos de hojas amarillas, te complacerás en ellos y te darás cuenta de que el mundo, que te parecía grande y feroz, es pequeño e indefenso, es frágil como un suspiro.

*Fin*